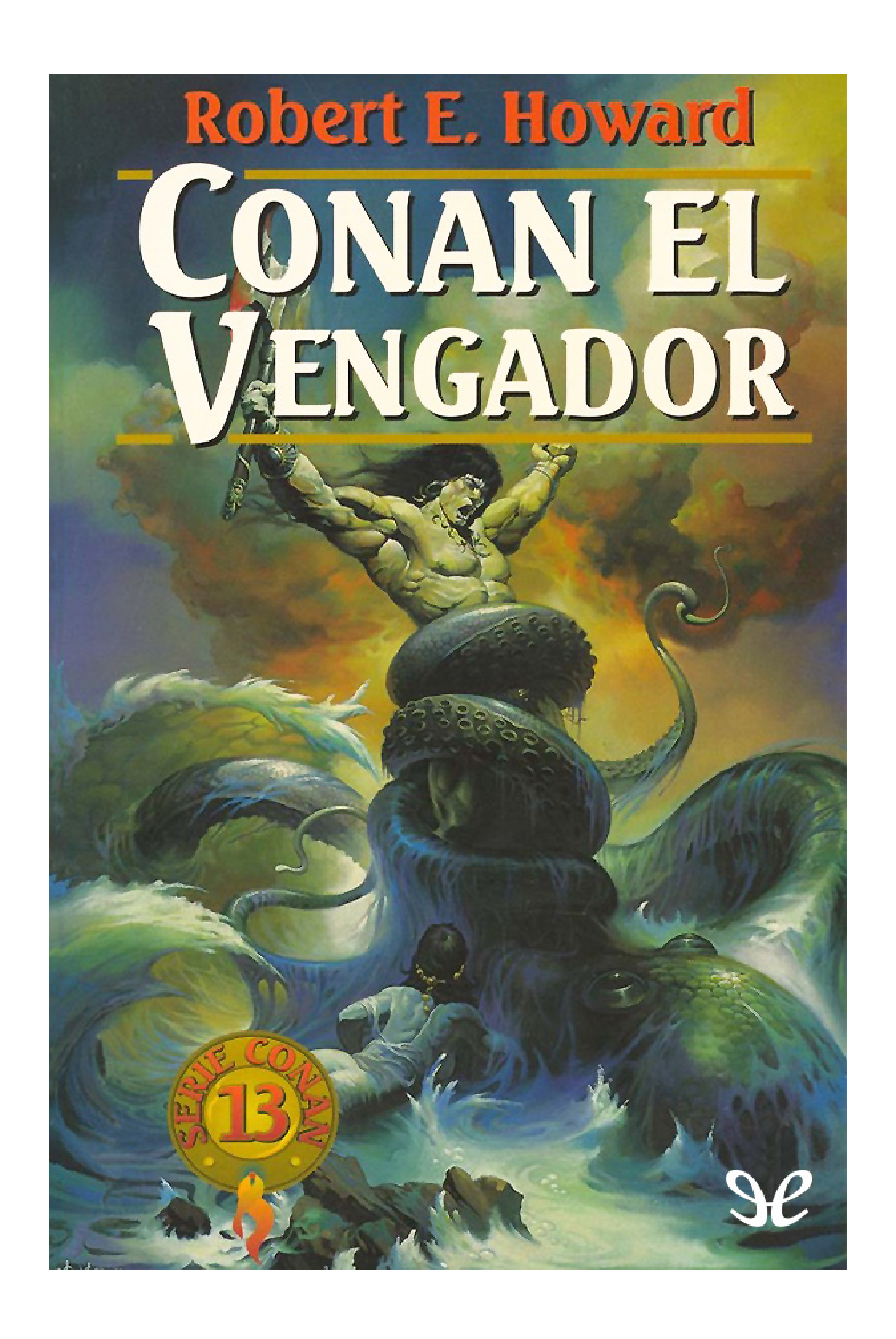

Robert E. Howard
CONAN EL VENGADOR
SERIE CONAN
13

Tras haber derrotado la insidiosa conjuración de Amalric de Tor y del hechicero resurrecto Xaltotum, parece que nada ni nadie podrán apartar ya a Conan del trono de Aquilonia. Sin embargo, un nuevo enemigo, procedente a su vez del lejano oriente, rapta a su amada reina Zenobia, y para rescatarla, Conan tendrá que viajar muy lejos de su reino, y pasar por todo tipo de pruebas. Para superarlas, el cimmerio se verá obligado, por primera vez en muchos años, a invocar a Cron, dios ancestral de su tribu.



Robert E. Howard & L. Sprague de Camp & Björn Nyberg

Conan el vengador

Conan: Serie Conan - 13

ePub r1.0

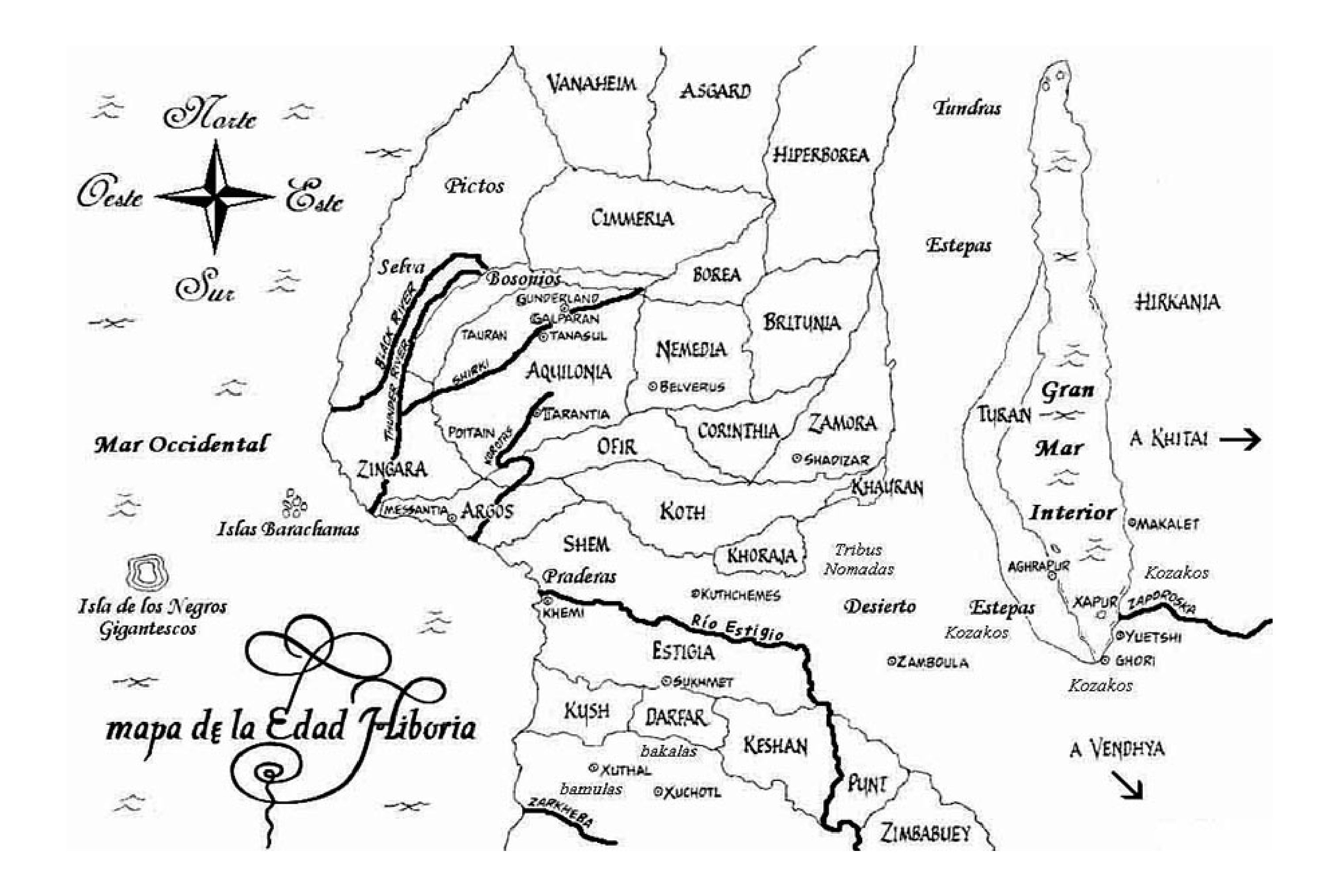
Titivillus 15.02.16

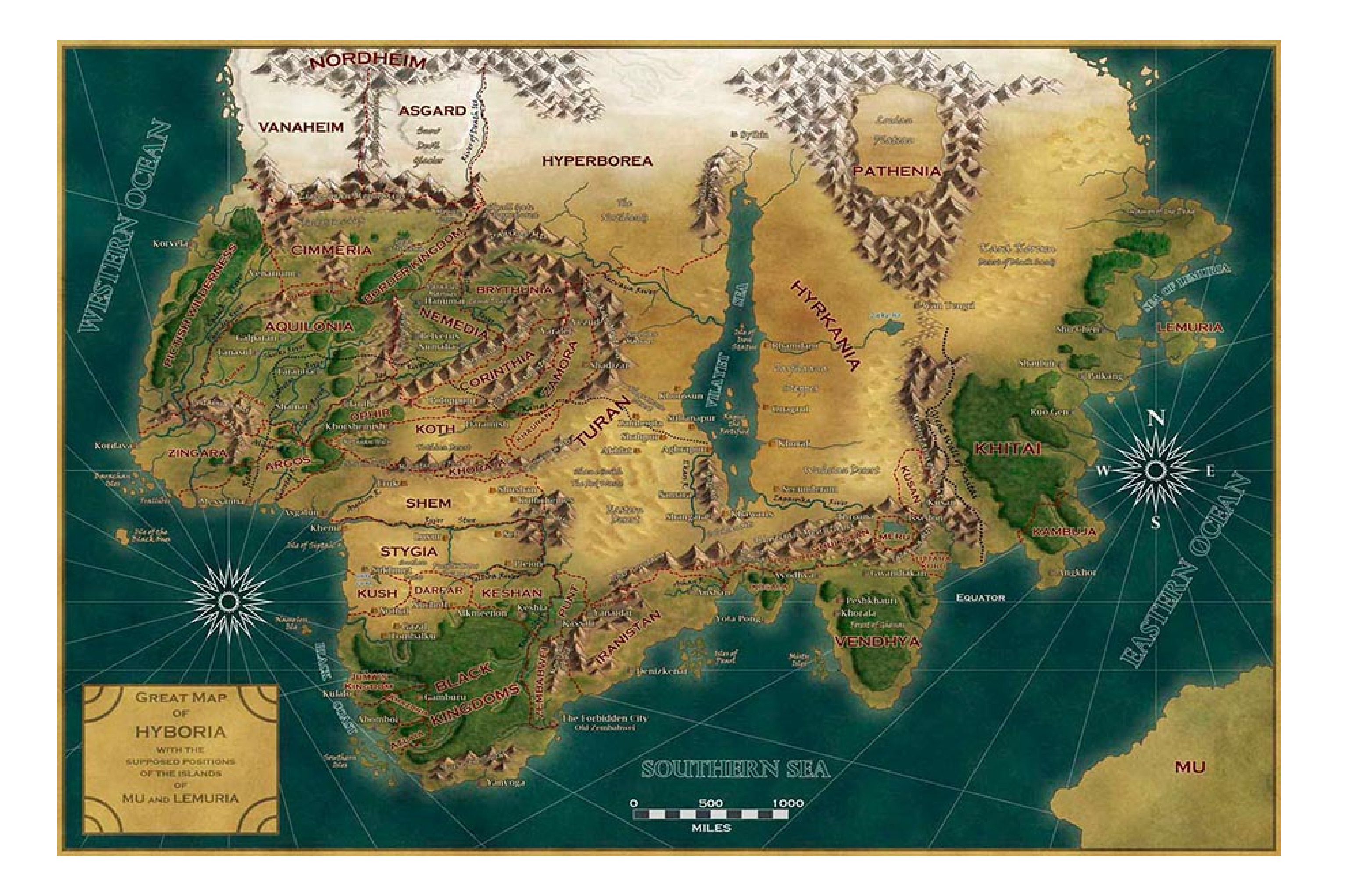
Título original: *Conan the Avenger*
Robert E. Howard & L. Sprague de Camp & Björn Nyberg, 1968
Traducción: Beatriz Oberländer

Relatos:
The Return of Conan, L. Sprague de Camp & Björn Nyberg, 1957
The Hyborian Age, Part 2, Robert E. Howard, 1938

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




Norte
Oeste
Este
Sur
VANAHEIM
ASGARD
Tundras
HIPERBOREA
Pictos
CIMMERIA
Estepas
Selva
Bosonios
BOREA
HIRKANIA
GUNDERLAND
GALPARAN
TAURAN
TANASUL
BLACK RIVER
NEMEDIA
BRITUNIA
SHIRKI
AQUILONIA
BELVERUS
THUNDER RIVER
Gran
TURAN
TARANTIA
ZAMORA
Mar Occidental
POITAIN
CORINTHIA
A KHITAI
KHOROTAS
OFIR
Mar
SHADIZAR
ZINGARA
KHAURAN
MESSANTIA
ARGOS
KOTH
Interior
MAKALET
Islas Barachanas
SHEM
Tribus
KHORAJA
Nomadas
AGHRAPUR
Kozakos
Praderas
KUTHCHEMES
Isla de los Negros
Gigantescos
KHEMI
Desierto
Estepas
XAPUR
ZAPOROSKA
Río Estigio
Kozakos
YUETSHI
ESTIGIA
ZAMBOULA
GHORI
SUKHMET
Kozakos
KUSH
DARFAR
mapa de la Edad Hiboria
KESHAN
bakalas
A VENDHYA
XUTHAL
PUNT
bamulas
XUCHOTL
ZARKHEBA
ZIMBABUEY



GREAT MAP
OF
HYBORIA
WITH THE
SUPPOSED POSITIONS
OF THE ISLANDS
OF
MU AND LEMURIA
NORDHEIM
VANAHEIM
ASGARD
HYPERBOREA
PATHENIA
CIMMERIA
BORDER KINGDOM
BRYTHUNIA
NEMEDIA
AQUILONIA
PICTISH WILDERNESS
CORINTHIA
ZAMORA
OPHIR
KOTH
TURAN
HYRKANIA
VILAYET SEA
KHORAJA
ZINGARA
ARGOS
SHEM
STYGIA
KUSH
DARFAR
KESHAN
PUNT
ZEMBABWEI
IRANISTAN
BLACK KINGDOMS
BLACK COAST
KUSAN
MERU
KHITAI
KAMBUJA
LEMURIA
VENDHYA
MU
WESTERN OCEAN
EASTERN OCEAN
SOUTHERN SEA
EQUATOR
N
E
S
W
Korvela
Kordava
Tanasul
Galparan
Tarantia
Messantia
Khemi
Luxur
Kheshatta
Khorshemish
Khauran
Shadizar
Yezud
Khoraf
Secunderam
Aghrapur
Sultanapur
Shahpur
Zamboula
Khawarizm
Yota Pong
Ayodhya
Peshkhauri
Khorala
Angkhor
Shaulun
Paikang
Ruo Gen
Kulalo
Gamburu
Abombi
Yanyoga
Kassali
Keshia
Alkmeenon
The Forbidden City
Old Zembabwei
0
500
1000
MILES

Introducción

Conan el Cimmerio es el protagonista de más de treinta historias escritas por Robert E. Howard (1906-1936, de Cross Plains, Texas), por mis colegas Björn Nyberg y Lin Carter, y por mí. Nyberg, Carter y yo hemos completado algunos de los manuscritos inacabados de Howard y hemos escrito varios pastiches basados en algunas pistas que encontramos en las notas y cartas de Howard, a fin de llenar las lagunas existentes en el legendario relato.

Las historias de Conan pertenecen a un subgénero llamado «fantasía heroica» o «historias de espada y brujería». Se trata de cuentos de acción y aventuras con una gran dosis de elementos sobrenaturales, que se desarrollan en un mundo imaginario —quizás en nuestro planeta tal como se cree que fue hace mucho tiempo o que vaya a ser algún día, o tal vez en otro mundo o en otra dimensión— en el que la magia funciona y aún no se ha descubierto la ciencia ni la tecnología. En ellos todos los hombres son poderosos, todas las mujeres hermosas, los problemas son simples y la vida es una aventura. Este género fue creado por William Morris a fines del siglo XIX, y desarrollado por Lord Dunsany y por Eric R. Eddison a comienzos del siglo XX. Como notables ejemplos recientes de este género tenemos la trilogía de *El señor de los anillos* de J. R. R. Tolkien; *El pozo del unicornio* de Fletcher Pratt, y las historias de Fritz Leiber acerca de Fafhrd y el Ratonero Gris.

Durante los últimos diez años (1927-1936) de su corta vida, Howard escribió y publicó una gran cantidad de

relatos de ficción menores (*pulp fiction*) de distintos géneros: deportivo, de detectives, del Oeste, históricos, de aventuras, cuentos de misterio y de fantasmas, además de poesías y cuentos fantásticos. A la edad de treinta años, puso fin a una prometedora carrera literaria suicidándose.

Howard escribió varias series de cuentos de fantasía heroica, publicadas en su mayoría en *Weird Tales*. De todas ellas, la serie más popular, así como la más larga, es la de Conan.

Howard era un narrador nato; sus cuentos son insuperables en cuanto al interés, colorido e intensidad de la acción. Sus héroes —el rey Kull, Conan, Bran Mak Morn, Solomon Kane— son míticos: se trata de hombres de poderosos músculos, pasiones ardientes y una voluntad indomable, que imponen su personalidad en las historias que protagonizan. Además, según he podido percibir al preparar los cuentos para su publicación, Howard tenía una prosa excelente: precisa, directa, simple y muy fácil de leer. Tenía el raro talento de crear situaciones muy imaginativas sin necesidad de usar demasiados adjetivos para describirlas.

Dieciocho historias de Conan fueron publicadas en vida de Howard. Otras ocho, desde manuscritos completos hasta meros fragmentos, han sido encontrados entre sus papeles a partir del año 1950. A finales de 1951, he descubierto más manuscritos de Howard en el apartamento de quien era entonces el agente literario de sus obras. Estos incluían algunas historias de Conan sin editar, que yo he preparado para su publicación.

El estado inacabado en que se encontraba la saga de Conan me ha tentado a mí y a otros escritores a completarla, tal como hubiera hecho Howard de haber estado vivo. Además de editar las historias no publicadas de Conan, a comienzos de los años cincuenta reescribí los manuscritos de otros cuatro relatos de Howard sin publicar y los convertí en historias de Conan. Esto no fue difícil, dado que los protagonistas se parecían mucho a Conan, y solo tuve que eliminar los anacronismos e introducir algunos elementos sobrenaturales.

Al mismo tiempo, un ciudadano residente en Suecia —Björn Nyberg— dio un paso más. Habiendo conocido a Conan por intermedio de sus amigos Ostlund y Chapman, quedó fascinado, como tantos otros, con las hazañas del poderoso cimmerio. Nyberg

tuvo el valor de sentarse a escribir una novela completa acerca de Conan, en un idioma que no era el suyo. Este empeño llevó a una colaboración entre Nyberg y yo, cuyo resultado es «*El regreso de Conan*», que aparece en este libro.

Desde entonces se han descubierto varios relatos completos o fragmentos y bosquejos de historias de Conan sin publicar entre los papeles de Howard. Estos han sido completados por Lin Carter y por mí; algunos de ellos ya han aparecido en esta colección y otros aparecerán en un futuro próximo. Esta serie ha de incluir todas las historias de Conan, viejas y nuevas, en un orden cronológico. Este volumen debería ser el sexto, pero, debido a complicaciones legales, los libros no pueden ser publicados en su orden. Cuando la serie esté completa, *Conan el Vengador* será el décimo volumen desde el punto de vista cronológico, y vendrá a continuación de *Conan el conquistador*.

Las historias de Conan escritas por Howard se desarrollan unos doce mil años atrás en la imaginaria Era Hybórea, ocho mil años después del hundimiento de Atlantis y siete mil años antes de los comienzos de la historia escrita conocida por todos. Conan era un gigantesco aventurero bárbaro de la primitiva tierra de Cimmeria, en el norte, que llegó de joven al reino de Zamora (ver mapa), y vivió en forma precaria durante años allí y en los países vecinos, ejerciendo la profesión de ladrón. Después de algunos años salpicados de sangre como soldado mercenario, pirata, cazador de tesoros y jefe de varias tribus bárbaras, se convirtió en un explorador en la frontera occidental de Aquilonia y luchó contra los salvajes pictos. Después de convertirse en comandante del ejército aquilonio y de haber detenido una invasión picta, Conan fue enviado a Tarantia, la capital, donde fue encarcelado por el envidioso rey Numedides. Cuando consiguió escapar, fue elegido como cabecilla de una revolución contra el degenerado rey. Conan mató a Numedides y se apoderó del trono, convirtiéndose así en el máximo gobernante del reino hybóreo más poderoso.

Conan pronto se dio cuenta de que ser rey no era un lecho de rosas. Un grupo de nobles descontentos con su reinado conspiraron contra él y estuvieron a punto de asesinarlo. Los reyes de Koth y de Ofir lo atraparon y lo hicieron prisionero por medio de una treta, pero él escapó a tiempo y volvió las cosas en contra de estos

supuestos conquistadores de Aquilonia. Otros enemigos suyos conjuraron a un viejo hechicero de su tumba y, con la ayuda de este muerto viviente, derrotaron a los ejércitos de Aquilonia y enviaron a Conan al exilio. Pero él regresó una vez más para desconcertar y destruir a sus enemigos.

Mientras tanto, Conan encontró a una reina, con quien se casó felizmente, deshaciéndose por lo tanto de su harén de concubinas. Durante aproximadamente un año, su reinado fue más o menos pacífico. Pero entonces otro enemigo reunió a sus fuerzas y atacó…

Y aquí comienza la presente historia. En este momento Conan tiene unos cuarenta y seis o cuarenta y siete años, que no aparenta, salvo por las cicatrices que cubren su poderoso cuerpo, y una actitud más prudente y reflexiva respecto a las aventuras amorosas y a las juergas que la que había tenido anteriormente a lo largo de su vida desenfrenada.

Cuando Howard comenzó a escribir las historias de Conan en 1932, creó una pseudohistoria del mundo de Conan: la civilización de la Era Hybórea. A fin de que fuera coherente, escribió un ensayo en el que estableció las bases y elementos de la era prehistórica que utilizó como marco para sus cuentos. En el último año de su vida, presentó este ensayo para su publicación en una revista de aficionados del género —*The Phantagraph*—, con una nota apologética explicando que se trataba de un truco absolutamente ficticio que le permitía dar coherencia a las historias de Conan. No debía ser tomado literalmente, ni se podían deducir de ello sus verdaderas opiniones acerca de la prehistoria de la humanidad.

La primera mitad de *La Era Hybórea* apareció en *The Phantagraph* antes de que esta publicación dejara de salir. El ensayo completo fue publicado en el año 1938 en un folleto mimeografiado, titulado *La Era Hybórea*, que sacó un grupo de entusiastas de la ciencia ficción. La primera mitad, que describe esta pseudohistoria antes de la aparición de Conan, fue reimpreso en *Conan*, el primer volumen de esta colección. La segunda mitad, que comienza a partir de la época de Conan y continúa hasta comienzos de la historia escrita conocida por todos, aparece en este libro.

Para más información y opiniones acerca de Howard, las historias de Conan y la fantasía heroica en general, el lector puede recurrir a los otros títulos de esta colección; a dos periódicos —

Amra, el órgano de expresión de la Legión Hybórea (una organización informal de admiradores de la fantasía heroica y de Conan en particular), publicada por George H. Scithers, Box 9120, Chicago, III, 60690, y *The Howard Collector*, publicada por Glenn Lord (agente literario de las obras de Robert E. Howard), Box 775, Pasadena, Texas, 77501—, así como al ensayo titulado *The Conan Reader* (El lector de Conan), escrito por mí y publicado por Jack L. Chalker, 5111 Liberty Heights Ave., Baltimore, Md., 21207.

L. Sprague de Camp

El regreso de Conan

Björn Nyberg & L. Sprague de Camp

Durante los dos meses que siguieron a la batalla de Tanasul, en la que resultaron aniquilados los invasores nemedios de Aquilonia y su aliado, el brujo Xaltotun, Conan se dedicó intensamente a la tarea de reorganizar su reino, reparar los daños causados por los enemigos y cobrar de Nemedia las indemnizaciones prometidas.

Luego Conan se dispone a realizar un viaje a Nemedia, a fin de devolver a su patria al cautivo rey Tarascus y para traer de vuelta a Aquilonia a Zenobia, la muchacha que le salvó la vida cuando se hallaba prisionero en las mazmorras del palacio de Belverus, la capital nemedia. Antes de partir, Conan hace gala de gran tacto y despide a las hermosas concubinas que forman parte de su harén. Con su habitual sentido caballeresco hacia las mujeres, se preocupa de encontrarles esposos, o al menos protectores, antes de pedirles que se marchen.

El viaje hacia Belverus, así como el de regreso, constituyen una marcha triunfal en la que no se produce ningún incidente. Ya de vuelta en Tarantia, Conan celebra su boda con Zenobia con toda la pompa adecuada para un reino antiguo y poderoso. Los meses siguientes pasan rápidamente para Conan, entre los asuntos de estado y su dedicación a Zenobia. Los que conocen bien al cimmerio no disimulan su sorpresa al ver al rey, en su edad madura, tan monógamo y locamente enamorado de su mujer. Pero el desconcertante y valiente monarca se ha caracterizado siempre por sus reacciones inesperadas.

Luego, sin embargo…

«Debes saber, además, oh príncipe, que Conan el bárbaro ganó al fin gran fama y poder como rey de Aquilonia, la gema de Occidente, con sus galantes nobles, sus robustos guerreros, sus intrépidos hombres de las fronteras y sus bellas damas. Pero unas fuerzas oscuras y terribles se estaban preparando para sacudir el trono hasta sus cimientos. Porque la noche en la que se conmemoraba en Tarantia el aniversario de la derrota de la conspiración de Valerio, Tarascus y Amalric, así como la aniquilación del brujo Xaltotun, Zenobia, la esposa de Conan, fue raptada del palacio por un espantoso monstruo alado que la llevó hacia el este. Pensando que era mejor viajar rápidamente, solo y en el anonimato que acompañado de sus tropas, Conan inicia la búsqueda de su desaparecida esposa…».

Crónicas Nemedias

Prólogo

La habitación estaba en penumbra. Unos cirios largos, colocados en los candelabros que adornaban las paredes de piedra, solo contribuían a despejar un poco la oscuridad. Resultaba difícil entrever la figura cubierta con un manto y una capucha que estaba sentada ante la sencilla mesa en el centro de la sala. Era más difícil aún apreciar los detalles de otra silueta, agazapada en las sombras, que parecía comunicarse en un mudo diálogo con la primera.

Una fuerte ráfaga de viento agitó el aire de la habitación, como por efecto del movimiento de unas gigantescas alas. Las llamas de los cirios oscilaron intensamente, y de repente la silueta que estaba ante la mesa se quedó sola.

1. Las alas en la oscuridad

Los imponentes muros del palacio real de Tarantia recortaban su destado perfil contra el cielo del atardecer. Los centinelas se paseaban por las almenas con la alabarda al hombro y la espada colgando del cinto, pero su vigilancia era un tanto despreocupada. Lanzaban frecuentes miradas hacia la entrada del castillo, al que entraban numerosos nobles y caballeros con sus damas por el puente levadizo, pasando bajo las gruesas rejas del alzado rastrillo.

Quienes conocían a los cortesanos pudieron ver entrar a Próspero, el general del rey y su mano derecha. Iba vestido de terciopelo rojo, con leopardos dorados de Poitain bordados en su casaca, y avanzaba lentamente, luciendo sus botas de fino cuero. Luego llegaron Pallantides, comandante de los Dragones Negros, con una armadura ligera que luego se quitaría; Trocero, conde de Poitain, con su esbelta y erguida figura, que se contraponía a sus cabellos plateados; los condes de Manara y de Couthen; los barones de Lor y de Imirus, y muchos más. Todos venían con hermosas damas ataviadas con ricas sedas y satenes, y los servidores del palacio se apresuraban a llevar a un lado del patio los palanquines y los dorados carruajes que habían conducido a los distinguidos huéspedes.

En Aquilonia reinaba la paz, que duraba ya más de un año, desde que tuvo lugar la tentativa del rey de Nemedia —con la ayuda del resucitado Xaltotun, un brujo de Aquerón— de apoderarse del reino de Conan. Años atrás, a su vez, Conan había arrebatado la corona de las sienes ensangrentadas del tirano Numedides, al que dio muerte delante de su mismo trono.

Pero la conspiración nemedia fracasó. Se exigieron fuertes compensaciones por los daños sufridos por los aquilonios, en tanto que la acartonada momia de Xaltotun, nuevamente muerto, era

transportada en su misterioso carruaje hacia un lugar oculto y sombrío. El poder del rey Conan se hizo cada vez más fuerte, a medida que su pueblo se iba dando cuenta de la sabiduría y la justicia de su gobierno. Los únicos desórdenes que se produjeron fueron las incursiones periódicas de los salvajes pictos en la frontera occidental. Estos ataques, no obstante, eran contenidos con relativa facilidad por las veteranas tropas acantonadas en el río del Trueno.

La noche en la que se inicia este relato era una noche de fiesta. Brillaban las antorchas, dispuestas en filas junto a las puertas, y ricos tapices cubrían el áspero granito. Por los pasillos desfilaban con prisa los criados vestidos con ropas de vivos colores, a quienes dirigían en voz alta los mayordomos. Esa noche, el rey Conan ofrecía un baile en honor de su reina, Zenobia, que había sido esclava en el harén del rey de Nemedia. La joven había ayudado a Conan a escapar de las mazmorras de Belverus, y como recompensa le fue conferido el mayor honor que se le podía otorgar a una mujer en tierras occidentales: se convirtió en reina de Aquilonia, el país más poderoso al oeste de Turan.

El brillante conjunto de invitados podía observar el ardiente amor que se profesaban sus reales anfitriones. Esto se hacía evidente en los ademanes, gestos y miradas que se dirigían discretamente al rey y la reina, aunque la sangre bárbara de Conan seguramente le hacía arder en deseos de dejar a un lado su civilizado disimulo y de estrujar en sus fuertes brazos a la encantadora reina. Pero en lugar de ello, se encontraba a un metro de distancia de su esposa, respondiendo a las palabras de cortesía de sus invitados, con una elegancia que si bien parecía innata en él, en realidad era recientemente adquirida.

De cuando en cuando, sin embargo, la mirada del rey se perdía en dirección a la pared más alejada de la habitación, donde se exhibía una espléndida colección de armas: espadas, lanzas, hachas de combate, mazas y jabalinas. Aunque al soberano le satisfacía ver a su pueblo en paz, le resultaba imposible dominar el impulso de su naturaleza bárbara, que le recordaba el fluir de la roja sangre y el crujir de una armadura o de los huesos de un enemigo bajo el filo de su pesado sable. Pero ahora los tiempos eran más propicios para empresas pacíficas, y Conan volvió la vista hacia la rubia condesa que le hacía una reverencia a él y a Zenobia.

Un juez se hubiera visto en un compromiso de haber tenido que otorgar un premio de belleza entre las hermosas damas que contribuían a dar mayor esplendor a la fiesta. Sin embargo, al ver a la reina, la decisión no admitía dudas: en realidad, la soberana era la más hermosa de todas. La perfección de su cuerpo quedaba realzada por el amplio vestido escotado que llevaba, mientras que su espléndida cabellera negra adquiría mayor relieve con la sencilla corona de plata que la sujetaba. Por otro lado, su rostro, de rasgos perfectos, irradiaba una nobleza y una bondad innatas que no eran fáciles de contemplar en aquellos tiempos.

Y si bien el rey era considerado un hombre afortunado por parte de sus cortesanos por tener semejante esposa, las damas no envidiaban menos a Zenobia. Conan tenía un aspecto imponente y atractivo con su sencilla casaca negra, sus ajustadas calzas de seda y sus botas de suave cuero, también negro. El león de Aquilonia brillaba en su pecho, y la única joya que llevaba era una estrecha corona de oro con la que sujetaba su oscura melena. Al observar sus amplios y recios hombros, su delgada cintura y caderas y los musculosos miembros que se contraían como los de un felino, cualquiera podía comprender que aquel hombre no había nacido para la vida civilizada.

Sin embargo, el rasgo más llamativo de Conan eran sus fogosos ojos azules, que brillaban en su rostro oscuro e inescrutable, cubierto de pequeñas cicatrices. Aquellos ojos, que parecían mirar desde insondables abismos, habían contemplado escenas jamás imaginadas por la brillante concurrencia del palacio; habían visto campos de batalla atestados de cuerpos mutilados, cubiertas de barcos empapadas de sangre, atroces ejecuciones y sacrificios en los altares de exóticos dioses. Sus poderosas manos habían empuñado el sable occidental, el alfanje zuagiro, el cuchillo zhaibar, el yataghan turanio y el hacha de los hombres del bosque, todo ello con la misma devastadora destreza y potencia, frente a los hombres de todas las razas e incluso contra criaturas inhumanas llegadas de dominios ignotos y tenebrosos. El barniz de la civilización cubría su alma de bárbaro con una capa muy delgada.

El baile comenzó. El rey Conan lo inició junto con la reina, dando los primeros y complicados pasos del minué aquilonio. Aunque el cimmerio no era un gran experto en las figuras más

intrincadas de la danza, su primitivo instinto le permitía llevar el ritmo con una naturalidad que habían facilitado en gran medida las lecciones que le diera la semana anterior el maestro de ceremonias de la corte. Poco a poco se fueron agregando otras parejas, y al cabo de un rato el suelo de mosaico de la sala quedaba oculto por las vestimentas multicolores de los cortesanos.

Los pesados candelabros arrojaban una luz cálida y suave por todo el salón. Nadie pareció notar la leve corriente que se comenzó a levantar en cierto momento, haciendo temblar la llama de las velas. Los asistentes tampoco advirtieron la presencia de unos ojos abrasadores que escrutaban desde las sombras de una pequeña ventana, recorriendo con ávido interés el conjunto de los bailarines. Finalmente la intensa mirada se detuvo en la esbelta figura que el rey rodeaba con sus brazos. Tan solo se divisaban los ardientes ojos, pero de la oscuridad surgió casi inaudible una risa apagada y ronca. Luego los ojos desaparecieron y la ventana se cerró.

En ese momento sonó el enorme batintín de bronce situado en el extremo del salón. Se anunciaba una pausa, y los invitados se dispusieron a refrescarse con vinos helados y sorbetes de Turan.

—Conan, voy a tomar un poco de aire. El baile me ha hecho entrar en calor —le dijo la reina al cimmerio, mientras se dirigía hacia el balcón, que en ese momento estaba abierto.

El rey se disponía a seguirla cuando se vio rodeado de un grupo de damiselas, que aprovecharon la pausa para rogarle que les contara algunas proezas de su azarosa vida. Una de ellas le preguntó si era cierto que había sido el jefe de las hordas salvajes que vagaban por el fabuloso reino de Ghulistán, en los montes Himelios. Otra quiso saber si había sido pirata, y otra le rogó que contara cómo había salvado al reino de Khauran de los saqueadores shemitas, que luchaban al mando del jefe mercenario llamado Constantius.

Las peticiones se sucedían sin cesar, y Conan respondía cortésmente, pero con evasivas. Su instinto de bárbaro le advertía que estaba ocurriendo algo extraño y lo impulsaba a seguir a Zenobia al balcón con el fin de protegerla, si bien parecía que nada pudiera amenazar a su querida esposa allí, en la capital, en su propio palacio, rodeada de amigos y de fieles soldados.

De todos modos, el cimmerio estaba inquieto. Sentía en la

sangre una premonición de peligro y, fiándose de su instinto, comenzó a avanzar en dirección al balcón, a pesar de las protestas de su atractivo auditorio.

Finalmente Conan divisó la blanca silueta de Zenobia, que estaba de espaldas a él, con el cabello meciéndose bajo la suave y fresca brisa. El rey lanzó un leve gruñido de alivio y se dijo que por una vez lo habían engañado sus sentidos. A pesar de todo, siguió acercándose a la reina.

De repente la esbelta figura de Zenobia fue envuelta por la noche. La oscuridad cayó como un negro manto sobre la concurrencia, que murmuró inquieta. Un hálito helado de muerte se extendió por la enorme sala. Un trueno hizo estremecer las paredes del castillo. La reina lanzó un grito.

Cuando cayeron las sombras, Conan saltó como una pantera hacia el balcón abierto, empujando con violencia a las cortesanas y a los nobles que lo rodeaban. Se oyó otro grito, pero el sonido de este era más débil, como si Zenobia se estuviera alejando. Cuando el rey llegó a la terraza, esta estaba vacía.

La mirada de Conan examinó los muros del palacio, imposibles de escalar, y no vio nada extraño. Luego levantó la vista, y allí, recortada contra el cielo iluminado por la luna, divisó una forma fantástica, una horrible pesadilla con un vago aspecto humano, que aferraba la blanca silueta de su amada esposa. Alejándose mediante los poderosos impulsos de sus alas de murciélago, el monstruo disminuyó de tamaño hasta convertirse en un punto en el horizonte.

El rey de Aquilonia permaneció inmóvil unos instantes, como si se hubiera convertido en una estatua de oscuro acero. Tan solo sus ojos parecían estar vivos, y expresaban una terrible ira y desesperación. Cuando se volvió hacia la concurrencia, los cortesanos se apartaron en silencio, como si él fuera el monstruo que había raptado a la reina. Sin decir una sola palabra, el cimmerio se dispuso a salir de la habitación, apartando a damas, nobles, sillas y mesas.

Antes de llegar a la puerta, no obstante, se detuvo ante las panoplias y retiró de una de ellas un pesado sable que había utilizado en numerosas campañas. Al tiempo que levantaba el arma, pronunció estas palabras con una emoción contenida:

—Desde ahora dejo de ser vuestro rey, hasta que encuentre a mi

querida esposa. Si no soy capaz de hallarla, querrá decir que tampoco soy digno de gobernaros. ¡Pero por Crom que al menos buscaré a ese ladrón y haré caer sobre él el peso de mi venganza, aun cuando esté protegido por todas las huestes armadas del mundo!

A continuación el cimmerio lanzó un grito terrible y extraño, que resonó espantosamente en los muros del palacio. Parecía el lamento de un alma condenada, y un escalofrío de horror invadió a los presentes, cuyos rostros adquirieron un tono ceniciento.

El rey salió de la habitación, y Próspero se fue detrás de él. Trocero se detuvo un instante, lanzó una mirada a los cortesanos y enseguida se alejó en pos de sus amigos.

Una temblorosa condesa de Poitain hizo la pregunta que atenazaba las mentes de todos:

—¿Qué fue ese terrible grito que lanzó el rey? —dijo—. Me heló la sangre en las venas y sentí como si hubiera caído sobre ni una maldición. Los espíritus vengativos de los Oscuros Dominios deben gritar de ese modo cuando vagan por los páramos en busca de su presa.

El conde de Raman, un veterano de las guerras fronterizas, respondió:

—No has estado muy errada, mi señora. Se trata del grito de guerra de las tribus cimmerias, que lanzan cuando se aprestan a la batalla sin otro pensamiento que el de matar. Yo lo escuché una vez, durante el saqueo de Venarium, cuando los oscuros bárbaros escalaron nuestras murallas a pesar del alud de flechas que les lanzábamos. Luego iniciaron el pillaje y pasaron a cuchillo a los defensores.

Un tenso silencio se abatió sobre la concurrencia.

—¡No, Próspero, no! —exclamó Conan, y su puño golpeó con tremendo ímpetu sobre la mesa—. Viajaré solo. Si llevo conmigo un contingente armado, podría atraer a algún enemigo que aliente planes inconfesables. Tarascus no ha olvidado la derrota que les infligimos, y Koth y Ofir siguen siendo tan poco dignos de confianza como siempre. Cabalgaré no como el rey Conan de Aquilonia, con un brillante séquito de caballeros y soldados, sino como Conan el Cimmerio, un simple aventurero.

—Pero Conan —dijo Próspero con la familiaridad que le

otorgaba su largo trato con el rey—, no podemos consentir que arriesgues tu vida en una empresa tan incierta. De esta manera, tal vez nunca llegues a lograr tu propósito, mientras que con las lanzas de los caballeros de Poitain, podrás vencer a cualquier adversario. ¡Deja que vayamos contigo!

Los ojos azules del rey brillaron con fiero agradecimiento, pero a pesar de todo sacudió negativamente su negra melena.

—No, amigos míos —repuso—. Presiento que es mi destino liberar yo solo a la reina. Ni siquiera la ayuda de mis caballeros más fíeles me puede asegurar el éxito. Tú, Próspero, deberás encargarte del mando de mi ejército durante mi ausencia, y tú, Trocero, gobernarás el reino. Si no estoy de vuelta dentro de dos años… ¡elegid un nuevo rey!

Conan se quitó la fina corona de oro que llevaba en la cabeza y la depositó sobre la mesa de roble. Luego permaneció quieto un momento, reflexionando.

Trocero y Próspero no hicieron ningún intento de romper el silencio. Sabían desde hacía mucho tiempo que las actitudes del cimmerio resultaban extrañas e incomprensibles para un hombre civilizado. Con su mente de bárbaro aún no doblegada por la vida cortesana, era capaz de pensar de un modo diferente a como lo hacían los hombres corrientes. Allí no solo se encontraba un monarca cuya reina había sido raptada; allí había un hombre primitivo cuya compañera acababa de serle arrebatada por fuerzas ignotas y desconocidas y que, sin hacer grandes demostraciones de ira o de desesperación, alimentaba en su alma una silenciosa y terrible venganza.

Finalmente, Conan se encogió de hombros y, rompiendo el silencio, dijo:

—Dame un caballo. Próspero, y el equipo de un soldado mercenario. Partiré enseguida.

—¿Hacia dónde? —preguntó el general.

—En busca del mago Pelias de Koth, que habita en Khanyria, una comarca de Khoraja. Intuyo que en los sucesos de esta noche ha intervenido la magia negra. Aquella cosa que volaba no era un ave terrenal. Nunca me interesaron los hechiceros, y siempre me defendí sin su ayuda, pero creo que ahora necesito el consejo de Pelias.

Al otro lado de la pesada puerta de roble, había un hombre escuchando con la oreja pegada a la madera. Cuando oyó las últimas palabras del rey, una sonrisa distendió su rostro. Lanzó una mirada furtiva a su alrededor y luego desapareció por una de las arcadas del pasillo que estaban cubiertas de pesados tapices. Oyó que la puerta se abría y que, después de pasar Conan y sus amigos, sus pisadas se perdían escaleras abajo.

El espía aguardó hasta que volvió a reinar el silencio. A continuación, después de mirar a derecha e izquierda, salió de su escondite. Iba vestido con el atuendo de un miembro de la corte, y cruzó el patio sin ser molestado. Después entró en el edificio de la servidumbre y volvió a salir al cabo de un rato, cubierto con una pesada capa de lana que lo resguardaba del frío de la noche. Le dio al centinela el santo y seña, y este lo dejó salir. El misterioso individuo se encaminó entonces hacia la zona occidental de la ciudad.

Nadie lo seguía. Las callejuelas y los pasadizos estaban tan oscuros como el interior de una chimenea. Unos débiles rayos de luna, cuando esta asomaba entre las nubes, atravesaban las tinieblas. Centinelas con cascos en punta y alabardas al hombro recorrían las calles por parejas, hablando en voz baja. Algunas rameras, acodadas en el repecho de sus ventanas, llamaban a los escasos transeúntes. Algunas de estas eran hermosas, y enseñaban el esplendor de su busto de marfil gracias al amplio escote de sus vestidos. Pero la mayoría eran mujeres de tez ajada, que trataban de disimular con una capa abundante de polvos y de colorete de Hyrkania. Pero el desconocido seguía adelante sin desviarse de su camino.

Finalmente llegó ante una gran mansión rodeada de un parque. Un elevado muro circundaba la propiedad por todas partes, y el hombre, después de detenerse ante una pequeña puerta, golpeó cuatro veces con los nudillos. Un gigantesco estigio de piel oscura y túnica blanca le abrió la portezuela. Los dos hombres intercambiaron algunas palabras en voz baja, y a continuación el sirviente del palacio se dirigió rápidamente hacia la casa, donde todas las ventanas estaban a oscuras, excepto una.

Era evidente que no se trataba de la casa de un nativo aquilonio. Pesados tapices y hermosos cuadros adornaban las paredes, pero los

motivos no eran occidentales. Se veían templos con cúpulas de mármol, blancos zikkurats y gentes vestidas con flotantes túnicas y con turbantes en la cabeza. Las mesas ovaladas con arabescos, así como los divanes cubiertos de sedas verdes y rojas, y los jarrones llenos de flores extrañas, contribuían a dar al conjunto un aire oriental opulento y exótico.

Recostado en uno de los divanes se encontraba un hombre corpulento y sanguíneo que bebía vino de una copa adornada con piedras preciosas. Devolvió la reverencia del criado con ademán displicente, y preguntó con voz lánguida:

—¿Qué te trae por aquí, Marino? ¿No tienes bastante trabajo que hacer para mí en el baile del rey? La fiesta no ha de terminar hasta bien entrada la madrugada, a menos que Conan haya sido dominado por uno de sus arrebatos de bárbaro. ¿Qué ha sucedido?

El personaje tomó otro sorbo de vino y observó a Marino con una mirada penetrante.

—Mi señor Ghandar Chen, la reina de Aquilonia ha sido raptada por un monstruo sobrenatural que se la llevó volando por el cielo. El rey sale a caballo esta noche, solo, en busca de su esposa. Pero antes, y con el fin de obtener algún indicio acerca del secuestrador, irá a Khanyria a ver al hechicero kothiano Pelias.

—¡Por Erlik, eso sí que son noticias! —exclamó Ghandar Chen poniéndose en pie de un salto, con los ojos centelleantes—. Cinco de mis envenenadores cuelgan ahorcados en la colina de las ejecuciones, y esos malditos esbirros de los Dragones Negros son incorruptibles. ¡Pero ahora tenemos a Conan completamente solo y en tierras extrañas!

Ghandar Chen dio unas palmadas, y enseguida entró el estigio, que permaneció en silencio, a la espera de órdenes, con una expresión inescrutable en su sombrío rostro. Entonces Ghandar Chen dijo:

—Conan de Aquilonia emprende un prolongado viaje esta noche. Se va solo, como si fuera un simple mercenario. Su primer destino será la ciudad de Khanyria, en Khoraja, donde intentará obtener la ayuda del hechicero Pelias. Debes cabalgar rápidamente hasta donde se encuentra Baraccus, que está acampado a orillas del río Yivga. Ordénate que tome los hombres de confianza que necesite y que mate a Conan en Khanyria. ¡Si ese maldito brujo se decide a

ayudar a Conan, puede acabar con todos nuestros hombres con un solo movimiento de la mano!

El sombrío rostro del estigio pareció animarse, y sus delgados labios se distendieron en una sonrisa maligna. Luego dijo con voz ronca:

—Conozco bien a Conan, pues fue él quien aniquiló a las huestes del príncipe Kutamun en las afueras de Khoraja. Yo fui uno de los pocos sobrevivientes; me capturaron unos mercaderes de esclavos kothianos y me vendieron. ¡Yo, que nací noble y fui criado para la guerra y la caza! He esperado mucho tiempo el momento de la venganza, y si los dioses me lo permiten, yo mismo mataré al cimmerio.

La diestra del estigio aferró la empuñadura de su larga daga.

—Me marcho enseguida, mi amo —agregó, y después de hacer una profunda reverencia, salió de la habitación.

A continuación Ghandar Chen se sentó ante una mesa de sándalo con hermosas incrustaciones de nácar y, después de sacar una pluma de oro y un pergamino de un cajón, escribió lo siguiente:

> *«Al rey Yezdigerd, señor de Turan y del Imperio Oriental: Tu fiel servidor, Ghandar Chen, te saluda, Majestad, y te informa que Conan el Cimmerio, el kozako y pirata, cabalga solo hacia Khanyria. He dado órdenes de que lo maten allí. Cuando lo hagan, te enviaré su cabeza, señor. Si lograse escapar, con la ayuda de la magia, es probable que su camino lo lleve a través de territorio turanio. Escrito en el Año del Caballo, el tercer día del Mes Dorado».*

Firmó la misiva y esparció arenilla para secar la tinta. Luego el turanio se puso en pie y le entregó el documento a Marino, que había estado escuchando.

—Ve rápidamente a caballo hacia el este —le ordenó—. Sal enseguida. Mis criados te proporcionarán armas y un caballo. Deberás entregar este documento al rey Yezdigerd en persona, en Aghrapur. Sin duda te recompensará generosamente.

Una sonrisa de satisfacción apareció en el rostro de Ghandar Chen, mientras se recostaba de nuevo en el diván y tendía la mano hacia la copa de vino.

2. El anillo de Rakhamon

El sol abrasador de la tarde lanzaba sus ardientes rayos sobre el desierto como si fueran latigazos de fuego blanco. A lo lejos se veían algunas palmeras cuyo verdor destacaba entre la monotonía del terreno. Bandadas de buitres colgaban del cielo como negros racimos de uvas maduras. Hasta donde la vista alcanzaba a ver, se veían tan solo extensiones de arena amarilla que formaba dunas ondulantes y llanos absolutamente áridos.

El jinete que cabalgaba solo detuvo su caballo a la sombra de las palmeras de un oasis. Aunque vestía el blanco albornoz, llamado *khalat*, de los habitantes del desierto, sus rasgos eran típicos del hombre occidental. La mano que cubrió sus ojos para protegerlos del brillo del sol era ancha y poderosa, y estaba cubierta de cicatrices. Su piel bronceada no era oscura, como la de los nativos zuagiros, sino que tenía el tono tostado de los occidentales que habitaban en aquellas zonas. Los ojos, de un azul volcánico, semejaban lagunas gemelas de una profundidad insondable. Una mirada a sus mangas permitía ver que el viajero usaba una cota de malla debajo de su flotante túnica. De su cinto colgaba una espada larga y recta, en una sencilla vaina de cuero.

Conan había cabalgado rápido y lejos. Atravesando el país con una velocidad inexorable, había destrozado cuatro caballos en su camino hacia Koth. Una vez llegado al extremo del desierto que formaba la frontera oriental del reino de Koth, el cimmerio se detuvo en un sucio villorio fronterizo a comprar un khalat, un poco de pan y carne ahumada. Nada le había impedido el paso hasta entonces, si bien muchas cabezas asomaban a las puertas y ventanas, extrañándose de la prisa del viajero, y más de un centinela se acarició la barba con recelo.

A pesar de todo, muy pocos habitantes del reino de Koth habrían

reconocido al rey Conan de Aquilonia, ya que había muy pocas relaciones entre los mutuamente hostiles habitantes de ambos reinos.

La aguda mirada del cimmerio recorrió el horizonte. En la distancia descubrió los borrosos contornos de las cúpulas y de las elevadas murallas. Aquella debía de ser —se dijo— la ciudad de Khanyria, del reino de Khoraja. Allí buscaría la ayuda de Pelias, el hechicero, para recuperar a su reina. Había conocido al brujo —de quien después se hizo amigo— cinco años atrás, cuando el kothiano estaba prisionero en las mazmorras de la fortaleza de su enemigo, Tsotha-lanti.

—¡Por Crom! —musitó—. Espero que Pelias esté en sus cabales, y no borracho, tendido en su dorado diván, e incapacitado para tomar cualquier decisión. Pero aun así, ¡por Badb que lo despertaría al momento!

Una abigarrada muchedumbre deambulaba por las callejuelas y por la empedrada plaza del mercado de Khanyria. Se veían zuagiros de las aldeas del desierto del nordeste, así como mercenarios fanfarrones de mirada amenazadora y las manos en las empuñaduras de sus espadas, mercachifles que pregonaban sus mercancías y rameras vestidas de rojo, con las caras muy pintadas. De cuando en cuando la turba era apartada por la escolta armada de algún opulento noble, cuyo perfumado palanquín se balanceaba sobre los hombros de unos esclavos kushitas de piel de ébano y músculos de toro. Otras veces pasaba un destacamento de soldados con los airones flotando al viento y un inconfundible sonido metálico.

Crassides, el fornido capitán de la guardia apostada en la puerta del oeste, se acarició la canosa barba y murmuró algo ininteligible. Muchos forasteros entraban en la ciudad, pero pocas veces eran tan extraños como los que llegaban ese día. Ya a primeras horas de la tarde, envuelto en una nube de polvo del desierto, llegó un grupo de siete viajeros. El que los dirigía era un hombre delgado, con rostro de buitre y un fino bigote que enmarcaba unos labios apenas visibles. Iba armado como un caballero occidental, aunque su coraza y su casco no tenían adornos. A su lado cabalgaba un enorme estigio montado en un negro corcel. El estigio vestía un khalat, y su única arma visible era un gran arco de combate.

Los otros cinco jinetes iban armados hasta los dientes, con espadas y dagas al cinto, y lanzas en las manos. Parecían individuos aguerridos, igualmente dispuestos a cortar un gaznate que a seducir a una moza.

No era costumbre de los centinelas de Khanyria detener a los extranjeros sin una razón de mucho peso, ya que allí se encontraban y entremezclaban Oriente y Occidente en beneficio del comercio. De todos modos, Crassides observó con atención a los siete hombres, mientras se alejaban con un ruido metálico hacia el sector norte de la aldea. Sin duda se dirigían hacia alguna de las tabernas llenas de humo cuya clientela estaba formada por hombres de las nacionalidades más diversas, se dijo el capitán de la puerta oeste.

El resto del día transcurrió apaciblemente, aunque seguían llegando forasteros extraños. Cuando el sol arrojaba sus últimos rayos al cielo de la tarde, se presentó un extranjero alto, cubierto con un khalat, que tiró de las riendas delante de la puerta cerrada, y pidió que lo dejaran entrar.

Crassides, que había sido llamado por uno de los centinelas de guardia, llegó en el momento en el que el soldado de la entrada preguntaba de malas maneras:

—¿Qué buscas aquí, bellaco? ¡No dejamos entrar de noche a forasteros como tú, que pueden degollarnos y violar a nuestras mujeres! ¡Dime tu nombre y procedencia, si no quieres que te ponga grilletes!

Los ojos del desconocido, ocultos a medias por la capucha de su khalat, miraron con un frío brillo al centinela.

—Amigo —dijo el forastero con acento bárbaro—, por palabras más suaves que esas he cortado más de cien gargantas. ¡Déjame entrar, o por Crom que volveré con una horda para saquear ese montón de chozas!

—¡Un momento! —dijo Crassides, apartando al soldado de un empujón, al tiempo que le decía—: Vete, necio; ya te enseñaré cómo hay que tratar a los forasteros. Y ahora tú, señor —agregó, dirigiéndose al jinete—. No queremos peleas en Khanyria. Como ves, la puerta de la muralla ya está cerrada. Para que la abramos, deberás decirnos claramente quién eres.

—Puedes llamarme Arus —dijo el extranjero con un gruñido—. Busco a Pelias, el hechicero.

—Dejadlo entrar —ordenó Crassides.

Se descorrieron los pesados cerrojos y dos centinelas tiraron de las anillas de bronce, abriendo lentamente una de las grandes hojas de la puerta. El desconocido entró al trote de su corcel, sin echar siquiera una mirada a los hombres que se hallaban en la entrada. Lo vieron dirigirse hacia el distrito norte, hasta que el sonido de los cascos de su caballo dejó de oírse en la distancia.

El despechado centinela le dijo a su capitán con una ira mal contenida:

—¿Por qué dejamos entrar a ese bribón insolente, como si fuera el señor de esta ciudad? —preguntó—. ¿Por qué no le hemos dado la lección que se merecía?

Crassides sonrió enigmáticamente y respondió con calma:

—Tal vez los años te enseñen sabiduría, aunque lo dudo. ¿No has oído hablar de cómo, hace años, un bárbaro del norte igual al que acaba de pasar fue capturado por el señor de una de las pequeñas ciudades-estado de Shem, en el sur? ¿Y cómo dicho bárbaro escapó, reunió una banda de forajidos zuagiros y volvió para vengarse? ¿No te has enterado de la forma en que aquellos salvajes saquearon la ciudad, pasaron a cuchillo a los habitantes y lo quemaron todo, excepto la estaca en la que estaba clavada la cabeza del señor de la ciudad? Este puede ser uno de ellos. El solo, poco daño puede hacernos. Y si lo intentara, Pelias, con sus artes ocultas, sabría enfrentarse a él mejor que nosotros. ¿Lo entiendes ahora?

Conan sabía que Pelias habitaba en una torre de piedra amarillenta situada en el extremo norte de la ciudad. Pensaba ver primero al hechicero y luego buscar alojamiento. En este sentido, cualquier cosa le vendría bien. Sus costumbres no habían cambiado, a pesar del tiempo que llevaba como rey de un país civilizado. Una pieza de pan, un trozo de carne y una jarra de espumeante cerveza era todo lo que necesitaba. Para dormir podía acomodarse en el suelo de la taberna, si no había otro lugar disponible.

Al cimmerio no le complacía, en cambio, la idea de pasar la noche en la morada de Pelias, a pesar de su magnificencia. Sabía que por los corredores de la mansión deambulaban por la noche ignotas criaturas de otro mundo…

En ese momento se oyó un ahogado juramento y un grito de

terror. Se abrió una puerta a la derecha, y una muchacha salió corriendo a la calle.

Conan tiró de las riendas. Vio que la joven estaba tan bien formada como unas de las huríes del paraíso de los orientales. El cimmerio pudo apreciar esto con facilidad, ya que el sencillo atuendo de la muchacha estaba hecho jirones, dejando al descubierto la mayor parte de su cuerpo. Al tiempo que intentaba arreglarse un poco la desordenada cabellera, la muchacha lanzó una mirada temerosa a la puerta, que acababa de cerrarse tras ella. Luego sus grandes ojos se volvieron hacia Conan, que permanecía inmóvil sobre la silla de su caballo, como una estatua ecuestre.

—Veamos, muchacha, ¿qué te ocurre? —preguntó al fin, rudamente, el cimmerio, inclinándose hacia adelante—. ¿Se ha enfadado contigo tu amante?

La joven respondió después de unos momentos de vacilación, y dijo:

—Dos soldados borrachos trataron de violarme. Vine aquí a comprar vino para mi padre; además, me quitaron el dinero que traía.

Los ojos de Conan centellearon mientras saltaba al suelo. Su primitivo código del honor le hacía sentir aversión por los que abusaban con brutalidad de una mujer desvalida.

—Tranquilízate, moza. Vamos a arreglarles las cuentas. Abre la puerta. ¿Eran ellos los únicos clientes?

La joven asintió con gesto aterrado y luego se acercó a la taberna. Después de unos momentos de vacilación, abrió la puerta. Conan entró de un par de zancadas y la puerta se cerró tras él enseguida, con un sonido metálico.

Pero el cimmerio no vio la escena que esperaba. No encontró a los dos soldados borrachos a quienes escarmentar con un par de bofetadas. Por el contrario, vio a siete hombres armados y alertas, que se alineaban contra las paredes, empuñando dagas y brillantes espadas. La decisión de matar se leía en sus ojos cuando se abalanzaron súbitamente sobre Conan.

Un hombre civilizado hubiera vacilado, lleno de desconcierto, y quizás su reacción habría sido tardía. Pero nada de esto le sucedió al cimmerio. Su agudo instinto de conservación le advirtió que algo extraño ocurría y, en cuanto cruzó el umbral, sus reflejos entraron

en acción. Ya no tenía tiempo para sacar su enorme espada, pues los enemigos cayeron encima de él como lobos hambrientos.

De un fuerte puntapié envió un banco contra las piernas de tres de sus adversarios, en el momento en que estos lo atacaban. Los tres cayeron ruidosamente, lanzando maldiciones. Conan se agachó cuando la hoja de uno de los otros cuatro silbó sobre su cabeza, y le dio un fuerte puñetazo en el rostro al último contrincante antes de que este pudiera reaccionar. Se oyó el crujido de los huesos del atacante, que salió impulsado contra los que le seguían.

Aprovechándose de la confusión reinante, el cimmerio se evadió del círculo que formaban sus adversarios, saltó con la rapidez de una pantera y, levantando una pesada mesa de roble, la arrojó con todas sus fuerzas sobre sus oponentes. Las armas se estrellaron contra el suelo y se oyeron numerosas maldiciones y gritos de dolor. Aquella breve pausa en la pelea le permitió a Conan desenvainar la enorme espada con la mano derecha y extraer la daga con la izquierda.

No aguardó a una nueva embestida. Su sangre de bárbaro hervía por aquella emboscada traicionera. Una bruma rojiza le cubría los ojos, y su mente estaba dominada por el ansia de matar. Abalanzándose hacia los seis hombres que aún seguían en acción, el cimmerio le asestó un sablazo en las costillas a uno de los esbirros, que seguía arrodillado en el suelo. Luego paró un golpe con su daga, y a su vez lanzó un terrible mandoble mortal. El hombre se desplomó con los ojos vidriosos, chillando, mientras la sangre comenzaba a manar de su herida.

Con esto quedaron cuatro, que avanzaron con cautela, formando un semicírculo. El jefe de los atacantes lanzó una finta contra las piernas de Conan, pero estuvo a punto de perder la cabeza ante el veloz contragolpe del cimmerio. Logró escapar arrojándose al suelo, y cuando lo hizo. Conan vio que se trataba de Baraccus, un noble aquilonio que él había desterrado por haber tramado una conspiración para derrocarlo, junto con los nativos de Ofir.

En ese instante, los otros tres atacaron al tiempo. Una espada desesperada le dio a Conan en el casco, abollándolo y aturdiendo un poco al cimmerio. A pesar de todo, este lanzó un golpe hacia arriba, casi a ciegas, y se vio recompensado con un grito ronco y borboteante. Una daga enemiga se incrustó en las mallas que

protegían el costado derecho del cimmerio, que volvió a atacar con furia.

Cuando se limpió con prisa la sangre que le cubría el rostro, Conan advirtió que se enfrentaba con un solo enemigo, ya que el estigio, que había roto su daga contra las mallas, se hallaba más atrás, buscando un arma en el suelo. El hombre alto que mandaba a los sicarios, se levantaba en ese momento.

El cimmerio se adelantó y cayó sobre su adversario, pero uno de sus pies resbaló en un charco de sangre, y Conan cayó pesadamente al suelo.

El asesino que se enfrentaba a él grito con aire triunfal y levantó la espada, dispuesto a descargar un golpe decisivo. Pero Conan le dio un rápido puntapié a su adversario en las piernas y este cayó a su vez encima del cimmerio, ensartándose en la daga que este había levantado cuando vio que el otro se le venía encima.

Conan echó el cuerpo a un lado y se puso inmediatamente en pie con un salto felino para enfrentarse al estigio, que había recuperado su arma. El oscuro gigante se abalanzó sobre el bárbaro con los ojos centelleantes y los labios llenos de espuma. Eludiendo el golpe de la espada del cimmerio, arrojó unos pliegues de su túnica sobre el arma de Conan, aprisionándola. Luego la daga del estigio resonó violentamente sobre la cota de malla del cimmerio, rompiendo algunas anillas y penetrando en un costado de su cuerpo. Pero Conan respondió con varios golpes rápidos y mortíferos de su daga en el torso de piel oscura.

La boca del estigio se abrió para lanzar un alarido de dolor; su arma cayó al suelo, y él se tambaleó y se desplomó muerto.

Conan liberó su espada de los pliegues de la túnica del estigio y avanzó hacia el jefe, que no estaba herido, diciéndole con voz sarcástica:

—Seguramente has olvidado tu juramento de caballero cuando me limité a desterrarte, ¿eh, Baraccus? Debí haberte mandado cortar la cabeza cuando descubrí tu traición. Pero todavía estamos a tiempo.

El cimmerio tenía un aspecto terrible. Por debajo de su abollado casco fluía la sangre sobre su rostro húmedo de sudor. Tenía la mano derecha cubierta de sangre, y un corte en su cota de malla dejaba ver una herida en un costado. Pero el ansia de matar brillaba

implacable en su fiera mirada. Baraccus recordó los relatos estremecedores acerca de las hazañas del cimmerio y, habiendo perdido por completo la serenidad, giró en redondo para huir. Conan cogió su espada y la arrojó contra el traidor. La hoja se hundió en la espalda de Baraccus, que cayó de bruces con la espada atravesándole el cuerpo.

Conan hizo una breve pausa, rodeado de enemigos muertos o gravemente heridos. En ese momento oyó una voz y se volvió rápidamente, esperando otro ataque.

En el marco de la puerta trasera había un hombre rollizo, retorciéndose las manos.

—¡Por piedad! ¿Qué ha ocurrido en mi casa? —dijo plañideramente, con el rostro contraído por la aflicción—. ¡Sangre por todas partes! ¡Los muebles arruinados!

Conan se acercó al tabernero de dos zancadas y apoyó la punta de su daga debajo de su barbilla.

—¡Tú has tomado parte en este sucio asunto, perro chillón! —bramó Conan—. ¡Ellos no habrían podido tenderme la emboscada sin tu ayuda!

—¡Piedad, señor! ¡Me amenazaron con degollarme si no lo hacía! Pero quizás eso hubiera sido preferible a todo esto. Dijeron que actuarían silenciosa y rápidamente…

El cimmerio abofeteó al hombre con tal fuerza que este retrocedió trastabillando, mientras un hilo de sangre enrojecía su labio inferior.

—¡Silencio! —ordenó Conan, cuya ira se había calmado un poco —. Agradece que no te atraviese con mi espada, o que no te desuelle vivo.

—¡Sí, sí, mi señor! —repuso el hombre, presa de un abyecto terror.

—Y ahora ve a buscar una botella de vino, antes de que te parta la cabeza. ¡Y que sea del mejor! Trae también algunos trapos limpios para vendarme estos arañazos.

Mientras el aterrado posadero se alejaba con prisa, Conan apartó con un pie un cadáver y se dejó caer sobre un banco. Un pensamiento le obsesionaba. ¿Dónde se hallaba la hermosa muchacha que había iniciado aquel asunto? Era evidente que no estaba en el cuarto.

El tabernero volvió enseguida, y con manos temblorosas tendió a Conan una botella y una jarra. Con un juramento de impaciencia, el cimmerio le arrebató la botella de las manos, prescindiendo de la jarra. Cuando hubo bebido todo su contenido sin respirar, ante el asombro del posadero, el bárbaro estrelló el recipiente de vidrio contra el suelo y se limpió la boca con el dorso de la mano. Luego escrutó al hombre con sus ojos azules.

—Matar reseca la garganta —dijo—. Y ahora dime: ¿Dónde está la muchacha que se hallaba aquí con estos hombres antes de que yo entrase?

El obeso tabernero, pálido como un muerto a causa del miedo, movió negativamente la cabeza.

—Jamás la había visto, noble señor —respondió—, hasta que llegó aquí ayer, ataviada con ropas de extranjera. Se cambió de vestido en el piso superior. No sé su nombre, ni conozco ningún detalle acerca de ella.

Conan se puso en pie, un poco molesto por unas heridas que hubieran dejado incapacitado durante varios días a un hombre corriente. Al tiempo que retiraba la espada del cuerpo de Baraccus, ordenó:

—¡Llévame de inmediato a su cuarto! ¡Y si esto es otra trampa, tu alma se asará en los fuegos del infierno dentro de un momento!

Con las piernas sosteniéndolo apenas, el rechoncho khanyrio subió por unas estrechas escaleras. Conan lo siguió, extremando las precauciones. En el piso superior el guía se detuvo ante una puerta y eligió una llave del gran manojo que colgaba de su cinturón. Abrió la puerta de par en par, como para dar más confianza al receloso bárbaro.

Conan comprendió que no podía temer ninguna trampa en aquella estrecha habitación. Los únicos muebles que había en ella eran un lecho y una mesa pequeña. Sobre la cama se veían unas sedas verdes, un cinturón dorado, el velo de un turbante con un broche de esmeraldas y otro velo más amplio. Ese era el atuendo de las mujeres nobles de Hyrkania, país perteneciente al poderoso imperio oriental de Turan. La mujer podía haber venido desde alguna de las ciudades, de Akif, Shahpur o de la misma Aghrapur.

El cimmerio giró en redondo, y mientras volvía sobre sus pasos reflexionó, con el ceño fruncido, acerca de este nuevo enigma.

Conteniendo la respiración y con la espada en la mano, Conan salió de la taberna. Sus extremidades estaban un poco rígidas a causa de las heridas, y le dolía el costado como consecuencia del corte que le habían hecho con la daga. Sin embargo, aún tuvo el vigor suficiente para saltar sobre la silla de su caballo, que había dejado delante de la taberna.

El ataque había desconcertado a Conan. Sabía que eran muchos los hombres de distintos credos, razas y procedencias que deseaban su muerte, y que se habrían deleitado asando sus entrañas a fuego lento. En aquella misión, sin embargo, había viajado rápida y silenciosamente, y en el anonimato. Solo Trocero y Próspero conocían el camino que había tomado, y su lealtad estaba libre de toda sospecha. A pesar de todo, lo esperaban unos hombres armados, dispuestos a matarlo. Alguien había traído a Baraccus desde el oeste, y a la mujer hyrkania desde el este, para tenderle una trampa.

El cimmerio alejó de su mente el enigma con el conformismo fatalista del bárbaro. Puesto que no podía entrever el alcance del reciente suceso, se limitaría a esperar hasta que se produjeran nuevos acontecimientos.

Avanzó al trote por las calles, escrutando las sombras. La única luz que se advertía de cuando en cuando era la de algún candil o una vela que oscilaban detrás de alguna ventana. Sus pensamientos volvieron hacia la hermosa mujer que casi lo llevó a la muerte. La vista de su cuerpo perfecto había encendido la sangre en sus venas. Pensaba arrebatarle al menos un beso, como compensación, pero la muchacha había desaparecido como por arte de magia.

Al llegar a una plaza amplia y desierta, Conan divisó, con ayuda de la luna, que ahora estaba oculta entre las nubes, la silueta de un edificio en forma de torre, que señalaba como un dedo hacia el cielo. A pesar de la semioscuridad, podía apreciarse que la torre estaba construida con piedras y que era de color amarillento. Aquel era, pues, el lugar en el que Pelias se recluía voluntariamente, apartándose del trato con sus semejantes.

Unos amplios jardines bien cuidados rodeaban la torre de color amarillento. Pero no había muros, verjas ni puertas que impidieran la entrada. En realidad, no hacían falta, ya que los relatos más espantosos, susurrados en las horas del atardecer, habían enseñado

a los khanyrios a mantenerse alejados de ese sitio, al cual un intruso podía entrar, pero de donde con toda seguridad, no podría salir.

El caballo de Conan se detuvo al llegar al borde del jardín, relinchando y corveteando inquieto. Mordió el bocado, y de sus belfos surgieron espumarajos.

—¡Por Crom! —musitó el cimmerio—. Parece que Pelias tiene una compañía poco recomendable. Bien; de todas formas puedo ir andando.

Desmontó y echó a andar por un estrecho camino de losas, con la mirada alerta y la mano en la empuñadura de la espada. Los ritos nigrománticos solían atraer a misteriosos engendros nocturnos, del mismo modo que la carroña atrae a los buitres. Conan había conocido a muchas clases de seres pertenecientes a otros planos de existencia. Muchos de ellos eran capaces de luchar y de matar mediante armas mágicas o encantamientos que solo figuraban en libros polvorientos o en ajados pergaminos. Pero el cimmerio nunca se había sentido atraído hacia aquellos hechizos. Por el contrario, confiaba más en el filo de su espada que en las brujerías.

Ahora, sin embargo, no parecía que ningún demonio estuviera dispuesto a cerrarle el paso. Llegó a la torre sin advertir la menor señal de vida, natural o sobrenatural, entre los árboles y arbustos.

En ese momento las nubes se abrieron, dejando ver la luna. Bajo sus brillantes rayos, Conan advirtió que el color amarillento de la torre se debía a la innumerable cantidad de monedas de oro que estaban incrustadas en revoque del edificio. El cimmerio examinó las que se hallaban a la altura de sus ojos y pudo comprobar que ninguna de ellas le resultaba conocida. Todas parecían ser muy antiguas, al extremo de que algunas tenían borrado el cuño y habían quedado reducidas tan solo a un disco liso.

Conan sabía que el oro era un valioso auxiliar en las artes mágicas, sobre todo bajo la forma de monedas de reinos antiguos. Allí —se dijo el cimmerio— había monedas de imperios desaparecidos en la noche de los tiempos, cuando sacerdotes y hechiceros dominaban por medio del terror, arrastrando a las vírgenes a oscuras criptas en las que se celebraban ritos atroces, o decapitando a cientos de prisioneros en las plazas públicas, donde se formaban arroyos de sangre que iban a parar a las alcantarillas.

El bárbaro se estremeció al pensar que muchas de aquellas

leyendas malignas se concentraban allí. A pesar de todo, cuando llegó a la puerta trató de abrirla.

La pesada hoja de hierro cedió hacia adentro sin hacer ningún ruido. Conan entró con la espada en la mano, con los sentidos alertas como un tigre en busca de su presa. En la tenue penumbra que reinaba en el interior divisó dos escaleras; una subía en espiral, en tanto que la otra se perdía bajo tierra, en la oscuridad.

El fino olfato del cimmerio apreció un olor extraño que llegaba desde la escalera descendente, y sospechó que aquel olor, que recordaba al almizcle, procedía del laberinto de túneles y criptas situado debajo de la torre. Los ojos del cimmerio se entrecerraron. Recordó olores similares de las catacumbas encantadas de la ciudad muerta de Pteion, situada en Estigia, donde temibles sombras vagaban por las noches. Movió la cabeza como un león que sacude su melena. De repente se estremeció al escuchar una misteriosa voz que dijo con un tono profundo y estridente:

—¡Bienvenido, Conan! Sube las escaleras que llevan hacia arriba y sigue la luz.

Conan miró a su alrededor, pero no pudo descubrir de dónde provenía la voz. Parecía llegar de todas partes, resonando como el eco de un batintín en las paredes de un templo. Una bola brillante apareció exactamente delante de Conan que, por instinto, dio un paso hacia atrás. La bola flotó en el aire con un gran resplandor, sin que nada la sostuviera aparentemente. Gracias a su luz, el cimmerio pudo ver que se encontraba en una sala adornada con tapices antiguos de extraños diseños. Había una pared cubierta con estanterías, en las que se veían recipientes de piedra, plata, oro y jade de las formas más extrañas. Algunos tenían gemas incrustadas, en tanto que otros eran lisos, pero todos aparecían mezclados como en la mayor de las confusiones.

La esfera brillante se movió poco a poco hacia la escalera que llevaba a la parte superior de la torre. Conan la siguió sin vacilar. Nunca se conocía bien la mente de un hechicero, pero Pelias había dado pruebas de estar bien dispuesto hacia el cimmerio.

Ni un crujido resonó en los escalones cuando Conan ascendió, con la espada en la mano, aunque con mayor tranquilidad que al principio. La escalera terminaba en un rellano que cerraba una puerta revestida de cobre. En el metal aparecían grabados unos

signos extraños en forma de volutas. Conan reconoció algunos de esos signos por haberlos visto en alguno de sus numerosos viajes. Eran símbolos mágicos que emplearon pueblos antiquísimos. El bárbaro frunció el ceño, preocupado. Entonces la puerta se abrió en silencio, y la bola luminosa se apagó.

Ahora no se hacía necesaria la luz de la esfera. La habitación en la que entró Conan era amplia y estaba bien iluminada. Los muebles y los tapices eran una muestra de los trabajos más lujosos de diversos países. Numerosas antorchas ardían sujetas de las paredes, en tanto que el suelo estaba revestido de suaves alfombras.

En el centro de la sala se veía un enorme diván cubierto de cojines. En él yacía Pelias, un hombre alto, delgado, de pelo entrecano y ropas de sabio. Tenía ojos oscuros y meditabundos, cabeza estrecha, bien formada, y pies y manos pequeños. Sin duda estaba estudiando, ya que en la gran biblioteca se advertían varios huecos, y sobre el diván había algunos libros esparcidos. Cerca de la otomana había una mesa de gran tamaño atestada de rollos de pergamino. Conan sabía que los magos preferían escribir sus hechizos más poderosos en piel humana curtida.

De la pared colgaba un espejo con un sencillo marco de hierro, que contrastaba con el lujo de los demás muebles y objetos. El cimmerio no se sorprendió ante aquel ambiente de opulencia. A diferencia de la mayor parte de los hechiceros, Pelias nunca había considerado con desdén los placeres de la vida.

—¡Bienvenido, Conan! —exclamó el brujo—. ¡Hace casi cuatro años que…!

Entonces Pelias se puso en pie, mirando con atención al bárbaro, que avanzaba envainando su espada.

—¡Estás herido! —dijo—. ¡Y de consideración! Creo que necesitas un estimulante más fuerte que este vino. Espera un momento.

El hechicero se volvió hacia un armario tallado y abrió una de las numerosas puertecillas que había en él. Tomó un frasco de cristal lleno de un líquido turbio y violáceo del interior del mueble. Vertió el líquido en una copa de vino hasta la mitad y, entregándosela a Conan, le dijo:

—Bebe esto, amigo. Está hecho con unas hierbas raras de las islas Brumosas. Curará tus heridas y aliviará el cansancio de tus

músculos.

Conan tomó la pócima de un trago e hizo algunos gestos. Tuvo la impresión de que por sus venas corría fuego y de que su cerebro giraba y se bamboleaba. Luego estas sensaciones fueron reemplazadas por otras de bienestar y satisfacción. Le pareció que le quitaban un enorme peso de encima. No se había dado cuenta cuan exhausto lo habían dejado la pelea y las heridas recibidas.

Conan se quitó el casco y se palpó el cuero cabelludo. Tenía el pelo ensangrentado, pero después de haber tomado el brebaje no pudo encontrar ninguna herida; ni siquiera halló una cicatriz. Apreció un efecto similar en su costado. Los dolores habían desaparecido.

—¡Por cierto que es una bebida milagrosa, Pelias! —dijo asombrado.

—Es fuerte y eficaz, desde luego —repuso el hechicero—. Además de sus ingredientes exóticos, se han leído poderosos encantamientos durante su preparación para realzar el valor de la receta.

Conan lanzó un gruñido mientras se quitaba la desgarrada cota de malla.

—¡Me hubiera gustado haber tenido ese brebaje en muchas ocasiones anteriores de mi vida! —dijo.

—Hablemos ahora de tu presencia en mi casa. ¿Qué te ha hecho venir solo y con tanta prisa? No he sabido de ninguna contienda o guerra importante en el noroeste para la que pudieras necesitar mi ayuda.

—De haber sido una lucha corriente, jamás habría solicitado el auxilio de tu magia —afirmó el cimmerio—. Pero fui atacado por poderes tenebrosos y desconocidos. Necesito informes que me conduzcan hasta el lugar en el que pueda luchar contra mis enemigos.

Luego el bárbaro relató breve y concisamente los trascendentales acontecimientos ocurridos durante la noche del aniversario, en Tarantia.

Pelias reflexionó durante un largo rato con la barbilla apoyada en una mano. Tenía los ojos cerrados, y se podía pensar que estaba dormido. Conan, sin embargo, sabía que el cerebro del brujo estaba trabajando con una agudeza y rapidez sobrehumanas, pese a lo

decepcionante de las apariencias. Al fin el mago abrió lentamente los ojos y dijo con voz profunda:

—Un espíritu maligno de los reinos más oscuros que se hallan detrás de las Montañas de la Noche ha raptado a tu esposa. Yo sé invocar a uno de esos demonios, pero pensé que era el único que poseía tales poderes en Occidente.

—Entonces conjúralo para que se presente, y sabremos la verdad.

—¡No tan deprisa, mi impulsivo amigo! ¡No te precipites tan temerariamente hacia peligros desconocidos! Resulta claro que ese espectro ha sido invocado por un hechicero con poderes superiores a los de un brujo ordinario. De atraer aquí al demonio por medio de encantamientos, tendríamos que enfrentamos con él y con su amo, y ello tal vez resultara excesivo para nosotros. No, conozco un modo mejor. ¡El espejo de Lazbekri nos dará la respuesta!

Pelias se puso en pie, abrió una vez más el extraño armario y extrajo de él una copa de brillo opaco en cuyo borde aparecían extraños símbolos. Aunque Conan tenía nociones acerca de diversos lenguajes escritos, como consecuencia de sus viajes, no pudo reconocer aquellos signos.

El hechicero vertió el polvillo rojizo de un frasco en una copa, que luego colocó sobre una mesita de ébano situada junto al espejo de marco de hierro. Con un movimiento de los brazos echó hacia atrás sus amplias mangas y trazó unos signos cabalísticos en el aire.

De la copa comenzó a salir un humo azulino, que fue espesándose hasta que sus densas volutas llenaron la habitación. El cimmerio apenas podía distinguir la figura del brujo, sumido en un profundo trance.

No ocurrió nada durante un tiempo que pareció terriblemente largo. Conan comenzó a sentirse impaciente, cuando oyó a Pelias que susurraba:

—Las defensas del hechicero son poderosas, Conan —le decía—, y no puedo vencerlas. Dime, ¿cuál es tu dios tutelar?

—Es Crom, el sombrío dios de los cimmerios —respondió el bárbaro—. Sin embargo, no he tenido nada que ver con los dioses desde hace muchos años. Yo los he dejado tranquilos, y ellos han hecho lo mismo conmigo.

—Bien, de todas formas, invoca la ayuda de Crom. La

necesitamos.

Conan cerró los ojos, y por primera vez en muchos años musitó una oración.

—¡Oh, padre Crom! —dijo—. Tú que infundes poder para luchar y matar en el alma del hombre cuando nace, ayuda a tu hijo contra el demonio que le ha robado a su mujer bienamada…

El bárbaro creyó percibir unas palabras en el interior de su mente.

«Durante mucho tiempo te has olvidado de mí, Conan —decía la voz interior—, pero, pese a ello, mi hijo preferido, por tus hazañas y conquistas. ¡Mira!».

El humo había empezado a atenuarse. Al mirar al espejo, el cimmerio observó que el cristal no reflejaba la silueta de Pelias, que se hallaba delante, sino que no mostraba ninguna imagen. La cristalina superficie aparecía ahora de un tono gris oscuro, como si fuera una ventana abierta a una dimensión prohibida. Con voz baja y monótona, Pelias pronunció un encantamiento en una lengua que Conan reconoció como la usada por los sacerdotes estigios en sus ritos secretos de la oscura ciudad amurallada de Khemi.

Lentamente, tan lentamente que apenas pudo apreciarse de inmediato, fue formándose una imagen en el espejo. Al principio aparecía borrosa e incierta; luego se aclaró rápidamente, viéndose un cuarto de paredes de piedra y casi sin muebles, donde un hombre cubierto con un manto y una capucha estaba sentado ante una mesa baja, con un pergamino en las manos.

La imagen fue aumentando de tamaño, como si los observadores se acercasen al desconocido. De repente este levantó la cabeza y miró directamente a Pelias y a Conan. La capucha cayó hacia atrás, dejando al descubierto su calvo cráneo. Los ojos oblicuos del individuo miraron con frialdad los del cimmerio y los del hechicero. Sus labios finos e incoloros se abrieron en una sonrisa amenazante. Entonces la diestra amarilla del desconocido se hundió entre los pliegues de su manto y extrajo de él una esfera brillante. El hombre hizo ademán de ir a arrojar la bola, cuando Conan entró en acción con una fuerza y una rapidez fulminantes.

Un silbido de su espada, que había empuñado en previsión del peligro desconocido que pudiera revelarles el espejo, partió el marco metálico en dos trozos y quebró el cristal en miles de

fragmentos.

Pelias se estremeció intensamente, como un hombre que despierta de un profundo sueño.

—¡Por Ishtar, Conan, nos has salvado! —exclamó—. Ese objeto brillante era tan mortífero como un nido de cobras. De haberlo arrojado en esta habitación, habríamos quedado reducidos a pedazos, y con nosotros media ciudad. Yo estaba en trance por la concentración del hechizo, y no podía hacer nada.

—¡Bah, al demonio con eso! —repuso el cimmerio, que jamás había aceptado de buen grado los elogios—. Y bien, ¿qué significa esto? He visto que ese hombre era un khitanio. No entiendo qué tiene que ver con mi asunto.

Los ojos oscuros de Pelias se posaron en la figura del gigantesco bárbaro.

—Amigo mío —dijo el hechicero—, estos asuntos son más profundos de lo que yo imaginaba. Puede que el destino del mundo dependa de ti.

Pelias hizo una pausa y tomó unos sorbos de vino. Luego se tendió en el diván y siguió hablando. Afuera reinaba una noche oscura y tranquila.

—Los magos de Occidente —agregó— se han dado cuenta, desde hace tiempo, que los efectos de ciertos hechizos se están debilitando e incluso anulando. Esta situación se ha hecho más perceptible en los últimos años. Hace pocos meses me dediqué a algunas investigaciones en busca de la causa de este fenómeno, y lo he averiguado.

»Estamos entrando en una nueva era. La sabiduría y la razón se difunden entre los pueblos occidentales. Aquilonia se mantiene como un baluarte entre las naciones, fortaleciendo su poder imperial mediante la fuerza elemental y desnuda de su saludable mentalidad bárbara. Tú, Conan, has rejuvenecido el espíritu de la nación, y fuerzas similares están en juego en otros reinos. Los poderes de la magia negra se diluyen y desaparecen, como consecuencia de los factores que aporta la nueva situación. Cada vez es más frágil la red de las intrigas y la perversidad que ponen en juego las oscuras fuerzas del mal.

»Algunos de los encantamientos más poderosos y malignos apenas hacen efecto en los países de Occidente. Esta resistencia de

la civilización a la magia negra se concentra en el reino de Aquilonia. Tú has sido desde hace tiempo el centro de acontecimientos trascendentales, y los dioses te consideran con favor. De este modo, las cosas seguirán cambiando hasta que, en otra vuelta de la rueda cósmica, la sabiduría perezca y la magia vuelva a dominar otra vez, iniciándose de este modo un nuevo ciclo.

»Yo me vuelvo viejo. Sí, yo, que soy más anciano de lo que pueden concebir los hombres. En la actualidad empleo mis vastos conocimientos tan solo para procurarme una vida cómoda y descansada, a fin de proseguir mis estudios e investigaciones. No me gusta vivir como un anacoreta de ropas harapientas que conjura a monstruos de ojos rojizos, colmillos afilados y garras hirientes para sembrar la destrucción entre seres humanos inocentes.

»Pero hay alguien que ansia desde hace mucho tiempo adquirir un poder absoluto sobre el mundo y sobre todos los que habitan en él. Ha llegado a obsesionarse con esa idea. Hace años comenzó a establecer la base de una gigantesca actividad de nigromancia que llegaría a conmover a la tierra hasta sus cimientos, y que esclavizaría a sus habitantes.

»Supe todo esto por medio de espías ultraterrestres. Una noche, ese ser maligno arrancó el corazón palpitante de una doncella que yacía sobre el altar de un templo solitario, a la luz de la luna. En ese momento pronunció un terrible conjuro, pero no pudo obtener el resultado que esperaba. Era la primera tentativa que realizaba en un país de Occidente, y a pesar de ello se mostró lleno de asombro.

»El fracaso sufrido suscitó en él una rabia insensata. Durante días y noches sin fin trabajó para encontrar la fuerza que se le oponía, y al fin pudo conseguirlo. El principal obstáculo eres tú.

»Este sombrío plan, cuyos detalles puedo comprender ahora, es digno de una mente genial y retorcida. Ha raptado a tu mujer, obligándote así a ir en su búsqueda. Tiene la seguridad de que en el camino te matarán tus enemigos, o bien las gentes extrañas y desconocidas que habitan al este de los montes Himelios. Y si realizaras la hazaña de llegar con vida hasta su morada, él mismo te matará, poniendo en juego los poderes diabólicos que posee.

»Después de eso, el camino hacia la conquista quedará abierto para él, puesto que la resistencia originada aquí, en Occidente, es

demasiado débil aún para sostenerse sin el elemento que constituye su base principal: ¡Conan, el rey de Aquilonia!».

Pelias sintió que tenía la garganta reseca y tomó unos sorbos de vino.

—Como sabes —siguió diciendo—, se me considera como uno de los magos más poderosos de Occidente, a pesar de que, en la actualidad raras veces utilizo todos mis poderes. Pero si cayera en manos de quien te hablo, iría a parar sin remedio a un lago lleno de cocodrilos. Los hechiceros orientales tienen más poderes que los occidentales, y él es el más poderoso de todos. Se trata de Yah Chieng, que habita en la ciudad de Paikang, en Khitai.

Conan reflexionó acerca de estas palabras con mirada sombría y rostro imperturbable. Finalmente se oyó el tono profundo de su voz.

—Por Crom, Pelias —dijo el cimmerio—. Sobre mis hombros parece descansar una responsabilidad mayor de la que puedo soportar, si es cierto todo lo que dices. Sin embargo, me importa poco el destino del mundo, si consigo recuperar a mi amada Zenobia.

—¡Ah, amigo, tu propio destino, el de tu reina y el del mundo están profundamente unidos! Se avecinan sucesos trascendentales; los destinos de épocas remotas del futuro se decidirán ahora. Esta es la ocasión suprema que tiene Yah Chieng para hacerse con el poder. Sin duda está seguro de tener éxito, pues de lo contrario ese reptil ponzoñoso no habría iniciado el intento. El rapto de Zenobia no es más que una artimaña para hacerte marchar de Occidente, que tú proteges contra la brujería oriental. ¡Piensa, Conan, y compara! ¿Qué es más importante: el destino de una mujer o el de millones de seres humanos?

—¡Al infierno con tus razones, Pelias! —bramó el cimmerio—. ¿Crees que voy a dejar que roben a la mujer que amo, y a quedarme tranquilamente en casa porque soy objeto de la atención de un maldito brujo? ¡Que los demonios del infierno devoren la médula de mis huesos si muevo un solo dedo en defensa del poder, la riqueza o el mundo entero! ¡Lo que yo quiero es mi esposa, y la encontraré, aunque tenga que abrirme paso entre miles de guerreros para llegar hasta ese calvo bellaco!

Pelias se encogió de hombros. Comprendía que el impulso primitivo que había guiado los actos del bárbaro hasta ese momento

no cambiarían en nada por el hecho de haber descubierto unas causas más profundas en los acontecimientos. Lo único que le importaba al cimmerio era el presente; le tenía sin cuidado el futuro.

—Por desgracia o por fortuna, el Destino ha tejido ya su red —dijo Pelias—, y yo no puedo hacer nada para cambiarlo. Ahora escucha: tu meta es la ciudad de Paikang, en Khitai. Allí habita Yah Chieng en su torre de color púrpura protegido por doscientos gigantes khitanios, los hombres más hábiles con la espada en todo Oriente. Chieng ha usurpado el poder de los legítimos gobernantes y manda de forma tiránica. Ten cuidado con su magia negra. Con un solo movimiento de su mano puede aniquilar a todo un ejército. No sé si podré ayudarte, pero trataré de hacerlo. Ahora ven conmigo.

El enjuto hechicero se puso en pie y se acercó a un escritorio hecho de ricas y exóticas maderas con incrustaciones de oro. El mueble tenía un aspecto curioso, como si no hubiera sido hecho por manos humanas. Conan no disimuló su extrañeza. En ninguno de sus viajes había visto un mueble como aquel.

Pelias apretó un saliente oculto entre las tallas de una de las patas del escritorio. Se corrió hacia afuera un cajoncillo, y el hechicero tomó un objeto de su interior. Se trataba de un anillo de aspecto extraño, ya que no brillaba con el fuego del oro, ni con el helado fulgor de la plata; ni siquiera con el brillo rojizo del cobre. Su lustre azulino no se parecía en nada al de ningún metal conocido. En su contorno se apreciaban unos jeroglíficos antiquísimos. Conan se inclinó para observar mejor la joya y reconoció los símbolos secretos que solo se hallaban en los altares ignotos de los templos de Estigia, en el sur.

El sello del anillo también tenía un aspecto extraño. Tenía forma de rombo, con los ángulos superior e inferior más largos y afilados. Una persona poco atenta podía pincharse fácilmente con aquella joya.

Pelias contempló la sortija durante un momento. Su extraño fulgor azulado iluminaba la habitación con una luz helada. El cimmerio, con sus finos sentidos, podía apreciar el poder que emanaba del objeto. Entonces el hechicero se irguió y apartó un mechón que le caía sobre la frente.

—Han pasado muchas lunas desde que conseguí este anillo —dijo—. Durante días y noches luché sin pausa contra su dueño, un poderoso brujo de Luxur. La furia de los negros poderes que desatamos habría devastado la tierra, si nuestros respectivos hechizos no se hubieran contrarrestado mutuamente. Con la mente confusa y los sentidos sobreexcitados, luché con él a través de eones sin fin. En el momento en que presentí que ya no podía resistir más, mi adversario se rindió. Se transformó en un halcón y trató de huir. Sentí que las fuerzas volvían a mí, y yo también cambié de forma y me convertí en un águila, le di alcance y lo destrocé con el pico. ¡Ah, aquellos eran días en los que yo era joven y me jactaba de mi poder! Ahora, amigo mío, quiero que te lleves contigo este anillo, que será una poderosa ayuda para ti durante tu empresa. ¿Has oído hablar de Rakhamon?

Conan asintió con un movimiento de la cabeza. Los países del sur estaban llenos de leyendas acerca de su pasado, pero a pesar de ello, el nombre de aquel temido brujo se pronunciaba con temor, aun cuando hubiera transcurrido un siglo y medio desde su muerte. Los invasores hyrkanios habían saqueado e incendiado su ciudad mientras Rakhamon se hallaba inerme, bajo el sueño producido por el loto negro.

Numerosos adeptos a las artes mágicas habían tratado de encontrar sus libros de hechicería, de los que se afirmaba que estaban escritos sobre pieles curtidas de doncellas desolladas vivas. Sin embargo, nadie pudo encontrar esos libros. Si ese anillo era en efecto una alhaja que había pertenecido al hechicero, debía ser muy poderosa.

—Pues bien, este es el anillo de Rakhamon —agregó Pelias gravemente—. Algunos de los seres sobrenaturales invocados desde los reinos de las tinieblas no pueden ser dominados, una vez que están presentes, por medio de hechizos protectores. Por consiguiente, el brujo elaboró esta sortija con el metal de un meteorito que encontró durante sus viajes por las tierras heladas del norte. Luego invistió al anillo de insospechados poderes mediante ritos que guardaba en el mayor secreto. Durante estos ritos, la sangre humana corría en abundancia y las almas gimientes eran condenadas a los infiernos más oscuros y profundos. El poseedor de esta sortija puede enfrentarse con cualquier engendro atraído

mediante artes nigrománticas, según he podido averiguar. Pero por lo que respecta a su uso, no tengo datos concretos. Es probable que estos detalles desaparecieran junto con los manuscritos. Toma este anillo, Conan; es toda la ayuda que puedo ofrecerte. Ningún otro hechizo que conozco tiene valor contra el poder maligno de Yah Chieng.

Conan tomó la alhaja que le entregaba el brujo. Al principio pensó que era demasiado pequeña para el gran tamaño de sus dedos, pero al tratar de introducirla en el dedo medio de su mano izquierda, la sortija se deslizó con suavidad. Parecía tener vida propia, y se ajustaba como si hubiera sido hecha expresamente para él. El cimmerio se encogió de hombros. Muchos años de experiencia lo habían vuelto un tanto indiferente respecto al efecto de los objetos mágicos. Aquel amuleto podía ser efectivo; en caso contrario, no podía hacerle ningún mal. Lo cierto es que la intención de Pelias era buena.

—Terminemos de hablar ya —dijo el bárbaro—. Tengo ante mí un largo viaje. Un pan, un trozo de carne y una botella de vino, y estaré en condiciones de ir a dormir. ¿No tienes un catre en el que pueda pasar la noche?

—Tengo el tipo de lecho que prefieras, amigo mío. Mis criados te darán comida y atenderán a tu caballo.

Después de decir esto, el hechicero dio unas palmadas para llamar a los sirvientes.

—Eso me recuerda —dijo Conan, mientras bostezaba— que debo sacrificar un buey a Crom antes de salir de viaje por la mañana. Pero no digas nada de esto, porque si se llega a saber, la gente podrá decir: ¡Conan está envejeciendo, puesto que ahora venera a los dioses!

3. La venganza del desierto

El sol reflejaba sus rayos en los cascos y en las puntas de las lanzas. Las espuelas tintineaban y las sedas brillaban mientras los tres jinetes, cubiertos con cotas de malla, rodeaban la falda de una enorme duna de arena del extenso desierto situado en el límite sudoeste de Turan. Rojos turbantes ceñían los cascos de los jinetes, y llevaban fajines del mismo color en la cintura. Vestían amplias calzas blancas introducidas en unas botas cortas de color negro. Dos de ellos empuñaban lanzas turanias de tres metros de largo. El otro jinete llevaba sujeto a su silla un grueso arco y una veintena de flechas en un carcaj de cuero.

Los acompañaba un cuarto hombre, que iba a pie, atado por las muñecas a una cuerda que llevaba el arquero. El prisionero se hundía en la arena al caminar, y seguía con dificultad a sus captores, que iban a caballo. Vestía la blanca túnica, llamada khalat, de los zuagiros del desierto, si bien la prenda estaba sucia y desgarrada. Su rostro delgado y oscuro estaba demacrado a causa de las privaciones, pero en sus ojos enrojecidos brillaba un odio implacable. El prisionero cayó jadeando al subir por una duna, pero no protestó ni lanzó quejido alguno.

Este reducido grupo de soldados turanios había quedado aislado del resto de sus tropas por una intensa tormenta de arena, y ahora buscaba el camino de regreso hacia el fuerte Wakla, una avanzada que se hallaba en el interior del desierto zuagiro. El día anterior habían encontrado al nativo, cuyo caballo fue derribado con una flecha en el corazón. El zuagiro quedó sin sentido sobre la arena. El motivo del ataque al jinete se debía a una intensa campaña iniciada poco antes por el comandante del fuerte contra las tribus del desierto, que asediaban abiertamente a las caravanas kuranias. Los jinetes llevaban ahora al prisionero hasta el fuerte donde, después

de hacerle revelar la mayor cantidad de información posible, sería ahorcado.

Una vez en la cima de la duna, la reducida tropa se detuvo a descansar. Las bocas resecas se refrescaron con los pellejos llenos de agua, en tanto que el exhausto prisionero seguía ascendiendo, arrastrándose con pies y manos, a punto de desfallecer. Las dunas se extendían hasta donde la vista podía alcanzar. Como guerreros veteranos que eran, los turanios empleaban sus momentos de descanso para avizorar con ojos de halcón el horizonte y las extensiones de arena. No se apreciaba nada de particular en la interminable planicie ondulada y amarillenta.

El más alto de los tres jinetes, el que llevaba el arco y la cuerda del prisionero se irguió de repente. Puso una mano sobre sus ojos y se inclinó hacia adelante, a fin de ver mejor. En lo alto de una duna, a un cuarto de legua de distancia, acababa de divisar a un jinete solitario que avanzaba al galope. La misma duna lo había ocultado en el momento en el que llegaban al punto de descanso, pero ahora el desconocido corría por la parte más cercana, entre una nube de arena. El arquero, que parecía ser el jefe, se volvió hacia sus compañeros y exclamó:

—¡Por las caderas marfileñas de Yenagra, vamos a cazar otra rata del desierto! Preparaos; mataremos a este otro y llevaremos su cabeza sobre la punta de una lanza de regreso al fuerte.

Puesto que sabía que no tendría ninguna dificultad en recuperar al zuagiro después de la escaramuza, el arquero dejó caer la cuerda. Luego espoleó a su caballo pendiente abajo, hacia el punto en el que pensaba interceptar la marcha del desconocido, y mientras lo hacía, empuñó su arco y colocó una flecha en él. Sus compañeros lo siguieron con las lanzas en ristre, lanzando gritos como sabuesos que rodean a su presa.

Cuando se encontraba a unos trescientos pasos del desconocido, el arquero tensó la cuerda de su arco y arrojó la flecha al galope, con la habilidad de los jinetes turanios. Pero la flecha no dio en el blanco. Como una centella, la pretendida víctima desvió su caballo hacia un lado con tal rapidez que el animal estuvo a punto de caer al suelo. Con un rápido ademán, el jinete echó hacia atrás los pliegues de su túnica.

Los hyrkanios se detuvieron consternados. No tenían ante ellos a

un nativo del desierto, armado tan solo con una daga y una lanza, y medio agotado por las privaciones, sino que se hallaban ante un poderoso guerrero occidental, protegido por una gruesa cota de malla y un casco de acero, y armado con una enorme espada. El sable brilló como una llama a la luz del sol cuando el jinete la desenvainó. El jefe turanio manifestó una enorme sorpresa.

—¡Y todavía te atreves a volver a Turan, maldito bárbaro! —exclamó lleno de ira.

Y es que el turanio era Hamar Kur, que había sido capitán de una tropa de jinetes cuando Conan, siendo caudillo de los kozakos, les tendió una emboscada y los derrotó junto a las márgenes del río Yelba. Hamar Kur fue degradado y pasó a formar parte de las fuerzas fronterizas como simple soldado. Desde entonces había alentado en su pecho la venganza. Ahora sacó su cimitarra y exclamó:

—¡A él, soldados! ¡Es Conan, el kozako! ¡Matémoslo, y el rey llenará nuestros yelmos de oro!

Los jinetes turanios vacilaron, atemorizados por el recuerdo de las terribles hazañas que se asociaban al nombre de aquel personaje. Se decía que ese hombre, al mando de dos galeras piratas, había saqueado e incendiado el puerto-fortaleza de Khawarizm, y luego se había abierto paso por entre seis galeras enviadas por el rey para atraparlo, hundiendo tres de ellas y dejando las cubiertas de las otras llenas de cadáveres. También se decía que había hostigado los puestos avanzados imperiales del sur con una banda de nómadas zuagiros, hasta que la línea fronteriza debió ser trasladada más al norte. Y se aseguraba que tomó por asalto la ciudad amurallada de Khorusun con una banda de salvajes kozakos, incendiándola y pasando a cuchillo a las tropas defensoras.

Conan se aprovechó del momento de indecisión de sus atacantes. Espoleó a su caballo y se lanzó como un alud sobre los turanios, mientras su espada trazaba molinetes mortales. El caballo de Hamar Kur retrocedió con violencia ante aquella carga devastadora y finalmente cayó al suelo, arrojando a su jinete de la silla.

Los otros dos soldados volvieron a bajar las lanzas y picarón espuelas, pero ya no tenían tiempo para ganar velocidad y realizar una carga efectiva. Con la furia de un huracán, el cimmerio se

abalanzó sobre ellos, dando mandobles a diestro y siniestro. Un segundo después, la hoja de Conan destrozaba la lanza de uno de sus adversarios. El turanio paró el siguiente golpe con su escudo, pero salió despedido de su silla a consecuencia del fuerte impacto.

Para entonces, Hamar Kur se había puesto en pie. Diestro en el combate contra jinetes, corrió hacia la lanza que había caído de manos de otro soldado decapitado. Luego se volvió y arrojó la lanza entre las patas del caballo de Conan, que cargaba en ese instante. En el último momento se hizo a un lado para eludir la terrible hoja del bárbaro.

La arena del desierto nubló por un momento el cielo cuando Conan y su caballo se desplomaron juntos al suelo. Con la facilidad del curtido mercenario, el cimmerio se incorporó al momento, con la espada en la mano. Sus ojos azules se entrecerraron al observar a los dos enemigos sobrevivientes que avanzaban hacia él por cada lado. La intención era evidente: pretendían sorprenderlo entre los dos, a fin de que uno de ellos pudiese atacarlo por la espalda.

Actuando con una rapidez felina, Conan arremetió contra el soldado que estaba a su derecha. Sabía que la cimitarra de Hamar Kur podía hundirse entre sus hombros, pero no tenía por costumbre esperar el ataque del enemigo. El turanio trató de parar el golpe demoledor, pero no lo consiguió. El mandoble del cimmerio partió en dos la curva hoja de la cimitarra y hundió a un tiempo el casco y el cráneo de su aterrado contrincante.

Luego el bárbaro giró como una pantera, a tiempo para detener el golpe de Hamar Kur con la cruz de su espada. Hubo un intercambio de fintas y paradas, mientras la hoja recta y la curva giraban en una deslumbrante danza mortal. Después, un rápido golpe de Conan perforó el pecho de su enemigo. La punta atravesó la fina malla turania y entró en el cuerpo del antiguo capitán. Hamar lanzó un grito estremecedor y cayó pesadamente al suelo. El bárbaro se apoyó sobre sus piernas para liberar su espada manchada de sangre.

El cimmerio limpió la hoja de su sable en la capa de su enemigo y echó un rápido vistazo a su alrededor. Había oído un ruido a sus espaldas, y sus sentidos estaban exacerbados a causa de la pelea. Entonces vio que un hombre envuelto en harapos descendía por la pendiente de la duna, medio arrastrándose, medio resbalando, hasta

detenerse casi a sus pies. Se trataba del zuagiro. Este se levantó sobre unas piernas que apenas lo sostenían, y escupió sobre el cuerpo inerte de Hamar Kur. A continuación se volvió con los ojos relucientes de ira hacia Conan. Al observar la gigantesca figura cubierta con una cota de malla, la cólera de su semblante se convirtió en un gesto de sorpresa primero, y luego de alegría. Levantando las manos atadas, gritó:

—¡Alabado sea Kemosh, pues ha respondido a mis ruegos y ha enviado a estos perros a las cuevas del infierno! ¡Y más aún porque ha hecho volver al gran guerrero que nos condujo a la batalla y al pillaje hace mucho tiempo! ¡Te saludo, Halcón del Desierto! ¡Ahora habrá fiestas y danzas en las aldeas! Los perros turanios se encerrarán en sus torres cuando escuchen este grito: «¡Yamad al-Afta ha regresado!».

Conan se encogió de hombros y volvió a envainar su espada. Su caballo se había puesto en pie otra vez, y el cimmerio abrió la alforja que colgaba de la silla y sacó una bota de agua.

—Toma, amigo —dijo con un gruñido—. Tienes un aspecto desastroso. Bebe unos tragos, pero procura no llenarte demasiado.

Luego el cimmerio sacó pan y carne seca de la bolsa, y lo compartió con el zuagiro.

—Y ahora dime —agregó—: ¿Qué sucede en el desierto? ¿Cómo caíste en manos de los hyrkanios?

El nómada respondió mientras masticaba y tragaba con avidez:

—Yo soy Yar Allal, de la tribu duali. Volvía solo a nuestro campamento, cuando caí en poder de estos cerdos. Dispararon una flecha sobre mi caballo y perdí el sentido al caer. Me llevaban al fuerte Wakla para interrogarme y colgarme después.

—¿Por qué cabalgabas solo? Esta zona está llena de patrullas turanias.

—Una desgracia terrible ha caído sobre nuestra tribu —repuso—. Escucha, señor. Durante varios días estuvimos esperando en las ruinas del templo de Gharat, situadas a unas veinte leguas hacia el sur. Había llegado hasta nosotros el rumor de que venía una caravana de Occidente trayendo incontables riquezas y la persona de la dama Thanara.

—¿Quién es ella?

—Una *yedka* de Maypur, famosa por su belleza y por su riqueza, que además goza del favor del rey Yezdigerd. Si conseguíamos capturarla, obtendríamos un fabuloso rescate, además de lo que transportaba la caravana.

»Allí aguardamos con las armas preparadas, pero creímos que los perros mercaderes nunca se presentarían. Y por fin un día oímos a lo lejos las campanillas de los camellos. A continuación apareció ante nuestra vista la larga caravana de animales, carromatos y hombres montados.

»Esperamos hasta que se encontraran casi a nuestro lado. Mientras lanzábamos nuestro grito de guerra, nos abalanzamos sobre ellos. Imaginábamos un rápido triunfo sobre los mercaderes y sus acompañantes. Pero de repente todos ellos se despojaron de sus túnicas. ¡En lugar de inocentes mercaderes y sus criados, vimos que nos atacaban lanceros con las cotas de malla y los blancos turbantes de la guardia imperial!

»Debía de haber al menos un centenar de ellos ocultos en los carromatos, e irrumpieron entre nuestras filas como guadañas en un campo de trigo. La mitad de nuestras tropas perecieron en el primer ataque. El resto quedó disperso, en grupos muy reducidos. Luchamos denodadamente contra las circunstancias, y muchos turanios mordieron el polvo con una lanza clavada en el cuello o una cimitarra en las entrañas.

»Pero nuestro coraje nos sirvió de poco cuando las filas revestidas de mallas de acero se cerraron sobre nosotros. Vi caer a mi hermano bajo la espada del capitán. Luego Yin Allal, mi padre, recibió un golpe en la cabeza y cayó de su silla sin sentido. Yo espoleé a mi caballo y, empleando toda mi fuerza, pude abrirme paso y escapar. Me persiguieron durante varias horas, pero sus caballos eran menos resistentes que el mío, y finalmente abandonaron la caza. Me hallaba en camino para poner en pie de guerra a la tribu cuando me sorprendieron. En estos momentos la caravana se halla dentro de las murallas del fuerte. Esta noche reinará el regocijo entre los turanios, pues no habían capturado a un jefe zuagiro desde hacía muchos años».

—¿Cómo sabes que tu padre vive?

—En el último momento, cuando me alejaba a toda velocidad, volví la cabeza y alcancé a ver a dos de ellos que lo llevaban hacia

los carromatos. Pude apreciar que se movía, aunque con debilidad.

El cimmerio recordaba muy bien a Yin Allal, uno de sus seguidores más acérrimos en el pasado cuando él, Conan, era jefe guerrero de tres tribus zuagiras reunidas y dirigía numerosas incursiones contra los turanios. Enfrentado con este nuevo problema, el cimmerio no quería dejar ahora a un viejo amigo en manos de sus enemigos. Por consiguiente se irguió, con los ojos llameantes de decisión.

—¡Procúrate un caballo! —exclamó—. Vamos ahora mismo al oasis de Duali. Debemos estar allí hacia el atardecer y, si no han olvidado mi nombre, volveré a levantar las tribus. Debo salvar a mi viejo amigo. ¡Por Crom que todavía tiraremos de las barbas a esos perros!

Al tiempo que lanzaba una carcajada, Conan saltó sobre su caballo. Cuando su compañero hubo conseguido un corcel, le hizo una seña para que lo siguiera y espoleó a su caballo en un fiero galope sobre la arena.

El oasis se hallaba envuelto en los negros brazos de la noche del desierto. En el cielo titilaban las estrellas como diamantes sobre un oscuro manto. Las hojas de las palmeras, que se movían de vez en cuando impulsadas por la brisa nocturna, reflejaban la helada luz de la luna. Bajo la sombra de las hojas se extendían las numerosas tiendas que componían el vasto campamento zuagiro.

Durante la mañana, aquel había sido un lugar tranquilo. El sol del desierto derramaba sus rayos dorados sobre los pabellones hechos de piel de camello. Mujeres con velos hacían sus primitivas tareas, yendo a buscar agua al pozo o cociendo trozos de carne en los peroles del campamento. A la hora de la siesta, surgían sonoros ronquidos del interior de las tiendas.

Pero ahora el oasis de Duali era el centro de una actividad frenética. En medio del campamento se alzaba una tienda importante, a juzgar por su tamaño. De vez en cuando salía de su interior algún enjuto habitante del desierto, que saltaba sobre la silla de su caballo y se alejaba galopando raudamente hacia el desértico horizonte. Otros zuagiros regresaban de sus misiones; descendían con prisa de los sudorosos corceles y entraban en la tienda principal. Por la tarde hubo una constante llegada de zuagiros de las tribus kharoya y quirlata, y ahora la superficie

cubierta de tiendas de color amarillento era tres veces mayor que la del día anterior. Se oían conversaciones bajo la piel de camello de las tiendas, y los hombres iban de un lado a otro con un fin determinado. Se apreciaba una ordenada actividad, como rara vez se veía en un campamento del desierto.

Los corazones de los barbudos jefes reunidos en la tienda central estaban henchidos de orgullo y cariño. El corpulento personaje con malla de acero que tomaba asiento en el lugar de honor se había convertido en el centro de una legendaria veneración desde los lejanos días en que habitara entre ellos. Ese hombre consiguió reunir entonces a las tribus dispersas y las condujo en incursiones tan importantes y provechosas que todavía se seguía hablando de ello en torno a las hogueras de los campamentos. Las mentes supersticiosas de los zuagiros consideraban el regreso del gigantesco cimmerio como un magnífico presagio. Esto se confirmaba por la circunstancia de haber ocurrido cuando uno de sus destacamentos había sido aniquilado, y un jefe importante caía en poder del enemigo.

Las rencillas internas entre las distintas tribus habían desaparecido con la llegada del Halcón del Desierto. Una expectación poco habitual se reflejaba en los ojos oscuros de los jefes mientras Conan les hablaba.

—El fuerte es inexpugnable ante cualquier ataque directo —decía el cimmerio—. No tenemos arietes, catapultas ni ningún otro aparato que nos permita reducirlo por la fuerza. Está bien abastecido, como todos los puestos fronterizos turanios, y podría resistir un año entero sin vituallas. Por otro lado, una salida repentina de sus disciplinados escuadrones causaría estragos en nuestras filas irregulares. Nuestra única posibilidad reside en luchar contra ellos dentro de las murallas del fuerte, donde no pueden utilizar la caballería y nosotros tenemos la ventaja del mayor número. Es necesario emplear la astucia.

»Debemos equipar una caravana con el botín almacenado aquí, en el oasis. Cincuenta de nosotros, vestidos de mercaderes, sirvientes, esclavos y guías de camellos, conduciremos la caravana hasta el fuerte, como si estuviéramos en ruta hacia Kherdpur. A las doce horas, abatiremos a los centinelas de la puerta del fuerte, la abriremos y dejaremos que entren nuestras hordas. El objetivo

inicial más importante serán los alojamientos de los soldados y de los oficiales, así como la residencia del gobernador. ¡Luego saquearemos, incendiaremos y mataremos hasta que las calles queden rojas con la sangre de los turanios!».

El cimmerio se puso en pie, con la mano derecha apoyada en la empuñadura de su espada, y exclamó:

—¡A trabajar, chacales del desierto! ¡Antes del amanecer quiero que esté dispuesta la caravana zuagira más perfecta que se haya visto!

Las campanillas de los camellos tintineaban. Los pies de los hombres y las patas de los animales levantaron nubes de polvo cuando la larga caravana atravesó la enorme puerta del fuerte Wakla. A la entrada, el delgado mercader que conducía la caravana dijo:

—Señor, soy Zebah, un shemita de Anakia. Vengo desde Yukkub para vender mis mercancías en Kherdpur.

—¿Y quién es este? —preguntó el capitán, señalando a un hombre gigantesco envuelto en una amplia khalat cuyo embozo solo dejaba ver la parte superior de su rostro, en el que brillaban un par de centelleantes ojos azules.

—Este es mi criado y guardaespaldas —repuso el jefe—. Es un estigio. Los demás son soldados contratados, camelleros y esclavos. ¡Por Ashtoreth que se siente uno a gusto entre paredes seguras! He temido un ataque de las bandas zuagiras. Mis hombres van bien armados, como puedes ver, noble capitán, pero los dioses nos han protegido y no hubo necesidad de enfrentarse con esas alimañas del desierto.

El capitán de la guardia sonrió con aire de satisfacción y dijo:

—Tus temores y precauciones han sido inútiles, amigo. En estos momentos, hasta una mujer podría cabalgar sola por el camino de las caravanas, sin sufrir la menor molestia. Ayer mismo, un escuadrón de la guardia imperial aniquiló a una horda de esas ratas del desierto y capturó a su cabecilla. Creemos que tan solo uno de esos perros consiguió escapar.

—¡Ah, qué magníficas noticias! —exclamó el shemita con fingido gozo.

—Al menos esta demostración de fuerza servirá para contener los ataques contra las caravanas durante un buen tiempo. Veziz

Shah nos ha ordenado que matemos a cualquier zuagiro que encontremos, sea hombre, mujer o niño. Para cuando regreses a Yukkub, podrás viajar por todo lo largo y ancho del desierto sin temor alguno.

—Quemaré incienso ante Bel en señal de gratitud —afirmó el mercader.

En ese momento entraba el último camello. Cuatro centinelas cerraron la puerta y los grandes goznes, gruesos como la pierna de un hombre, giraron entre chirridos. Luego los macizos cerrojos emitieron ruidos metálicos al cerrarse.

El fuerte era en realidad una pequeña aldea. Una muralla de piedra, gruesa y alta, rodeaba el conjunto de edificios. En los parapetos y bastiones que se alzaban cada cierto trecho se alineaban los centinelas armados con arcos. La ciudadela era amplia, y allí encontraban medios de subsistencia los mercaderes y ladrones. A causa de su aislamiento, el fuerte Wakla contenía en su interior todos los medios necesarios para llevar una vida cómoda. Ni siquiera faltaban las tabernas y las casas de juego, que mantenían contentos a los soldados de la guarnición.

En la espaciosa plaza central del mercado se mezclaban mujeres cubiertas de velos, soldados con cotas de malla y yelmos y mercaderes de amplias túnicas. Por todo el lugar resonaban los gritos de los tenderos y buhoneros. A un lado se encontraba la fortaleza en la que habitaba el gobernador; se trataba de un recio edificio de piedra gris, ventanas estrechas y pesadas puertas revestidas de cobre. Quienes habían estado en su interior afirmaban, sin embargo, que el castillo contrastaba con el lóbrego aspecto de su exterior. Estaba lleno de objetos de arte dotados de finos y cómodos muebles, y bien provisto de vinos y manjares.

Comenzaba a caer la noche, y el cielo se oscurecía con rapidez. Aquí y allá comenzaban a encenderse velas y candiles detrás de las ventanas. Los sudorosos taberneros subían de sus bodegas los barriles de vino que consumiría la abundante clientela por la noche. Los jugadores ya hacían rodar los dados con hábiles movimientos. Se iniciaba la noche pintoresca y llena de colorido que caracterizaba a las ciudades hyrkanias.

En el distrito situado junto al sector occidental de la muralla, reservado a las caravanas en tránsito, los hombres de Conan

discutían en voz baja alrededor de las hogueras. Casi todos se mostraban partidarios de permanecer allí, a salvo de toda sospecha o amenaza, hasta que llegase la hora señalada. Pero Conan era de otro parecer. Puesto que todavía disponía de más de dos horas, pensaba averiguar todo lo que pudiera acerca de la organización y distribución de las fuerzas enemigas. Había localizado ya los alojamientos de los oficiales y de las tropas, no lejos de la puerta principal; pero no conocía con seguridad el número de soldados que se albergaban allí.

—¡Que los demonios os corten la lengua! —gritó irritado—. Yo haré lo que he dicho. En el distrito de las tabernas habrá dentro de poco decenas de soldados borrachos, que no están de guardia. Obtendré de uno de ellos los datos que necesito, así tenga que retorcerle el pescuezo como si se tratara de un trapo mojado.

La férrea determinación de que hacía gala el cimmerio terminó con las objeciones de sus seguidores. Se envolvió en su khalat y se alejó de allí, con el rostro oculto por la capucha y el embozo. No quería que sus planes se vinieran abajo, en caso de que un turanio con buena memoria lo reconociese.

Cuando el cimmerio entró en la primera taberna que encontró, los intensos olores a vino ácido, cerveza rancia y sudor asaltaron sus sentidos. Había una gran animación, como todas las noches a esa hora. Apresuradas mozas iban y venían con jarras de espumeante cerveza y botellas de vino, en tanto que las rameras pintarrajeadas reían y gritaban, sentadas en las rodillas de soldados medio borrachos, que apuraban sus bebidas y enseguida pedían más. El ambiente no podía ser más pintoresco.

Cuando hubo encontrado una mesa apartada en un rincón oscuro del establecimiento, el corpulento bárbaro se sentó en una silla y pidió una jarra de cerveza. Mientras tomaba unos sorbos, Conan lanzó una mirada a su alrededor. Un par de lanceros borrachos se peleaban en el suelo, entre los chillidos y las carcajadas de las mujerzuelas. En la mesa vecina a la del cimmerio se desarrollaba una partida de dados, y las doradas monedas y brillantes piedras preciosas cambiaban de lugar sobre la madera pulida. El cimmerio se tranquilizó un poco. Rara vez se dejaba vencer por los nervios, pero lo cierto era que no se sentía muy tranquilo desde que había entrado en la guarida del enemigo.

—¡Eh, patán silencioso! ¿No invitas a un trago?

Estas palabras fueron pronunciadas por un gigantesco soldado que se abrió paso rudamente entre la clientela, levantando una tormenta de maldiciones.

Después el hombre tomó asiento en una silla desocupada que había junto a la mesa de Conan. Tenía una mirada desafiante, y su dorada cota de malla, así como la chaqueta de seda que llevaba encima estaban manchadas de vino.

El cimmerio entrecerró los ojos. El hombre llevaba la chaqueta roja y el turbante blanco de los guardias imperiales. En el turbante lucía una pluma de pavo real, símbolo de los capitanes de esas tropas elegidas. Sin duda alguna aquel individuo pertenecía al destacamento que había derrotado a los zuagiros y apresado a Yin Allal. A decir verdad, tal vez hasta podía haber mandado aquella compañía. Conan pensó que esa era una oportunidad que le enviaban los dioses, y que debía aprovecharla.

Queriendo mostrarse confidencial, el cimmerio se inclinó hacia adelante, con el rostro aún oculto por las sombras de la capucha.

—No te extrañe si tengo aire de estar aburrido —dijo, al tiempo que le daba un amistoso golpe en un hombro al soldado—. Solo he venido aquí a calmar un poco mi sed, antes de dirigirme a una casa de placer en la que las mujeres son tan bellas y hábiles que rivalizan con las cortesanas de Shadizar.

El capitán tuvo un acceso de hipo, sacudió la cabeza y aguzó la mirada para ver mejor.

—¿Mujeres, eh? ¡Hum, excelente idea! —dijo—. Pero ¿se puede saber quién eres?

—Soy Hotep de Khemi, guardaespaldas del mercader Zebah. Ven conmigo, hombre. Una visita a ese lugar te dejará en excelentes condiciones durante un mes al menos.

Conan no era muy experto en intrigas, y su forma de actuar habría despertado las sospechas de cualquier hombre sobrio y medianamente astuto. Pero el turanio estaba tan borracho que apenas podía coordinar algunas ideas. El capitán miró a Conan jadeando roncamente y, después de lanzar un fuerte eructo, dijo:

—Llévame hasta allí, amigo. He cabalgado demasiado tiempo por el maldito desierto, y tan solo he podido ver a una mujer en todos esos días.

—¿Formabas parte del destacamento que aniquiló a los zuagiros?

—¿Que si formaba parte? ¡Yo mandaba esa tropa!

—Eso dice mucho en tu favor.

—Sí, fue toda una hazaña. Por desgracia, la única mujer que había en la caravana era Thanara, una altiva dama a la que los dioses confundan.

—¿Despreció tus atenciones?

—Peor que eso. Me abofeteó cuando traté de besarla en su tienda.

—¡Qué insolencia! —exclamó el cimmerio.

—Y eso no fue todo. Aunque no lo creas, amenazó con hacerme desollar vivo en la gran plaza de Aghrapur, si no me comportaba mejor. ¡Yo, Ardashir de Akif, comportarme mejor! ¡Como si cualquier hombre con sangre en las venas pudiera controlarse al ver a semejante mujer!

—Es vergonzoso cómo nos tratan las mujeres.

—Pero ya basta de eso. Llévame a tu casa de placer, estigio. Necesito alegrarme y olvidar.

El turanio se tambaleó al ponerse en pie y luego volvió a abrirse paso entre los clientes de la taberna. Conan lo siguió. Una vez en la calle, el fresco de la noche les cayó como una jarra de agua fría en el rostro. El capitán recobró en gran medida su sobriedad mientras caminaba. De repente sintió curiosidad y escrutó el rostro medio oculto de su compañero, que avanzaba en silencio a su lado.

—¡Eh, un momento, amigo! Aún no me has dicho dónde está ese magnífico burdel, que yo no conozco, a pesar de la cantidad de tiempo que llevo en Wakla. De momento, veamos lo que hay debajo de esa capucha…

Las palabras de Ardashir fueron interrumpidas súbitamente, cuando una mano poderosa le aferró el cuello. Unos músculos dotados de una fuerza increíble lo apresaron como si se tratara de una gigantesca tenaza. A pesar de ser considerado como el hombre más poderoso de su compañía, Ardashir se encontraba indefenso ante lo repentino del ataque y la potencia de gorila del cimmerio.

Este lo arrastró con rapidez hacia una oscura callejuela, mientras la víctima pugnaba por respirar y arañaba las manos que lo ahogaban. Cuando estaba a punto de perder el sentido, sintió que lo

maniataban rápidamente con su propio fajín de seda. Al ser vuelto otra vez hacia arriba, Ardashir sintió los llameantes ojos de su captor en los suyos, y oyó que el bárbaro le decía con voz sibilante:

—¡Has preguntado mi nombre, perro de Oriente! ¿No has oído hablar de Conan, apodado Yamad
al-Afta
por los zuagiros, y jefe de los kozakos y de los piratas del mar de Vilayet?

El turanio no pudo emitir otra cosa que un sonido ahogado con su dolorida garganta.

—Pues bien, ese soy yo —siguió diciendo Conan—. He regresado de Occidente, y ahora obtendré de ti la información que necesito, así tenga que quemarte los ojos o despellejarte las plantas de los pies para que me la proporciones.

Ardashir era un hombre rudo y valiente, pero a pesar de ello, se sintió paralizado por el miedo. Había enfrentado sin vacilar, con la dureza del soldado veterano, a enemigos corrientes, como los que integraban las bandas de zuagiros, las legiones de guerreros kshatriyas o los defensores de las naciones occidentales invadidas. Pero aquel gigante bárbaro, arrodillado encima de él con una daga desenvainada, era considerado con temor supersticioso por el capitán, como le hubiera ocurrido a cualquier turanio. Las legendarias aventuras en las que había intervenido lo investían de poderes casi sobrenaturales, y su nombre se pronunciaba como el de un ser mítico.

Ardashir sabía muy bien que las amenazas del bárbaro no eran gratuitas. Conan no vacilaría en someterlo a las violencias más atroces con el fin de lograr su propósito. Sin embargo, no era tanto el miedo a la tortura, como la identificación de la personalidad de su enemigo, lo que paralizaba la lengua del turanio.

El cimmerio obtuvo la información que deseaba mediante unos cuantos pinchazos de su daga, sabiamente administrados. La guarnición regular de mil doscientos jinetes se hallaba alojada en los cobertizos situados junto a la puerta principal, en tanto que el centenar de soldados de la guardia imperial estaba distribuido por todo el fuerte, en alojamientos provisionales. El jefe zuagiro estaba encadenado en un calabozo de la torre del gobernador. Dama Thanara se hospedaba en los alojamientos de dicha torre.

Conan reflexionó acerca de la situación. Sabía que los cuarteles formaban una especie de plaza con una sola salida. Él disponía de dos mil fieros nómadas, y si empleaba con acierto los informes obtenidos, la victoria se inclinaría de su lado, sin duda alguna.

Un vistazo al disco de la luna le indicó que se acercaba la hora. Debía darse prisa. Tanteó las ligaduras del turanio, lo amordazó con su mismo turbante y lo arrastró al interior del callejón, donde lo dejó agitándose y gruñendo con furia.

«Debo estar perdiendo mi antiguo vigor —se dijo Conan para sus adentros—. Hace tiempo habría degollado a este necio sin más dilaciones. Pero los zuagiros se encargarán de ello cuando lo encuentren».

Un rumor de tambores llenaba la lujosa habitación del segundo piso del palacio del gobernador, en la que Thanara de Maypur se hallaba tendida sobre un diván cubierto de sedas, mordiendo perezosamente algunos frutos que tomaba de una mesilla baja ubicada junto a ella. Su túnica transparente revelaba sus seductores encantos, pero el hombre que se encontraba en el cuarto prestaba poca atención a esto.

Se trataba de un individuo pequeño, de piernas torcidas y tez oscura, ataviado con pieles de animales. Su cara, chata y arrugada como la de un mono, estaba pintada con rayas y círculos rojos y negros. Su pelo negro y largo formaba grasientas trenzas, y llevaba un collar de dientes humanos alrededor de su cuello. Un fuerte olor a piel sudorosa y a ropa sucia emanaba del desagradable personaje. Era un wigur, uno de los feroces y bárbaros nómadas que habitaban en las lejanas tierras del nordeste, más allá del mar de Vilayet.

El hombrecillo estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, y miraba las tenues volutas de humo que se alzaban de un brasero con trípode colocado delante de él. La ondulante columna azul se alzaba hasta una altura de medio metro, y allí las volutas se curvaban de un modo inverosímil. A todo esto, el menudo personaje no cesaba de golpear con la punta de los dedos de la mano derecha en un pequeño tambor que sostenía con la izquierda.

Finalmente dejó de emitir el monótono sonido.

—¿Qué has visto, Tatur? —preguntó Thanara, la *yedka*.

—Está viniendo —repuso el chamán con voz aguda y singular sonsonete—. El hombre que buscas se acerca.

—¿Cómo puede ser? Veziz Shah mantiene una estrecha vigilancia, y a un individuo de aspecto tan notable no le será fácil entrar sin ser visto.

—Sin embargo, viene hacia aquí. Los espíritus no mienten. A menos que huyas, pronto te encontrarás frente a él.

—Debió de entrar en Wakla disfrazado —murmuró Thanara pensativa—. Si me encuentra, ¿qué podré hacer? ¿No podría tu amo, el innombrable, proporcionarme algún medio para protegerme de ese hombre?

En la voz de la mujer había una nota de intenso temor, y se llevó una mano a su generoso escote, en un gesto inconsciente de defensa.

—Es el deseo del innombrable que tengas éxito en tu misión — repuso el wigur con su monótono sonsonete.

Luego hurgó en el interior de los bolsillos de su zamarra de piel de oveja y extrajo un pequeño frasco rojo de uno de ellos.

—Una gota de este líquido en el vino —dijo— hará que queda como muerto durante tres días.

—Me parece bien. Pero el bárbaro es un hombre receloso, que sospecha de un simple parpadeo, como pudimos comprobar en Khanyria. Imagina que desconfíe y no quiera tomar la bebida.

Entonces Tatur sacó otro objeto: una bolsita de suave cuero.

—En ese caso —agregó—, haz que respire el contenido de esto, y perderá el conocimiento.

—¿Qué es?

—Polen del loto amarillo de Khitai. Empléalo solo como último recurso, pues si una pizca del polen llegase hasta ti, también tú perderías el sentido, y si la dosis es algo mayor, puede ocasionar la muerte.

—Parece adecuado, pero no es suficiente. Si tu amo espera realmente que me enfrente con el cimmerio, debe suministrarme un medio para escapar a último momento, en caso de que me aprese. Otros pueden subestimar al bárbaro, pero yo no. Tu amo debe hacer eso en pago de los favores que le hice en el pasado.

Una leve sonrisa contrajo el rostro arrugado de Tatur.

—El innombrable asegura que sabe hacer tratos muy ventajosos —dijo, y luego de extraer un objeto parecido a un huevo translúcido, agregó—: Toma. Rompe esto cuando lo necesites, y te

llegará ayuda ultraterrena.

Thanara examinó con atención los tres objetos que le había entregado el chamán y dijo:

—Perfecto. Cabalga hasta Aghrapur y dile al rey que espero a Conan aquí. Si todo sale bien, el rey tendrá a su enemigo en su poder. De lo contrario, necesitará una nueva agente. ¡Date prisa! ¡Hasta pronto!

Pocos minutos después, Tatur, el chamán, montaba en un caballo kyrkanio de corta alzada y se perdía en la noche, cruzando las arenas con el incansable trotecillo de su caballo.

La noche era fría y serena. El capitán de la guardia apostada en la puerta principal estiró los brazos y bostezó. Desde el pequeño pabellón situado en la plaza, frente a la puerta, podía ver a dos arqueros que paseaban por la galería de la muralla, junto a las dos grandes hojas de la puerta. La pareja de lanceros situados abajo, flanqueando la entrada, se mantenían erguidos e inmóviles. La luz de la luna se reflejaba de manera fantasmal en sus pulidas cotas de malla y en sus cascos en punta. No había nada que temer; un golpe en el batintín que el capitán tenía a su lado atraería a una compañía entera de soldados desde los barracones. A pesar de todo, el gobernador de la plaza había ordenado que se doblase la guardia y que aumentara la vigilancia.

El oficial se preguntó si en realidad Veziz Shah temería un ataque contra el fuerte, a causa del jefe zuagiro que habían capturado. ¡Bah, que atacaran esas ratas del desierto! Estrellarían sus cabezas contra las murallas mientras los arqueros, desde arriba, los asaetaban con sus flechas. El gobernador debía de estar envejeciendo, y eso lo volvía demasiado prudente. Pero podía descansar tranquilo, ya que él, Akeb Man, estaba de guardia.

La luna quedó oculta por un cúmulo de nubes. Akeb Man parpadeó y miró con mayor atención. ¿Qué había sucedido? Le pareció como si los dos arqueros se hubieran sentado un momento. Ahora, sin embargo, se volvían a incorporar y reanudaban su paso regular. Tenía que ir a ver qué les había pasado a aquellos malditos perezosos, y si no daban una justificación adecuada, les haría correr durante tres horas por el desierto cuando el sol estuviese en el cenit.

Akeb Man se puso en pie y miró hacia afuera antes de abrir la puerta. En ese momento, la luna volvía a brillar intensamente.

Entonces descubrió algo asombroso. En lugar de cotas de malla y cascos, los centinelas vestían túnicas y turbantes.

—¡Zuagiros! —exclamó.

Solo el demonio sabía cómo podían haber entrado aquellos perros. El capitán asió el palo que colgaba junto al batintín para dar la alarma.

En ese preciso instante, la puerta del pabellón de guardia pareció estallar y cayó convertida en astillas. Akeb Man giró en redondo y aferró su cimitarra, pero al ver al hombre con el cual se enfrentaba, quedó inmovilizado por el asombro. No era un habitante del desierto de blancas vestiduras, sino un gigantesco guerrero occidental, vestido con una cota de malla negra y con una espada desenvainada en la mano.

Al tiempo que lanzaba un grito de miedo e ira a la vez, el turanio lanzó un golpe bajo hacia el vientre de su contrincante. Pero el titánico guerrero evitó la hoja de la cimitarra con la velocidad del rayo, y a su vez atacó con su espada de hoja recta, atravesando a Akeb Man.

Conan no perdió el tiempo, pues en cualquier momento un guardia precavido podía asomarse desde los barracones en los que se alojaban las tropas. Para entonces, las grandes puertas de hierro del fuerte se estaban abriendo y por ellas entraba una riada de nómadas de blancos khalats, que avanzaban en el más absoluto silencio.

Enseguida Conan dio algunas órdenes que, aunque en voz baja, llegaron a oídos de todos.

—Que dos hombres con antorchas prendan fuego a los barracones —dijo—. Trescientos arqueros con flechas se colocarán delante de los alojamientos para abatir a los soldados a medida que vayan saliendo. Los demás, recorred el fuerte con espadas y antorchas. Podéis quemar, matar y saquear, así como coger la cantidad de prisioneros que queráis. Manteneos juntos; no os dividáis en pequeños grupos menores de veinte hombres. A ver, Thabit, trae a tus cincuenta zuagiros contigo. Vamos hacia el palacio del gobernador.

Conan despidió a sus lugartenientes con un gesto imperioso e hizo otra seña a sus cincuenta hombres, que siguieron al trote sus largos paseos. Detrás de ellos, humeantes antorchas iluminaron la

plaza cuando los incendiarios se encaminaron hacia los alojamientos de los soldados. Otras bandas desaparecieron en distintas direcciones. Una vez que los defensores del fuerte fuesen eliminados mediante la estratagema de Conan, la oposición sería prácticamente nula. Los enjutos habitantes del desierto se relamían por anticipado ante el botín y la venganza que les esperaba, mientras recorrían las calles silenciosas con las armas resplandecientes bajo la luz de la luna.

Conan condujo a sus hombres directamente hasta su objetivo principal. En primer lugar, trataba de salvar a Yin Allal. Luego buscaría a la hermosa Thanara, pues las descripciones acerca de su belleza habían suscitado en él un considerable interés. Pensó que allí podía hallar algo que satisficiera sus gustos. Las mujeres hermosas siempre habían sido su debilidad, y su imaginación se había encendido por lo que le contara Ardashir. En consecuencia, apresuró el paso, observando con ojos penetrantes, al pasar, las sombrías callejuelas y los oscuros quicios de las puertas.

Cuando llegaron a la plaza central, el cimmerio lanzó un juramento. Cuatro centinelas paseaban en parejas ante la puerta revestida de cobre de la mansión. Había pensado tomar por sorpresa la torre del gobernador, pero aquello ya no era posible. Atravesó corriendo la plaza con la espada en la mano, y lo hizo a tal velocidad que uno de los lanceros cayó abatido, con un costado destrozado, antes de que los demás se hubieran dado cuenta de lo que sucedía. Los seguidores de Conan aún se hallaban a veinte metros de distancia, incapaces de seguir la tremenda carrera del bárbaro.

Dos de los lanceros arrojaron sus sables contra el poderoso pecho del atacante, mientras que el tercero se llevaba un cuerno a los labios y lanzaba una señal de alarma. Pero fue interrumpido por una flecha zuagira bien dirigida que le atravesó el pecho. El cuerno cayó al suelo con un ruido hueco y extraño.

El cimmerio paró con su espada las lanzas de los otros dos centinelas, y con una fuerza salvaje ensartó a uno de sus enemigos con su larga hoja. El turanio cayó hacia atrás, lanzando un ronco estertor, y fue a dar contra el otro lancero. Este atacó a Conan con su espada, pero falló el golpe y la hoja levantó una lluvia de chispas del empedrado. Un segundo después, el hombre caía acribillado por

las flechas de los arqueros zuagiros.

Excitado por un ansia loca de matar, Conan saltó en dirección a la puerta de cobre de la mansión. Quedaba poco tiempo, y como respuesta al toque del cuerno aparecieron algunos arqueros sobre los techos cercanos. Debía entrar en la torre del gobernador antes de que el enemigo pudiera organizar con eficacia la defensa.

La puerta revestida de cobre se abrió al fin bajo el impulso de sus poderosos hombros. Tras dejar a una decena de hombres para que vigilasen contra un posible ataque por la retaguardia, el bárbaro condujo a los demás al interior.

Con un tintineo de mallas y un fulgor de cimitarras, doce soldados con los blancos turbantes de la guardia imperial irrumpieron desde una puerta. El grito de batalla del cimmerio resonó en las paredes de la torre, cuando él y sus seguidores cayeron sobre sus enemigos. Muchos sables y dagas curvas hallaron su blanco en las entrañas turanias, pero las plateadas cimitarras también cobraron un importante tributo. Sin embargo, la mayor mortandad fue producida por la espada recta de Conan. Este saltaba, cortaba y golpeaba con una furia frenética y a una velocidad que resultaba difícil de seguir por sus adversarios.

Al cabo de un rato, los doce turanios yacían en un charco de sangre, si bien ocho cuerpos envueltos en túnicas ensangrentadas aparecían tendidos como prueba de la fuerte resistencia opuesta por los soldados.

Conan ascendió de cuatro en cuatro los escalones hasta el segundo piso de la torre. Según sabía, allí se hallaba la residencia del gobernador del fuerte. Se detuvo y dio algunas órdenes rápidas a sus seguidores.

—Diez de vosotros, buscad las llaves de los calabozos y liberad a Yin Allal. Los demás, apoderaos de todo el botín que podáis transportar. Entretanto, yo haré una visita al gobernador de esta plaza.

Mientras los zuagiros se dispersaban por escaleras y pasillos aullando y riendo, Conan destrozó la puerta de sándalo que tenía delante de él de un fuerte empujón. Entonces se encontró en la antesala de las habitaciones del gobernador. Cruzó rápidamente la estancia sobre las alfombras, pero se detuvo enseguida. Del otro lado de una puerta lateral llegaba la voz de una mujer que hablaba

con tono airado.

El cimmerio frunció el ceño. Luego levantó una pesada mesa y la arrojó contra el nuevo obstáculo. Con un impacto demoledor, el improvisado proyectil hizo saltar la puerta. Apartó a un lado los restos de la mesa, y entró en el cuarto sin más dilación.

La habitación estaba iluminada con varias lámparas, y en el centro había una mesilla baja, junto a la cual se encontraba un hombre alto y robusto, de mediana edad. Por las descripciones que tenía de él, Conan se dio cuenta de que era Veziz Shah. Divanes forrados de seda y mesas llenas de manjares estaban distribuidas sobre la espesa alfombra que cubría el suelo. Encima de una mesa se veía una jarra de cristal llena de vino, y dos vasos, también llenos.

En uno de los divanes descansaba una mujer. Sus ojos oscuros no mostraron la menor señal de temor cuando miró al bárbaro intruso. Conan, en cambio, se estremeció. ¡Aquella era la muchacha que lo había abordado en Khanyria, y por culpa de la cual casi lo matan!

Pero no era el momento para reflexionar acerca de ello. El gobernador desenvainó su enjoyada cimitarra lanzando una maldición, y avanzó hacia el cimmerio.

—¿Cómo te atreves a invadir mis aposentos, bribón? —dijo el hombre con voz ronca—. Sé que has vuelto a tus andanzas, y tendré el placer de ordenar que seas descuartizado por cuatro caballos atados a cada uno de tus miembros. Pero entre tanto…

De repente, Veziz Shah saltó hacia adelante, trazando un veloz arco en el aire con su hoja de acero. La mayoría de los hombres se hubieran sentido tan impresionados por aquellas palabras, que se habrían dejado degollar por la veloz espada. Pero la rapidez felina de sus poderosos músculos salvó a Conan que, parando la espada con la cruz de su empuñadura, lanzó a continuación un potente contragolpe. En el intercambio de fintas y ataques, el cimmerio pronto se dio cuenta de que se estaba enfrentando a uno de los espadachines más diestros que jamás conociera en su azarosa vida.

Pero ningún hombre civilizado podía competir en habilidad y rapidez con el cimmerio, curtido desde su niñez en un sinfín de guerras y batallas por todos los países del mundo. La destreza que había conseguido con las armas durante su época de mercenario lo

convertía en un maestro comparado con cualquier otro guerrero. Además conservaba aún los vertiginosos reflejos de los primitivos bárbaros, que no se habían visto afectados por la molicie de la vida civilizada.

Prosiguió el duelo. Pero Veziz Shah daba muestras de cansancio y sus ojos comenzaron a reflejar una expresión de intenso miedo. De repente lanzó un grito y, después de arrojar su espada al rostro de Conan, echó a correr en dirección a la pared más alejada. Allí tanteó con dedos nerviosos algunos salientes, como si estuviera buscando un resorte que accionase la puerta de algún acceso secreto.

Conan esquivó la espada con un rápido movimiento de la cabeza y un segundo después apoyaba una rodilla en la espalda del turanio y le rodeaba el cuello con un brazo. Su voz llegó como un terrible susurro hasta los oídos de Veziz Shah.

—¿Recuerdas, perro —dijo—, cuando mandabas un escuadrón en Secunderam y capturaste a diez de mis hombres? ¿Recuerdas que me enviaste sus cabezas en salmuera dentro de unos frascos de vidrio? Pues bien, ahora ha llegado tu hora. ¡Púdrete en los infiernos!

Y diciendo esto, Conan empujó hacia atrás a su enemigo por el cuello, mientras mantenía la rodilla apoyada contra su espalda. Un momento después, el cuerpo sin vida cayó al suelo. Jadeando ligeramente, el cimmerio se volvió hacia la mujer que estaba en el diván.

Mientras duró la lucha, Thanara no se había movido. Pero ahora se puso en pie, con los ojos radiantes. Levantó los brazos y se adelantó sin ningún temor hacia Conan, haciendo caso omiso de la espada ensangrentada que el bárbaro tenía en la mano derecha. La sangre corrió vertiginosamente por las venas del cimmerio al contemplar a la hermosa mujer.

—¡Eres todo un hombre! —susurró ella, apretándose contra el fuerte torso cubierto con la cota de malla y rodeando el cuello del cimmerio en sus brazos—. Ningún otro hubiera podido matar a Veziz Shah. Me alegro de que lo hayas hecho pues me obligó a venir hasta aquí con amenazas, para hacer lo que él me ordenaba.

Conan sintió un fuerte impulso que recorrió todo su cuerpo. En su temprana juventud, hubiera rodeado a la mujer con sus brazos,

sin importarle las consecuencias; pero ahora, su larga experiencia le hacía actuar con cautela. Así, pues, repuso con aspereza:

—Vestías de otro modo cuando nos encontramos en Khanyria. Cuéntame cómo se produjo aquella emboscada y la parte que tuviste en ella. ¡Y no mientas, si sabes lo que en realidad te conviene!

Al decir esto, Conan cogió con una mano las dos muñecas de Thanara y la empujó sobre el diván en el que se encontraba momentos antes. La expresión de la joven no se alteró, y no mostró temor alguno. Se liberó de la férrea presión de su captor con suavidad, y tomó uno de los vasos de vino de la mesa. Se lo entregó a Conan y, después de coger ella el otro vaso, comenzó a tomar pequeños sorbos. La hermosa mujer actuaba con la más absoluta serenidad.

—Debes de tener sed, después de una lucha tan agitada —dijo—. Toma un poco de este vino, que es el mejor de las bodegas de Veziz Shah. Mientras bebes, te contaré lo que me has pedido.

Conan miró el interior del vaso, mientras se volvía a oír la voz musical de la muchacha.

—Soy Thanara —siguió diciendo—; una *yedka*, o mujer de alta cuna de Maypur. El rey Yezdigerd se ha dignado nombrarme uno de sus agentes personales: los ojos y oídos del rey, como nos llaman en Turan. Cuando llegó el rumor de que habías emprendido un viaje solo, me enviaron para que supervisara la labor de los estúpidos mercenarios contratados por nuestro agente de Tarantia. Supongo que…

El cimmerio arrojó su vaso al suelo y se volvió furioso para mirar a la mujer. Había olido el vino y probado un poco con la punta de la lengua, y sus agudos sentidos de bárbaro le revelaron claramente la amenaza que encerraba aquella copa. El cimmerio aferró con fuerza la espesa cabellera negra de la mujer, y exclamó con un rugido de ira:

—Yo soy el que te estaba supervisando a ti, ramera. Imaginaba…

Con un rápido movimiento, Thanara arrojó una pieza del polen de loto amarillo al rostro del cimmerio. Conan retrocedió tambaleándose, tosiendo y estornudando, y soltó el pelo de Thanara. Mientras contenía la respiración, la mujer saltó del lecho y

se puso en pie.

Un momento más tarde, Conan roncaba pesadamente tendido sobre el diván.

Thanara sonrió con un gesto de satisfacción. Durante los dos o tres días siguientes, el cimmerio seria como un hombre muerto. Ahora debía obrar con rapidez.

Un rumor creciente atrajo la atención de Thanara. Llegaba desde el exterior, y la muchacha se acercó a una ventana que daba a la plaza. Descorrió las cortinas, y al mirar hacia afuera, retrocedió llena de asombro.

Vio casas en llamas, incendiadas por los invasores zuagiros. Escuchó los gritos de las mujeres cautivas, así como las maldiciones y el clamor de la batalla. De vez en cuando cruzaban por la plaza unas siluetas fantasmagóricas envueltas en blancas túnicas. Era evidente que Conan había entrado en el fuerte, pero no solo como podía pensarse, sino en compañía de sus feroces lobos del desierto.

Thanara pronto se repuso. Espía curtida, ya estaba elaborando un plan para salvarse y cumplir las órdenes del rey. La mujer tomó un manto blanco de uno de los armarios y, después de ponérselo, se proveyó de una daga de hoja larga y empuñadura de oro. Apartó a un lado el retorcido cuerpo del gobernador y con rápidos ademanes buscó el resorte que accionaba la puerta secreta.

Una parte de la pared giró hacia adentro con un chirrido de goznes, dejando ver una escalera en espiral que llevaba hacia abajo. Thanara regresó al lecho en el que yacía Conan inconsciente. Cogiéndolo por debajo de los brazos, consiguió arrastrarlo con gran esfuerzo hasta más allá del acceso secreto. Luego pulsó el resorte desde el interior; la puerta se cerró, y entonces dejó al cimmerio tendido sobre las losas, roncando como un oso en período de hibernación.

La muchacha corrió escaleras abajo. Su camino estaba iluminado por la luz que entraba por unos estrechos ventanales. En la planta baja fue a dar a una pequeña habitación circular. Para salir actuó del mismo modo que en el piso superior. Presionó un resorte y se deslizó al exterior de la torre del gobernador.

El fuerte era entonces un verdadero infierno. Los zuagiros habían invadido las bodegas de las mansiones y se habían emborrachado rápidamente, como suele ocurrir con las gentes

primitivas, poco acostumbradas a las bebidas de los hombres civilizados. Los incendiarios, entre carcajadas, prendieron fuego a casi todas las casas. Habían reunido en grupos a numerosas mujeres semidesnudas, a las que conducían mediante latigazos hasta la puerta principal de la muralla.

En los cuarteles, la matanza había alcanzado extremos aterradores. Los soldados, sorprendidos y acorralados, salieron por el único acceso que había y cayeron bajo la lluvia de flechas de los arqueros zuagiros, que los esperaban en el exterior. No escapó ninguno de ellos, cegados como estaban por el humo y desconcertados por lo imprevisto del ataque. Cientos de cadáveres traspasados por las flechas yacían en montones entre las ruinas de los barracones, mientras que numerosos cuerpos carbonizados demostraban que buena parte de los componentes de las tropas habían sido alcanzados por las llamas antes de que pudieran llegar a la puerta.

Entre los edificios interiores del fuerte, bandas de nómadas sedientos de sangre se dedicaban aún a degollar a los integrantes de la guardia imperial que todavía quedaban con vida y que, despertados por el estrépito, se precipitaban fuera de sus alojamientos particulares. Hacía mucho tiempo que no se realizaba un ataque tan violento y feroz como el de aquella noche contra un fuerte turanio.

Curtida en las duras experiencias de la vida, Thanara corrió a través de las calles más oscuras. Tan solo las llamas de los incendios iluminaban su camino. Sin espantarse por los cadáveres que atestaban las calles, se ocultaba en los quicios de las puertas en cuanto veía aparecer una pandilla de zuagiros que, aullando de excitación, cargaban con el botín o arrastraban a grupos de llorosas mujeres. Al pasar por la esquina de una callejuela, oyó un lamento ahogado. Miró brevemente hacia las sombras y entrevió una figura caída con la cota de malla y el casco de la guardia imperial.

Corrió hacia el hombre y, arrodillándose, le quitó la mordaza que le habían colocado. Reconoció enseguida a Ardashir de Akif, que estaba indemne, aunque medio sofocado por el humo de los incendios.

Thanara le cortó las ligaduras y le hizo un gesto para que se pusiera en pie y la siguiera. Entre imprecaciones, pero con la

disciplina del veterano soldado, el capitán la siguió sin discutir.

Durante el camino de regreso hasta la torre del gobernador no se presentaron inconvenientes. Las bandas de borrachos nómadas parecían estar satisfechas con los despojos conseguidos y se retiraban ya del fuerte. En una ocasión, sin embargo, la pareja se vio frente a dos zuagiros borrachos, pero los torpes movimientos de las espadas de estos no pudieron contra las rápidas estocadas de la cimitarra de Ardashir, que pronto acabaron con ellos. Dejando atrás los cuerpos ensangrentados, Thanara y el capitán siguieron sin más obstáculos hacia el palacio. Se deslizaron por la entrada secreta y ascendieron hasta la habitación en la que yacía Conan.

Al reconocer a su antiguo amigo, Ardashir levantó su cimitarra y lanzó una maldición. Thanara retuvo su brazo y le dijo:

—¡Detente! ¿Ignoras acaso que el rey nos llenará de oro si le llevamos vivo al bárbaro?

Ardashir sugirió rudamente lo que podía hacer el rey con su oro y agregó:

—Este perro ha manchado mi honor. En lugar de riquezas, prefiero…

—Contén la lengua, necio —advirtió la muchacha—. ¿Te imaginas lo que te ocurrirá cuando el rey Yezdigerd se entere de que has perdido toda una compañía de sus inestimables guardias imperiales y que solo tú escapaste con vida, y sin un rasguño? Vamos, reflexiona un poco.

—Hum —repuso el capitán con un gruñido, mientras pensaba lo que le decían y sentía que su cólera se esfumaba por momentos.

—Los verdugos más diestros del rey —siguió diciendo la mujer — deberían ponerse de acuerdo para elegir los tormentos infernales que le aplicarán a Conan como castigo por los estragos que ha causado a Turan. Te repito que debes pensar con la cabeza. ¿Vas a despreciar una fortuna, y tal vez el generalato por una simple venganza personal?

Calmado al fin, aunque de mala gana, Ardashir envainó la cimitarra y ayudó a la joven a atar las manos y los pies del bárbaro. Luego Thanara miró hacia el exterior y le dijo a su acompañante:

—Debemos esperar hasta el amanecer. Para entonces, se habrán marchado todas las bandas de zuagiros y podremos conseguir caballos en alguna cuadra. No creo que los saqueadores, borrachos

como están, se lleven todos los animales. Si cabalgamos rápido, podremos encontramos fuera de peligro en medio día. En esta casa hallaremos provisiones de sobra. Iremos directamente hasta la capital del reino y por el camino le suministraremos más polen de loto al prisionero, para mantenerlo quieto. Dentro de cinco días el cimmerio yacerá en la mazmorra más profunda del palacio real de Aghrapur, cargado de cadenas.

Los ojos de Thanara brillaron triunfalmente cuando contempló la postrada figura del bárbaro.

4. El palacio sobre el acantilado

Con el estómago contraído por las náuseas, la mente dominada por el vértigo y la garganta reseca, Conan el Cimmerio recobró poco a poco el conocimiento. Lo último que recordaba era que se había sentado en un diván de la suntuosa habitación de Veziz Shah, el gobernador del Fuerte Wakla. Ahora se encontraba entre muros chorreantes de humedad, sobre un montón de paja húmeda, escuchando a su alrededor el chillido de las ratas. Al moverse se oyó un tintineo de cadenas y vio que estas unían los grilletes de sus muñecas y tobillos a una enorme anilla sujeta a la pared. Estaba cubierto tan solo con un taparrabo.

Le dolía la cabeza como si fuera a estallarle. Tenía la lengua pegada al paladar a causa de la sequedad de su boca y de su intensa sed, y lo atormentaba un intenso dolor de vientre debido al hambre. A pesar de todos aquellos suplicios, alzó su poderosa voz.

—¡Eh, guardias! —exclamó—. ¿Vais a dejar a un hombre morir de hambre y sed? ¡Traedme agua, al menos! ¿Qué prisión infernal es esta?

Al cabo de un rato se oyeron unos pasos, un tintineo de llaves, y un carcelero obeso y barbudo abrió la puerta en el otro extremo de la celda.

—¡De modo que el perro occidental ya se ha despertado! Debes saber que te encuentras en los calabozos del palacio del rey Yezdigerd, en Aghrapur. Aquí tienes comida y agua. Necesitarás fuerzas para apreciar la cordial recepción que te ha preparado el rey.

El carcelero dejó una pieza de pan y una jarra de estaño cerca del cimmerio y luego cerró la puerta de la celda. A continuación se alejó, mientras sus carcajadas resonaban por los pasillos. El hambriento cimmerio se abalanzó sobre los alimentos y se puso a

masticar grandes trozos de pan rancio, que ayudaba a pasar con grandes tragos de agua. Al menos sabía que no tenía que temer a ser envenenado, ya que si el rey hubiera querido matarlo, habría sido fácil hacerlo mientras estaba inconsciente.

El cimmerio reflexionó acerca de su situación. Estaba en las manos de su enemigo más implacable. En el pasado, el rey había ofrecido fabulosas recompensas por la cabeza de Conan, por lo que fueron muchos los intentos que se hicieron para eliminarlo. El cimmerio había matado a algunos de sus pretendidos asesinos. Pero el odio tenaz que alentaba en el corazón de Yezdigerd no se atenuó ni siquiera cuando su enemigo hubo alcanzado el poder como rey de la lejana Aquilonia. Ahora, merced al astuto plan de una mujer, Conan se encontraba en las manos de su implacable enemigo. Cualquier hombre se habría desanimado ante esas terribles perspectivas.

Sin embargo, Conan no era de esa clase de hombres. Aunque aceptaba las cosas tal como eran, de acuerdo con el realismo de los bárbaros, su fértil imaginación ya estaba intentando elaborar un plan que le permitiera recobrar la libertad y volver las tomas para su captor. Los ojos del cimmerio se entrecerraron cuando volvió a oír pasos en el corredor.

Los pasos se detuvieron ante una áspera voz de mando. A través de las rejas, Conan divisó media docena de soldados con mallas doradas que brillaban a la luz de las antorchas. Llevaban espadas curvas, y dos de ellos empuñaban pesados arcos con flechas. Un oficial alto y corpulento se adelantó hacia la puerta. Conan reconoció a Ardashir, que habló con voz cortante.

—¡Shapur y Vardan! —dijo—. Atad fuertemente al bárbaro y ponedle una soga al cuello. Arqueros, prestad atención para evitar cualquier intento del preso.

Los dos soldados mencionados avanzaron para cumplir la orden. Uno de ellos llevaba un madero de unos dos metros de largo y varios centímetros de espesor, y el otro sostenía una gruesa soga.

Luego Ardashir se dirigió al cimmerio con tono hiriente. Se notaba que hubiera querido castigar a Conan, pero logró controlarse gracias a la autodisciplina de veterano oficial. Con voz sibilante dijo:

—Un solo movimiento en falso, perro bárbaro, y tu corazón será

el blanco de mis arqueros. Me encantaría darte muerte con mis propias manos, pero de eso quiere encargarse el propio rey.

Los helados ojos azules de Conan observaron al vengativo oficial sin la menor emoción, mientras los soldados colocaban el madero cruzado en la espalda del cimmerio y le ataban los brazos a él. Sin que el esfuerzo resultase visible, el bárbaro tensó sus poderosos músculos a fin de que más tarde las cuerdas quedasen flojas. El carcelero soltó los grilletes que retenían al prisionero y este dijo:

—Puercos turanios; tarde o temprano recibiréis vuestro merecido. Ya lo veréis.

El rostro de Ardashir se contrajo de rabia, y como si escupiera, repuso:

—¡Pero tú lo pagarás antes, maldito salvaje! No hay tortura imaginada por el hombre que sea tan cruel como la que te preparan los verdugos del rey. ¡Pero basta ya de charla! ¡Sígueme, ridículo rey sin reino!

Después de hacer un gesto a los soldados, el pequeño grupo emprendió la marcha por los corredores. El cimmerio caminaba en el centro, soportando el madero sobre los hombros. Conan mantenía la serenidad, pues ya otras veces se había encontrado en situaciones tan comprometidas como aquella, y siempre había logrado alcanzar la libertad. Era como un lobo acorralado, alerta y en constante vigilancia para aprovechar una oportunidad que le permitiera dar vuelta a la situación. No perdió el tiempo pensando en el terrible cúmulo de probabilidades que tenía en contra suya, ni en autoreproches por el momento de descuido que había llevado a su captura. Su mente estaba concentrada en lo que debía hacer a continuación.

Unas escaleras de piedra, en forma de espiral, llevaban hacia arriba. Puesto que los ojos del cimmerio no habían sido vendados, este tomaba buena nota de los detalles con su aguda vista. Los calabozos del palacio real se hallaban muy por debajo del nivel del suelo. Debían ascender varios pisos, en cada uno de los cuales había un centinela armado de guardia con la espada o la alabarda preparadas.

Por dos veces el bárbaro tuvo una fugaz visión del mundo exterior, cuando pasaron ante unos estrechos ventanales. La semioscuridad del cielo le indicó a Conan que o bien era la hora del

amanecer o la del atardecer. Ahora distinguió con claridad el rumor de las olas, que ya había creído percibir antes. El palacio estaba construido en los alrededores de Aghrapur, sobre un acantilado que dominaba el mar de Vilayet. Las mazmorras habían sido excavadas en la misma roca del promontorio cuya base lamían las olas. Por eso el cimmerio podía ver el cielo a través de las troneras, si bien aún no habían llegado al piso inferior del palacio. Conan procuró recordar ese importante detalle.

Las dimensiones del castillo-palacio eran asombrosas. El grupo pasaba por unas inmensas habitaciones en cuyo centro había unas fuentecillas. Se veían varios jarrones con flores exóticas que exhalaban un intenso perfume. Sus pasos resonaban tan pronto bajo severas bóvedas de piedra como bajo techos estucados, en habitaciones cubiertas de gruesas alfombras y ricos tapices. Soldados con bruñidas corazas permanecían inmóviles como estatuas, con el rostro inescrutable, pero la mirada atenta. En aquel palacio, el esplendor oriental brillaba en toda su magnificencia.

El grupo se detuvo ante una enorme puerta con incrustaciones de oro; tendría una altura de quince metros y su parte superior desaparecía en la penumbra del techo. Unos misteriosos arabescos adornaban la superficie de la puerta, en la cual había tallados dragones, héroes y hechiceros de las leyendas hyrkanias. Ardashir avanzó y dio unos golpes en la superficie dorada con el puño de su cimitarra. Poco después, las gigantescas hojas de la puerta comenzaron a abrirse lentamente, y a oídos de Conan llegó el rumor de un gran número de personas.

La sala del trono era más amplia que todas las que el bárbaro había visto antes. Era más grande que las suntuosas habitaciones de Ofir y de Nemedia, y que los salones de techo de madera de los castillos de Aesgaard y de Vanaheim. Gigantescas columnas de mármol se alzaban hasta un cielorraso que parecía tan distante como el firmamento. Una profusión de candelabros, lámparas y fogariles iluminaba costosos cuadros, tapices y cortinas. Detrás del trono había unas hermosas vidrieras que se recortaban contra la oscuridad del exterior.

Una concurrencia brillante y numerosísima llenaba la gigantesca habitación. Allí se habían dado cita nemedios ataviados con jubones, medias ajustadas y finas botas cortas; ofires de sencillos

mantos; achaparrados shemitas de negras barbas, vestidos con ropas de seda; zuagiros renegados, con sus blancos khalats; vendhyos de amplios turbantes y llamativas túnicas, y enviados de los reinos negros del sur, con sus atuendos de bárbaros. Incluso se veía a un solitario guerrero rubio del lejano norte, vestido con una sombría túnica oscura, que apoyaba las manos en la recia empuñadura de su enorme espada, cuya vaina de cuero estaba apoyada en el suelo.

Algunos habían llegado hasta allí para escapar de la ira de sus propios gobernantes. Otros eran confidentes o traidores de las tierras que los habían visto nacer, y había también algunos embajadores y enviados. La mente insaciable del rey Yezdigerd jamás estaba satisfecha en cuanto a las dimensiones de su creciente imperio, y a fin de ampliarlo recurría a todos los medios posibles, casi siempre tortuosos.

En el salón se oyó un toque de doradas trompetas. La concurrencia se abrió camino, y por él avanzó el grupo que conducía al cimmerio. La distancia que había hasta el trono era aún demasiado grande para poder apreciar quiénes se encontraban en el estrado.

Conan ardía de curiosidad, a pesar de las circunstancias críticas en las que se hallaba. Aunque había luchado contra aquel déspota en numerosas ocasiones —como jefe guerrero de los zuagiros, como capitán de los piratas del mar de Vilayet, como caudillo de los kozakos y como cabecilla de los himelios—, jamás había visto personalmente a su implacable enemigo. Así, pues, Conan mantuvo la mirada fija en la figura que se encontraba sentada en el trono dorado, mientras se iba acercando a este.

Por ese motivo no pudo notar que el gigantesco rubio de ojos grises que estaba mezclado entre el público expresó un profundo asombro en su rostro al reconocerlo. El hombre del norte aferró con más fuerza su espada cuando la alta silueta del cimmerio pasó a su lado, camino del trono del monarca turanio.

El rey Yezdigerd era un gigante moreno de corta barba negra, y boca delgada y cruel. Aunque los excesos de la corte turania se reflejaban en las bolsas que el soberano tenía debajo de sus brillantes ojos y en las arrugas de su rostro sombrío, que le hacían parecer diez años más viejo de lo que era, podía apreciarse que su cuerpo de poderosos músculos conservaba aún una gran vitalidad.

Brillante estratega y saqueador insaciable, Yezdigerd había logrado duplicar la extensión del reino heredado de su débil antecesor, el rey Yildiz. Consiguió que le rindieran tributo las ciudades-estado de Brythunia y Shem, en Oriente. Su caballería había batido a los ejércitos de naciones tan remotas como Estigia e Hyperbórea. El taimado rey de Zamora, Mitridates, se había visto privado de sus provincias fronterizas, pero logró mantenerse en el trono al precio de humillarse ante su vencedor.

Ataviado con un espléndido atuendo de seda dorada y escarlata, Yezdigerd permanecía sentado en su trono de oro con la engañosa quietud de la pantera que descansa.

A su derecha estaba sentada una mujer. Al reconocerla, Conan sintió que la sangre le hervía. ¡Era Thanara! Su voluptuoso cuerpo estaba envuelto en el seductor atuendo de las nobles turanias. En su resplandeciente cabello negro centelleaba una diadema de brillantes. Los ojos de la mujer se clavaron con una expresión burlona en la figura inerme del prisionero, y también ella se unió a las risas de los cortesanos que rodeaban al rey cuando este hizo una observación que debió de ser humorística.

El grupo armado se detuvo delante del trono. La expresión de Yezdigerd era triunfalmente altiva; por fin tenía en sus manos al hombre que había dado muerte a muchos de sus soldados, quemado y saqueado sus ciudades y hundido sus barcos. El ansia de venganza era obsesiva en él, pero se contuvo mientras los guardias de la pequeña escolta se arrodillaban y tocaban con la frente el suelo de mármol.

Conan no se arrodilló. Con su indomable orgullo reflejado en los fríos ojos azules, sostuvo la mirada del rey turanio y se mantuvo en pie, erguido. Todo en él expresaba desafío y desprecio. A pesar de estar semidesnudo, la sensación de poder que emanaba de su musculoso cuerpo llamaba la atención de todos los presentes. El rumor de las fabulosas hazañas ya había recorrido toda la sala. Muchos de los presentes conocían al cimmerio con los diferentes nombres, todos temibles, que se le aplicaban en distintos países.

Al notar la tensión de la cuerda que sostenía, Ardashir miró de soslayo, desde la postura arrodillada en la que se encontraba. La ira tiñó de púrpura su semblante al ver que su prisionero mostraba semejante desdén hacia el monarca. Ardashir tiró entonces con

violencia de la cuerda que retenía al bárbaro por el cuello, pero Conan permaneció inmóvil como una roca. Los poderosos músculos de su cuello de toro se hincharon ante la presión de la cuerda. De repente el cimmerio se echó hacia atrás, y Ardashir vaciló sobre sus rodillas y se desplomó sobre el suelo de mármol con un gran ruido metálico de arreos.

—¡Yo no rindo pleitesía a ningún perro hyrkanio! —exclamó Conan con voz de trueno—. ¡Tú ganas las guerras con ayuda de las mujeres! ¿Acaso no sabes sostener una espada con la mano? ¡Yo podría enseñarte cómo pelea un hombre de verdad!

Mientras decía esto, Conan relajó la tensión de los músculos de sus brazos, de modo que la cuerda que los sujetaba se aflojó. Luego se estiró y alcanzó con los dedos de su mano izquierda el extremo del madero que llevaba en la espalda. De un rápido tirón liberó su brazo derecho de las flojas cuerdas, hizo lo mismo con el brazo izquierdo y finalmente empuñó amenazante el pesado leño.

Ardashir se puso en pie inmediatamente y avanzó hacia el cimmerio con la cimitarra desenvainada. Conan golpeó con el madero en el casco del turanio, y el oficial cayó despedido al suelo, dando vueltas como un muñeco.

Durante unos instantes todos permanecieron inmóviles, asombrados por aquella hazaña que parecía obra de magia. Con el instinto combativo del bárbaro, Conan decidió sacar provecho de esa pequeña ventaja. Golpeó con un extremo del madero en el rostro de uno de los soldados, que retrocedió trastabillando, y se desplomó exangüe. Luego el cimmerio giró en redondo y arrojó el tablón sobre el grupo más cercano de soldados, cuando estos acababan de desenvainar sus espadas. Todos ellos cayeron en un confuso montón, entre rudas imprecaciones.

El cimmerio saltó hacia adelante con la rapidez de un felino y asió la cimitarra que Ardashir había dejado caer al perder el conocimiento por el golpe recibido. Un par de cortesanos trataron de evitar que Conan llegase hasta el estrado del rey Yezdigerd, pero el prisionero se abrió paso con facilidad entre ellos y saltó hacia el trono.

Viéndolo venir, el rey se puso en pie y a su vez extrajo su cimitarra. Las gemas de la empuñadura de la espada de Yezdigerd centellearon cuando este paró el terrible golpe de Conan dirigido a

su cabeza. La fuerza del impacto fue tal que la espada del monarca se partió en dos. El sable de Conan cortó los numerosos pliegues del inmaculado turbante real, así como las plumas de ave de paraíso que lo adornaban, y abolló el casco que Yezdigerd llevaba debajo.

Si bien el golpe no había logrado hundir el cráneo del rey, como era la intención de Conan, envió hacia atrás al aturdido monarca. Este se desplomó sobre su trono con tal fuerza que tanto el asiento como el ocupante cayeron del estrado, encima de media docena de soldados que atacaban al cimmerio, y que fueron contenidos.

Fuera de sí, en la exaltación de la lucha, el bárbaro se hubiera abalanzado sobre el rey para terminar con él, pero unos brazos leales arrastraron a Yezdigerd fuera del alcance del cimmerio, y de todas partes surgieron espadas y lanzas que rodearon a Conan.

La cimitarra del prisionero trazó un círculo mortal de acero a su alrededor, en una brillante muestra de su habilidad con la espada. A pesar de su permanencia en el calabozo y de la droga que había aspirado, Conan rebosaba vitalidad. Si debía morir —se decía a sí mismo—, al menos lo haría con la espada en la mano, riendo y matando, para conseguir así un lugar en la Mansión de los Héroes.

Giró una vez más con un deleite frenético, y de un tajo abatió a otro enemigo. Otro embate destrozó las mallas de un centinela, atravesándole el corazón. Cortando miembros, golpeando y atacando a fondo, el cimmerio había formado un rojo infierno a su alrededor. Como un elefante enfurecido, corría en tomo al estrado, libre ya de soldados y cortesanos, menos los que yacían en un montón sobre el suelo.

Tan solo Thanara permanecía en su lugar, como petrificada en su asiento. Con una carcajada burlona, Conan arrebató la diadema qué lucía la mujer y la arrojó en dirección a los cortesanos.

En ese momento, los soldados avanzaban amenazadores desde todos los rincones de la sala. Sus lanzas y espadas formaban un erizado muro entre la ordenada línea de escudos. Detrás de ellos, los arqueros tensaban sus armas. Grupos de espectadores miraban fascinados la terrible escena.

Conan flexionó sus piernas, trazó un molinete con la cimitarra y lanzó una atronadora carcajada. La sangre manaba de su desnuda piel; tenía cortes superficiales en el pecho, en el cuero cabelludo, en los brazos y piernas. Completamente rodeado y sin armadura, ni

siquiera su poderoso cuerpo podía salvarse del ataque conjunto de las numerosas puntas de acero que lo amenazaban a la vez. La perspectiva de la muerte no le inquietaba en absoluto; solo deseaba llevarse consigo al más allá a tantos enemigos como fuera posible.

De repente se escuchó un fragor metálico, y el brillo helado de una espalda larga y recta, como la que usaban los guerreros del norte, atrajo la atención del cimmerio. Una gigantesca figura se abría paso a través de los soldados, y su contundente actuación dejaba a no menos de tres de ellos tendidos en el suelo. De un poderoso salto, el rubio hombre del norte cayó sobre el estrado. Con la mano izquierda sostenía un par de escudos de bronce que había cogido de las víctimas del cimmerio.

—¡Toma esto! —gritó el hombre, lanzando uno de los escudos a Conan.

Las miradas de ambos se encontraron, y el cimmerio exclamó:

—¡Rolf! ¿Qué haces aquí, viejo oso polar?

—Luego te lo contaré —dijo con un gruñido el guerrero del norte—. Es decir, si vivimos para contarlo. De todos modos, estoy dispuesto a luchar y a morir a tu lado.

La aparición inesperada de este formidable aliado animó considerablemente al cimmerio.

—¡Venid aquí, chacales! —vociferó entonces, mientras empuñaba su ensangrentada espada—. ¿Quién es el próximo que desea ver su alma en el infierno? ¡Atacad, malditos, o seré yo quien lo haga primero!

Las filas de soldados turanios se habían detenido, formando un cuadrado en torno a la plataforma del trono. Los gigantescos bárbaros se hallaban espalda contra espalda, el uno moreno y semidesnudo, el otro rubio y vestido con ropas oscuras. Parecían dos tigres reales rodeados de temerosos cazadores, ninguno de los cuales estaba dispuesto a dar el primer golpe.

—¡Arqueros! —gritó el oficial que dirigía ahora a los turanios—. ¡Separaos de modo que las flechas lleguen desde todas partes!

—Esto se acaba —dijo Rolf con aspereza—. Si tuviéramos un par de fuertes cotas de malla de Aesgaard… En fin, fue divertido mientras duró.

—No desesperes —repuso Conan—. ¿Ves aquella hilera de ventanas? Pues este es mi plan…

El bárbaro murmuró rápidamente algunas palabras a su compañero, que asintió. Los dos corpulentos guerreros salvajes hacia adelante, con las espadas oscilando con la rapidez de serpientes al ataque. Dos guardias cayeron al suelo bañados en su propia sangre, y los demás retrocedieron un momento ante la furia de la embestida.

—¡Sígueme, Rolf! —exclamó el cimmerio, golpeando a diestro y siniestro.

Las armas de los bárbaros abrieron una sangrienta avenida entre sus adversarios. El rubio hombre del norte giró en redondo y su espada abatió a los turanios como si fueran espigas de trigo ante una guadaña. Mientras Conan iba delante, Rolf lo seguía cubriéndole las espaldas e incrementando la mortandad que el cimmerio producía en la vanguardia. Su voz profunda entonaba el canto de guerra de las tribus del norte.

Nadie era capaz de parar aquel terrible ataque. Las espadas y las flechas turanias buscaban los cuerpos de los dos bárbaros, pero el acero rebotaba indefenso contra los escudos, en tanto que los dos hombres avanzaban de forma implacable. Conan sangraba por media docena de heridas, y las ropas de Rolf estaban hechas jirones, pero los cadáveres apilados en el suelo eran testimonio de la violencia de su ataque.

Finalmente se colocaron de espaldas a uno de los grandes ventanales. Durante unos momentos, ambos bárbaros atacaron con renovada furia, despejando así un espacio en torno a ellos. El grupo de soldados retrocedió por unos instantes. Para sus mentes supersticiosas, aquellos dos hombres no eran tales, sino invencibles semidioses o espíritus duros como el acero, que se había alzado desde los reinos de las tinieblas con el fin de llevar a cabo una sangrienta venganza.

Conan aprovechó esos momentos y con rapidez felina destrozó con su cimitarra los cristales de la enorme ventana, que volaron en menudos trozos de colores, dejando un amplio hueco hacia el exterior. Después de arrojar sus espadas y escudos sobre el rostro de sus atacantes, el cimmerio y su compañero saltaron hacia afuera en una prodigiosa zambullida hacia el mar, que estaba sesenta metros más abajo que el nivel de la sala. Una carcajada quedó resonando en el aire, detrás de ellos.

—¡Arqueros! ¡Los mejores arqueros, rápido! —gritó el oficial desde la sala, con voz desesperada.

Avanzaron cinco hombres. Cada uno de ellos sostenía un poderoso arco de guerra hyrkanio, de doble curva. Los soldados se situaron frente a la ventana, y enseguida se oyó el chasquido de las cuerdas. Pero acto seguido uno de los arqueros se encogió de hombros y se volvió hacia el oficial.

—La distancia es demasiado grande —dijo—, y la luz de la luna no facilita las cosas. Ni siquiera podemos ver sus cabezas con claridad. Es probable que estén nadando bajo el agua casi todo el tiempo. Es una tarea superior a nuestras posibilidades.

Con un gesto de cólera mal reprimida, el oficial se dio media vuelta y se dirigió hacia las habitaciones del rey. Yezdigerd se había recuperado ya, y la única señal del daño sufrido era una venda alrededor de su cabeza, que en parte cubría con su turbante. La explicación de los incidentes ocurridos fue interrumpida por el estruendo del puño del rey sobre una mesa, que volcó varias jarras e hizo caer algunos vasos al suelo.

—¡Os habéis atrevido a fracasar! —exclamó Yezdigerd—. ¡Esos bárbaros asesinos han escapado y se han burlado del rey de Turan! ¿Acaso mis soldados son corderos incapaces de vencer a un par de hombres? ¡Al amanecer morirá un soldado de cada diez de la guardia, a fin de estimular el valor de los hombres que queden!

Luego el monarca bajó la voz y siguió diciendo con tono perentorio.

—Ordenad que aparejen inmediatamente dos galeras de guerra. Sin duda los bárbaros tratarán de robar un bote para cruzar el mar de Vilayet. Debemos impedir que huyan. Que las dos naves sean tripuladas por los mejores marinos y soldados de que disponemos. Poned a los remos a los esclavos más robustos. ¡Cuando nos apoderemos de esos perros, sufrirán la agonía de mil muertes en las salas de tortura de Aghrapur!

El rey lanzó una carcajada, animado por tan siniestra perspectiva, y luego le hizo una seña a su general. Este se alejó rápidamente, abriéndose paso entre los cortesanos para hacer cumplir las órdenes de su señor.

Khosru, el pescador, se hallaba sentado sobre la borda de su barca arreglando una red que se había roto la tarde anterior,

durante la lucha con un gigantesco esturión. Maldecía su fortuna, pues la red era excelente y le había costado dos piezas de oro y la promesa de diez cajas de pescado al mercader shemita que se la vendió. Pero ¿qué podía hacer un pobre pescador sin redes, más que morirse de hambre?

En efecto, esas redes eran lo más necesario para él y su familia, aunque también debía trabajar duro para pagar los elevados impuestos decretados por el rey. El pescador lanzó una mirada furtiva y llena de odio en dirección al palacio, que se recortaba a la luz de la luna. El castillo se cernía sobre el acantilado como un gigantesco buitre de oro y mármol. Los recaudadores de impuestos del rey empuñaban fuertes látigos, y no se mostraban remisos a emplearlos. Antiguas cicatrices en las espaldas de Khosru eran testimonio del castigo sufrido por el pescador cuando volvía con la bodega vacía de peces.

De repente la barca se balanceó con fuerza y casi hizo caer a Khosru. Este se puso en pie de un salto, con los ojos saliéndosele de las órbitas a causa del terror. Un hombre enorme, casi desnudo, trepaba a bordo con la negra melena y el cuerpo chorreando agua. Al pescador le pareció algún demonio o genio de mar que llegaba desde algún abismo desconocido para apoderarse de su alma y devorar su cuerpo.

Durante un momento la aparición permaneció inmóvil, jadeando intensamente. Luego habló en lengua hyrkania, aunque con acento bárbaro. Khosru se animó un poco más, ya que las leyendas aseguraban que los demonios no hablaban. A pesar de todo, el pescador se estremeció profundamente ante la ardiente mirada y la actitud feroz del gigante. Su pánico aumentó cuando vio otra figura enorme, vestida con ropas negras. Tenía la cabellera rubia, y de su cinto colgaba una daga de hoja ancha. Al igual que la otra aparición, esta se recostó jadeando contra la borda.

—¡No temas, pescador! —tronó el gigante de pelo oscuro—. No queremos tu sangre, sino tan solo tu embarcación.

El hombre extrajo una brillante diadema de su taparrabo y se la tendió a Khosru.

—He aquí un pago más que suficiente. Con ello podrás comprar diez lanchas como esta. ¿Estás conforme… o bien…?

Al decir esto último, el desconocido abrió y cerró

significativamente sus gruesos dedos. Khosru, con la cabeza dándole vueltas, asintió y cogió la diadema. Luego, con la rapidez de una rata asustada, embarcó en el pequeño bote que estaba amarrado a popa de la barca de pesca y se alejó remando con todas sus fuerzas.

Los extraños individuos no perdieron el tiempo. Izaron con toda rapidez la vela, que se hinchó bajo el impulso de la fresca brisa. La esbelta embarcación adquirió velocidad cuando el timón puso rumbo hacia el este.

Khosru se encogió de hombros, desconcertado. Luego se detuvo un momento para examinar la fabulosa diadema, cuyas gemas relucían bajo la luz de la luna como una cascada de fuego líquido.

5. El mar de sangre

El viento soplaba con fuerza. Una llovizna salada saltaba de las olas con las intensas ráfagas. Conan el Cimmerio ensanchó el amplio pecho y aspiró con deleite el aire fresco, plenamente consciente de su recién adquirida libertad. A su memoria acudían numerosos recuerdos de los lejanos tiempos en que, como capitán de los piratas del mar de Vilayet, había barrido aquellas aguas de naves turanias y dejado los puertos de Turan convertidos en ruinas humeantes.

El mar de Vilayet seguía siendo un mar hyrkanio, dominado otra vez por las rápidas galeras de guerra turanias. Había un comercio a pequeña escala realizado por algunos osados mercaderes de los pequeños países de las costas del nordeste, pero un viaje comercial a través de las turbulentas aguas del mar del interior era una empresa muy peligrosa. No se requería un estado de guerra para que un capitán turanio abordase, saquease y hundiese un navío extranjero, si así le apetecía. El pretexto era, sencillamente, «infracción de las leyes del soberano del imperio de Turan».

Pero además de la codiciosa armada turania, existía un peligro igual o mayor aún: ¡los piratas!

Una heterogénea horda de delincuentes, criminales, esclavos prófugos y aventureros errantes, todos con un interés común por el oro y un desdén hacia la vida humana, infestaban las aguas del gran mar de Vilayet y hacían peligrosa la travesía hasta para los navíos turanos. Los puertos secretos de los piratas se hallaban en el laberinto de islas situadas hacia el sur y el este del mar. Infernales querellas debilitaron a menudo su poder, para satisfacción del monarca de Turan, hasta que un día llegó un bárbaro de Occidente, con una melena negra como las alas de un cuervo y ojos azules. Conan se impuso sobre los pendencieros capitanes, y se hizo con la

jefatura de los filibusteros. Consiguió unirlos y los convirtió en un arma terrible que apuntaba hacia el corazón del país turanio.

El cimmerio sonrió al recordar aquellos tiempos, cuando su nombre era una maldición en los puertos del mar de Vilayet, y en los templos se elevaban ruegos y se hacían sacrificios para defenderse de él y de sus gentes.

La barca de pesca era una nave de medianas dimensiones y bien construida. Su alta proa cortaba las aguas como una cimitarra y su única vela se hinchaba tensa bajo el viento. Aghrapur quedaba a popa desde hacía veinte horas, y Conan tenía esperanzas de que la velocidad de su nave fuera mayor que la de las galeras de guerra turanias. Pero si el viento amainaba, él y Rolf se verían enfrentados a un grave problema. En ese caso, no podrían igualar la velocidad de las galeras, impulsadas por los galeotes, con los endebles remos de que disponía la barca de pesca. Pero el viento no tenía trazas de atenuarse y la experta mano de Rolf guiaba el pequeño barco, aprovechando hasta el último impulso de la brisa marina.

Rolf le contaba en ese momento a Conan la larga historia de los viajes y aventuras que lo habían conducido hasta Aghrapur.

—Y aquí me tienes —concluyó—, fugitivo a la vez de mi nativa Aesgaard y de la corte turania.

—¿Por qué, entonces, te uniste a mí? —preguntó Conan—. Parecías gozar de una posición cómoda en la corte.

Rolf se mostró manifiestamente ofendido, y contestó con aspereza:

—¿Crees que he olvidado el día que me salvaste la vida, durante aquella batalla contra los hyperbóreos en los montes Graaskal?

Conan sonrió y repuso:

—Pues ese es el caso. Después de tantas batallas, lo había olvidado.

Luego se colocó una mano sobre los ojos y miró hacia la uniforme línea del horizonte.

—Estoy seguro de que habrá al menos un par de galeras de Yezdigerd tras nuestro rastro —dijo sombríamente—. El pobre hombre debe estar clamando venganza. No se olvidará tan fácilmente de cómo nos reímos en sus propias barbas.

—Eso es cierto —admitió Rolf—. Y solo deseo que siga soplando este magnífico viento. De lo contrario, quedaremos a merced de las

galeras.

La activa mente de Conan ya estaba ocupada con otros pensamientos.

—Durante mis días con la Hermandad Roja —murmuró—, esta zona era la más adecuada para apoderarse de un gran buque mercante de Sultanapur o de Khawarizm. Ah, pero aquellos marineros luchaban con denuedo, y a veces el mar se enrojecía con nuestra sangre y la de ellos antes de que consiguiéramos el botín. Quizás algunos barcos piratas no estén ahora lejos de nosotros.

Los ojos de halcón del cimmerio siguieron examinando la interminable extensión azul.

De repente se irguió como un león que divisa su presa, y tendió un brazo hacia estribor.

—¡Mira, Rolf, tenemos compañía! —exclamó—. Aquellas velas amarillas solo pueden significar una cosa: un barco pirata. Será mejor que arriemos la vela y los esperemos. Si lo desean, pueden alcanzarnos dentro de media hora.

Con los ojos fijos en el barco que se acercaba, Conan aguardó inmóvil y aparentemente tranquilo.

El cimmerio escuchó con deleite el repetido golpe de los remos en el agua, el crujido del aparejo y los gritos de los contramaestres. Con la misma satisfacción aspiró el olor a brea de la embarcación, que se hallaba a tan solo medio cable de distancia. Se trataba de una esbelta galera de vela que lucía su aparejo amarillo bajo los rayos del sol del atardecer. La negra bandera de la Hermandad ondeaba en el mástil. Conan y Rolf remaron hacia el barco pirata.

Por encima de la borda se divisaban numerosos rostros de las cataduras más diversas. Muchos eran de tez oscura y llevaban sombreros de vivos colores. Otros llevaban el turbante oriental, y unos pocos usaban cascos de acero o de bronce. Algunos tenían la cabeza rapada, con excepción de un largo mechón que colgaba por detrás. El clamor de los gritos disminuyó. Numerosos ojos, fríos y crueles, examinaron a los dos hombres de la barca de pesca.

El casco de esta golpeó al fin contra el de la embarcación mayor. Les arrojaron una cuerda, y Conan y Rolf treparon con la agilidad de consumados marinos. Después de saltar por la borda, se encontraron en cubierta, en el centro de un semicírculo de curiosos piratas que hablaban todos a la vez. Entre los filibusteros, Conan

reconoció a algunos que lo habían seguido en otros tiempos.

—¡Eh, perros! ¿No me conocéis? —exclamó con aspereza—. ¿Se han debilitado vuestros ojos con la edad, o habéis perdido la memoria, y ya no recordáis mi nombre?

Algunos hombres del grupo habían retrocedido, palideciendo de estupor al reconocer al recién llegado. Uno de ellos dijo con voz ronca:

—¡Por Tarim, un fantasma! ¡Erlik nos proteja! ¡Es nuestro antiguo almirante, que vuelve de la tumba para perseguirnos!

A pesar de su valentía, el curtido pirata se hallaba evidentemente aterrado por la presencia de Conan. Lo señaló y agrego:

—Tú pereciste hace muchos años, cuando los vampiros de los montes Colchios atacaron tu barco mientras huíais de los turanios, después de haber tomado venganza de Arlaban de Shahpur. ¡Vete, espectro, no nos maldigas!

Conan lanzó una fuerte carcajada y se golpeó alegremente un muslo con la mano. Después extrajo la daga de Rolf de su vaina y la arrojó a cubierta, de modo que su punta se clavó profundamente en la madera y la empuñadura quedó oscilando en el aire.

—¿Te has vuelto loco, Artus? —dijo el cimmerio, al tiempo que recogía el arma de la cubierta—. ¿Puede un fantasma clavar así un cuchillo? Vamos, hombre. Estoy tan vivo como todos vosotros, y si alguno lo duda, romperé unas cuantas cabezas para demostrarlo. Yo pude escapar en aquella ocasión de los vampiros y de los turanios, y lo que me ocurrió después es algo que no os concierne. Y bien, ¿me creéis ahora que estoy vivo?

Los antiguos seguidores de Conan rodearon entonces llenos de gozo al gigantesco cimmerio para estrecharle la mano y darle cariñosas palmadas en la espalda. Hombres que nunca lo habían visto anteriormente se congregaron también alrededor del grupo, llenos de curiosidad por conocer a aquel personaje legendario, cuyas hazañas se rememoraban en las tabernas, en las noches serenas.

De repente se oyó una voz potente entre el rumor alegre de los piratas:

—¡Ahí, en cubierta! ¿Qué ocurre? ¿Quiénes son esos hombres? ¡Os ordené que los trajerais aquí en cuanto subieran al barco!

El que había gritado así era un hombre de elevada estatura, que llevaba una malla ligera y golpeaba con el puño sobre la borda. Llevaba un trapo rojo arrollado en torno a la cabeza, y una gran cicatriz le cruzaba la mejilla, desfigurando su rostro largo y estrecho.

—¡Es Conan, capitán! —gritó el viejo Artus, que era el contramaestre—. ¡Nuestro antiguo almirante ha regresado!

Los ojos pequeños del capitán se entrecerraron al tratar de confirmar las palabras de Artus con un examen minucioso. Una luz maligna brilló en aquella mirada cuando hubo reconocido la bronceada silueta del cimmerio. Entonces abrió la boca para hablar, pero Conan no le dejó hacerlo, anticipándosele.

—¿No te alegras de verme, verdad, Yanak? —dijo el cimmerio —. ¿Recuerdas cómo te expulsé de la flota pirata por quedarte con un botín que pertenecía a toda la tripulación? ¿Cómo has logrado volver a ser capitán? ¡Malos días deben de ser estos para la Hermandad!

Yanak habló al fin, y repuso con un tono de intenso odio:

—¡Solo por aquella mala jugada, bárbaro, haré que te cuelguen de los talones y que te asen sobre el fogón del barco!

Miró desafiante a su alrededor y nadie se atrevió a contradecir sus palabras.

—¡Yo soy aquí el capitán, y el único que da las órdenes! —agregó enseguida.

—Puede que así sea —replicón Conan—, pero todavía sigo siendo miembro de la Hermandad, y reclamo un derecho, de acuerdo con nuestro código: el derecho que asiste a cualquier miembro de la Hermandad a luchar contra el capitán de un barco por la dirección de la nave.

Entonces el cimmerio volvió a empuñar la daga que había tomado de la vaina de Rolf. Era un arma formidable, provista de una hoja ancha de más de medio metro de largo, aunque no llegaba a la longitud de una espada. Conan y Rolf se habían deshecho de sus sables, a fin de nadar hasta la barca de pesca, de modo que no tenían más armas que el largo cuchillo.

La tripulación comenzó a murmurar, pues todos sabían que en ese tipo de duelo Conan tenía que luchar con el arma de que dispusiera en el momento del desafío, mientras que Yanak podía

elegir la que deseara. La cota de malla de Yanak también le proporcionaba una ventaja suplementaria.

—¡Esto es una locura, Conan! —dijo Artus en voz baja, cogiendo al cimmerio por un brazo—. Yanak te hará pedazos con su enorme espada. En lugar de eso, lo destituiremos y te elegiremos capitán. Puedes estar seguro de que tus antiguos seguidores están de tu parte.

Conan movió negativamente la cabeza y murmuró:

—La mitad de la tripulación no me conoce y se opondría a semejante decisión. Los hombres se dividirían en dos bandos y nuestra fuerza se debilitaría. No; debe hacerse al modo tradicional.

Varios tripulantes estaban ya despejando un espacio en torno al mástil del barco. Yanak se acercó sonriendo, y sus manos curvaron la recia pero afilada hoja de su espada. Esta era recta y había sido fabricada por un famoso artesano, como podía adivinarse por el brillo de la hoja y por los bordes perfectamente afilados.

Conan aferró con firmeza la daga y avanzó hacia el mástil. En tomo a este habían marcado con brea un amplio círculo de seis metros de diámetro. Las reglas de la contienda eran sencillas. Los antagonistas debían luchar en el interior del círculo. Se permitía emplear cualquier artimaña, y la lucha sería a muerte, o hasta que uno de los duelistas se hallara tan malherido que no pudiera seguir peleando. Pero en este último caso, sería arrojado al mar por la borda. Si uno de los combatientes se salía del círculo, los espectadores lo empujarían de nuevo al interior de este.

En el momento en que el cimmerio traspuso la marca trazada con brea, Yanak saltó hacia adelante, cortando el aire con un violento golpe. Pero el bárbaro era demasiado veterano en esas lides para dejarse sorprender. Saltó hacia un lado, y Yanak se salvó de una cuchillada en el costado porque ladeó el cuerpo, y la hoja de la daga resbaló en la cota de malla. Después de eso, el capitán pirata se movió con mayor cautela, a pesar de ser quien tenía más ventajas. La longitud de su arma era una buena baza, no obstante la estatura y la fuerza del cimmerio.

De vez en cuando, Yanak lanzaba un ataque repentino, entre violentas maldiciones, pero el silencioso Conan paraba los golpes con toda facilidad y seguía dando vueltas en torno al mástil. Conan ignoró las pullas y las exhortaciones del capitán para que

permaneciese quieto y luchase.

Entonces Yanak intentó una argucia. Conan y él se hallaban de momento del mismo lado del mástil. Con todo el poder de sus robustas piernas, el capitán saltó en el aire y se colgó de un cabo que colgaba del aparejo, al tiempo que trataba de golpear con la espada en la cabeza desnuda del cimmerio.

Pero Conan respondió con unos reflejos vertiginosos. En lugar de retroceder, saltó por debajo de su adversario. La espada de Yanak silbó inofensiva sobre la espalda del bárbaro, mientras que este enterraba la hoja de su daga hasta la empuñadura, en el abdomen del capitán, atravesando con su inmensa fuerza los eslabones de la cota de malla del pirata.

Este cayó sobre la cubierta retorciéndose, y quedó inmóvil en medio de un charco de sangre. Su espada rebotó con ruido metálico. El cimmerio se agachó y levantó al capitán. Luego, con un poderoso impulso arrojó a Yanak, que había muerto, por encima de la cabeza de los tripulantes y sobre la borda, yendo a caer el cuerpo al mar. Luego Conan recogió la espada, recorrió con una mirada fría el círculo de piratas que lo rodeaban y preguntó con voz amenazadora:

—Y ahora, amigos ¿quién es el capitán?

Los gritos de «¡Conan, Conan!» disiparon cualquier clase de dudas. El cimmerio sonrió satisfecho ante la nueva situación, que había logrado con su coraje. Entonces, con voz atronadora, hizo callar a los tripulantes.

—¡A las velas y a los remos, truhanes! —gritó—. ¡Y un hombre a la cofa, como vigía! ¡El mismo Yezdigerd viene siguiendo mi rastro, pero a fe mía que le proporcionaremos una caza divertida!

Pese al anuncio de que los perseguía el enemigo más enconado de los piratas, la inquebrantable confianza que aquellos hombres tenían en Conan fue suficiente para borrar todos los recelos y preocupaciones. Muchos recordaban las numerosas ocasiones en que el cimmerio había luchado y vencido con todas las probabilidades en su contra, y confiaban en que ahora ocurriría lo mismo.

De un poderoso salto, el bárbaro subió al puente y exclamó:

—¡Orientad la vela! ¡Rumbo al sudeste!

Los marineros comenzaron a tirar de los cabos mientras

entonaban expresivas canciones de mar. El hombre que estaba al timón se apoyó sobre sus fornidas piernas para hacer virar la nave hacia el rumbo ordenado. El esbelto barco avanzó hacia el sudeste, siguiendo el viento, como un corzo que atraviesa la planicie.

—De modo que crees que estoy loco, ¿verdad, Artus? ¡Pues por Crom que espero que Yezdigerd piense lo mismo!

La risa de Conan resonó en la cabina mientras se recostaba en un sillón, con una jarra de vino en la mano. El cimmerio había tomado posesión del guardarropa de su antecesor y se había vestido con el lucido atuendo del capitán pirata del mar de Vilayet: calzas rojas, anchas botas de mar, camisa amarilla de seda de Vendhya con mangas anchas y un fajín multicolor alrededor de la cintura, En la cabeza llevaba arrollada una tela de color rojo, en tanto que el fajín sujetaba una larga daga con empuñadura de marfil.

Además de Rolf, acompañaba a Conan el contramaestre, Artus, mientras la galera hendía con velocidad las aguas del mar interior. El viejo dejó su jarra sobre la mesa y habló con aire preocupado.

—No creo que estés loco. Conan —dijo el contramaestre—, pues le conozco demasiado bien, pero este plan me parece descabellado: nos estamos precipitando directamente a las fauces del turanio, Al menos podrías revelarnos lo que le propones. Los tripulantes desbordan de confianza en ti y no piensan en el hecho de que Yezdigerd traerá consigo al menos dos grandes galeras de guerra. Yo, en cambio, soy lo bastante viejo y sensato como para reflexionar. ¿Cuáles son sus planes?

El cimmerio adoptó de repente un gesto grave y se dirigió a un armario de madera pintada de color dorado. Después de abrirlo, extrajo de él un rollo de pergamino, que extendió sobre la mesa. Se trataba de una carta marina de las aguas que estaban cruzando.

—He aquí nuestra posición. Yezdigerd debe de haber salido hace cuatro días de Aghrapur, y a una velocidad media, calculo que deben encontrarse en esta zona.

Conan señaló un punto de la carta, y siguió diciendo:

—Con nuestro rumbo actual y a esta velocidad, deberemos encontrarnos con Yezdigerd en algún lugar del archipiélago Zhurazi.

—Las Zhurazi, ¿eh? —murmuró Artus—. Esas son aguas peligrosas. En las cartas no figura sonda alguna, y todo marino en

su sano juicio evita pasar por esas islas. Se dice que sus aguas están pobladas de monstruos y demonios de los oscuros abismos, y que el hombre que desembarcara en sus playas está irremisiblemente perdido.

—¡Al diablo con estas patrañas! —dijo el cimmerio con un gruñido—. En una ocasión viví quince días en el extremo norte de la isla principal, después de un naufragio. Lo único que me ocurrió fue que tuve bastante trabajo para evitar que una tribu de salvajes de piel amarilla me sacrificara a su dios, un ser con cuerpo de lagarto.

De modo tan sencillo, Conan revelaba la tremenda aventura que había protagonizado años atrás en aquel archipiélago. El recio cimmerio no solo había salido con vida de una tierra de salvajes hostiles, sino que había dado muerte a un monstruo de épocas remotas que aterrorizaba a sus habitantes. Y es que el bárbaro no era dado a preocuparse del pasado, sino que le atraía tan solo el presente.

Permaneció durante un momento en silencio, observando el mapa. Luego hizo un gesto repentino, arrojó de la mesa la carta y se volvió hacia sus amigos.

—Tienes razón, Artus —dijo—. No se han inscrito las sondas en esta carta. Es un mapa turanio, ¿verdad? Sin duda lo dibujaron los mismos cartógrafos del rey, en Aghrapur. Por lo tanto, debe ser igual al que tiene nuestro incansable perseguidor. Ahí reside nuestra ventaja.

Y a pesar de que le pidió explicaciones. Conan no reveló nada más.

Los músculos se contraían bajo la sudorosa piel de los galeotes. Los remos subían y bajaban con ritmo uniforme, impulsando a la enorme nave de guerra sobre las aguas, Sobre la pasarela central se paseaba el fornido cómitre, con su látigo trenzado y la piel brillante de sudor y aceite. De vez en cuando, el flagelo se desplegaba como una cobra al ataque, y tras un agudo silbido, dejaba una marca rojiza en las espaldas de los jadeantes remeros. Los esclavos de los barcos turanios eran tratados con crueldad, y más aun los del *Cimitarra*, el barco almirante del rey Yezdigerd.

El monarca estaba sumido en uno de sus raptos de melancolía. Tenía la mirada pensativa y sombría mientras observaba el liquido

ambarino de su copa.

—Algún poder demoniaco ayuda al maldito cimmerio —dijo el rey—. Debió de haber conseguido una embarcación inmediatamente después de su huida. Mis condenados almirantes necesitaron medio día para preparar mi barco para la navegación y, por si fuera poco, los dioses del mar han vuelto el viento contra nosotros. Avanzamos con la lentitud de un caracol.

—Pero más deprisa que el cimmerio, en todo caso —aseguró Thanara, mirando a Yezdigerd por entre sus largas pestañas—. Los endebles remos que sin duda lo impulsan de poco le valdrán con este viento. Cada momento que pasa lo acerca más a nosotros. Ten paciencia, mi señor. Erlik no tardará en poner al bárbaro en nuestras manos.

—Mis hombres han pensado eso mismo en numerosas ocasiones, y a pesar de ello el muy maldito ha escapado de todas las trampas que le tendieron. ¡Ahora, por primera vez, soy yo el cazador! Me ocuparé personalmente de que no huya. ¡Por la barba de mi padre, Yildiz, que por fin arreglaré cuentas con ese miserable!

El gesto de Yezdigerd se volvió ansioso y sus ojos se llenaron de nuevas energías. Resguardó su vista con una mano y miró sobre las aguas transparentes.

Luego hizo un rápido ademán, y el almirante avanzó presuroso, mientras las doradas escamas de su malla brillaban bajo el sol.

—Veo tierra. Uthghiz. ¿Acaso hemos variado de rumbo?

El almirante, que conocía el temperamento irascible de su soberano, desplegó con rapidez una carta de navegación y dijo, mientras señalaba:

—Este, señor, es el archipiélago de las Zhurazi. Es probable que el cimmerio haya desembarcado allí para proveerse de agua y alimentos. Tengo la intención de explorar la costa en busca de su nave. Por otro lado, el camino más directo hacia las costas orientales del mar de Vilayet conduce cerca de las mencionadas islas.

—Puede que tengas razón —admitió el rey—. Mantén alerta a todos los hombres del barco. ¿A qué distancia de las islas puedes acercarte?

—Estas son aguas desconocidas, mi señor, y de las islas se cuentan muchas leyendas llenas de supersticiones. Se cuentan

horribles historias acerca de monstruos demoníacos que pueblan los acantilados. En esa zona del mar no se han efectuado sondeos, y por ello no debemos acercarnos demasiado a tierra, si no queremos encallar.

Thanara, por su parte, siguió examinando la abrupta línea costera que se extendía ante sus ojos, mientras el rey volvía a tenderse en su diván dorado, murmurando algo entre dientes.

La mujer miró con atención. ¿La engañaban los ojos, O aquello que brilló antes de desaparecer detrás de un islote del borde del archipiélago era una vela? Las naves turanias se acercaban a dicho punto con cada golpe de remo. Thanara aguardó impaciente.

De repente se irguió y señaló algo. La vela había vuelto a aparecer.

—¡Mira, mi señor! —exclamó—. ¡Allí hay una presa para tus barcos! ¡Un navío pirata! ¡Lo hemos arrinconado!

Thanara no era la única que había divisado el buque corsario. Enseguida se dieron órdenes. La tripulación se preparó para el combate, mientras se alzaban señales para ordenar al barco acompañante que hiciera lo mismo.

Los supervivientes recorrieron los bancos de los galeotes, comprobando la seguridad de los grilletes y cadenas. Montones de armas fueron dispuestas junto al mástil, y los soldados del barco, después de empuñarlas, corrieron a ocupar sus puestos de combate. Los arqueros treparon a las jarcias para colocarse en lugares de tiro, en tanto que grupos de fornidos marineros se colocaban junto a las bordas, provistos de arpeos de abordaje.

Aunque la aguda vista de Conan no podía apreciar los detalles de los preparativos de las naves enemigas, se dio cuenta que habían comenzado en cuanto permitió que su barco fuera avistado. La nave pirata, por su parte, hacia tiempo que estaba dispuesta para la lucha. A pesar de las escasas probabilidades que parecían tener los corsarios, estos confiaban ciegamente en su capitán. Los que habían navegado con el cimmerio en el pasado relataban historias asombrosas acerca de antiguas batallas marítimas, y de los modos ingeniosos de que se valiera el bárbaro en ocasiones para volver las tornas en contra de sus adversarios. Las espadas se agitaban en dirección a las lejanas embarcaciones turanias, mientras bocas procaces lanzaban juramentos en las lenguas más diversas.

—¡Preparaos para virar en redondo! —gritó con voz potente el cimmerio.

La orden constituyó una sorpresa para la tripulación. Allí estaban ellos, listos para la lucha, dirigidos por el mejor capitán del mundo, y ¿qué hacía este? ¡Escapar como una rata! De mala gana se prepararon para cumplir las órdenes. Conan se dio cuenta de ello y exclamó:

—¡Daos prisa, perros sarnosos, o haré que os acaricien el lomo con el látigo! ¿Creéis que soy tan necio como para luchar contra dos galeras de guerra, cada una de ellas dos veces más fuerte que mi propio barco, y además en mar abierto? No, tengo un plan mejor. No os preocupéis, chacales del mar; tendremos un festín de lucha y de sangre del que se escribirán canciones en el futuro. ¡Y ahora, aplicaos a vuestras tareas!

Llenos de un renovado entusiasmo, los piratas corrieron a las jarcias, y la nave no tardó en avanzar con rapidez hacia la zona interior del archipiélago de las Zhurazi. Antes de haber puesto en práctica este plan, Conan había consultado con el carpintero de a bordo. La información que obtuvo, junto al conocimiento que él mismo tenía de aquellas aguas, no le dejaron la menor duda.

El archipiélago de las Zhurazi estaba formado por dos islas principales, rodeadas por una cantidad de islas más pequeñas. Un estrecho canal corría entre las dos islas mayores, y por este guio Conan su nave. Los piratas se mostraron llenos de expectación cuando avistaron a popa a las galeras turanias, que los seguían con toda la rapidez que podían imprimir los galeotes a los remos.

El rey Yezdigerd se paseaba por la popa, cubierto con una plateada cota de malla turania y un bruñido casco en punta. Con el brazo izquierdo sostenía un escudo circular, en tanto que de su costado colgaba una larga cimitarra. El cruel y sombrío monarca era, además, un guerrero intrépido y fiero, al que le gustaba tomar parte personalmente en los combates.

—¡Mirad cómo huyen esas hienas miedosas! —exclamó—. Pero ¿acaso han perdido el juicio? Entre las dos islas les faltará el viento que impulsa sus velas y quedarán a merced de nuestros rápidos remos. ¡Remad más deprisa!

Entretanto, el almirante de Yezdigerd hablaba en voz baja con el capitán de la galera. Este último ponía reparos con expresivos

ademanes y movimientos de cabeza. El almirante pareció dudar y regresó a popa.

—Mi señor —le dijo al rey—, debes saber que estas aguas no han sido sondeadas. No tenemos cartas en las que podamos confiar, y el capitán de la nave teme encallar. Sugiero que rodeemos las islas y ataquemos al barco pirata en mar abierto.

Yezdigerd hizo caso omiso de la preocupación de su almirante, y dijo con gesto autoritario:

—Yo afirmo que esas ratas serán presa fácil a sotavento de las islas. Que los látigos consigan toda la velocidad como sea posible. ¡No tardaremos en cerrar nuestras fauces sobre los condenados piratas!

El rey parecía tener razón en sus predicciones. La embarcación corsaria se hallaba ahora en la mitad del canal, avanzando con dificultad. Al verse ante una presa tan fácil, los turanos lanzaron gritos de júbilo.

El desánimo cundía entre la tripulación pirata. Su avance era lento y las dos galeras hyrkanias se acercaban cada vez más a cada golpe de remo. Parecían un par de halcones precipitándose sobre una indefensa paloma. Rolf permanecía en silencio, con el aire taciturno de los hombres del norte. Artus, en cambio, se lamentaba ante el cimmerio.

—Capitán —decía—, los hyrkanios nos atacarán antes de que salgamos a mar abierto. No tenemos ninguna probabilidad a nuestro favor. Es imposible que maniobremos en un paso tan estrecho, y los espolones de las galeras destrozarán nuestro casco como si fuera la cáscara de un huevo. ¿No podríamos ir a tierra en los botes? Allí sería posible luchar en la selva. ¡Por Tarim, debemos hacer algo!

Conan, con una serenidad imperturbable, señaló hacia las naves que se acercaban. Las galeras constituían un espectáculo formidable. A la cabeza llegaba la *Cimitarra*, con una cresta de espuma hirviendo bajo la proa y el espolón de tres metros de largo. La nave parecía un ángel exterminador hostigando a su víctima. La seguía de cerca un barco acompañante, de aspecto menos temible.

—¡Hermoso espectáculo, por Ishtar! —dijo Conan tranquilamente—. Y llevan buena velocidad. Sin duda los cómitres deben estar manejando los látigos con todas sus fuerzas. La que viene en primer término es una galera muy grande; al menos tres

veces más pesada que la nuestra.

Su voz cambió de manera perceptible, cuando preguntó con tono competente:

—¿Qué indica ahora la sonda?

—Cinco brazas, capitán, y aumenta la profundidad. Ya hemos dejado atrás la parte más superficial de los bajíos. Por muy poco no hemos encallado.

—Muy bien. Yo sabía que pasaríamos. Y ahora, ¡mira a nuestros perseguidores!

El *Cimitarra* se detuvo repentinamente, precipitándose sobre su presa a toda velocidad. Un estruendoso crujido del maderamen y un chasquido de aparejos cortos resonó entre los acantilados del estrecho. Gritos de alarma rasgaron el aire cuando el mástil se quebró por la base y se desplomó sobre cubierta, que quedó oculta bajo los pliegues del velamen. Los remeros intentaron hacer retroceder a la galera, pero la velocidad había sido demasiado grande al encallar, y la nave estaba embarrancada en los arrecifes.

La otra nave turania fue un poco más afortunada. Su capitán era un hombre de decisiones rápidas, y al ver lo que le ocurría al navío almirante, ordenó enseguida que os remos dieran marcha atrás. De todos modos, había seguido a la misma velocidad que el barco que la precedía, y su navío quedó clavado en un banco de arena.

Los piratas, apiñados en la borda de la nave corsaria, aullaban de gozo, blandían las espadas en dirección a los turanios y ovacionaban a Conan. Hasta el pesimista contramaestre tuvo que admitir su error.

—Tardarán varios días en volver a poner a flote esas galeras —dijo Artus—. Y dudo que la más grande pueda llegar a navegar, con el fondo tan destrozado.

Luego miró a su capitán y preguntó:

—Y ahora, Conan, ¿hacia dónde ponemos rumbo? ¿A Khoraf, a dónde los mercaderes de esclavos llevan a las mujeres más hermosas del sur, o a Rhamdan, el puerto dónde termina el gran camino de las caravanas?

El cimmerio dijo con la voz llena de desdén, mientras miraba a sus hombres:

—Ahí tenemos los barcos turanios a nuestro alcance, chacales del mar. ¡No hemos huido de Yezdigerd, sino que le hemos tendido

una trampa! Os prometí un festín de lucha y de sangre, y os lo proporcionaré enseguida.

Luego se interrumpió y, mirando hacia el cielo, agregó:

—Estamos saliendo del estrecho y el viento refresca. Vamos a rodear la isla de barlovento. ¡Ordena que cambien el rumbo, contramaestre!

Muchas manos ansiosas se tendieron hacia los cabos, cuando todos comprendieron el plan genial del cimmerio.

El rey Yezdigerd paseaba por el puente de popa de su destrozado navío sin poder reprimir su ira. Esta ya se había hecho sentir sobre los miembros de la tripulación cuando mandó decapitar al momento al marinero encargado de sondear la profundidad, y al timonel. No existía peligro inmediato de hundimiento, puesto que la nave se hallaba firmemente encallada en el arrecife, pero todas las bodegas se habían inundado a causa del agua que entraba por las grandes aberturas del casco, y ello era indicio de que el barco favorito del rey probablemente nunca volvería a ser puesto a flote. Que esto fuera consecuencia de una artimaña del pirata, y que este hubiera escapado después de burlarse de ese modo, no hacía más que aumentar la furia de Yezdigerd.

—¡Perseguiré a ese perro hasta los confines de la tierra! —exclamó el rey—. Todo esto es típico de ese infame cimmerio. Juraría que está a bordo de esa nave. Pero ¿es que ese maldito de Khogar no va a poner su tina a flote de una vez por todas?

Yezdigerd se refería al capitán de la otra nave turania, que había ordenado a su tripulación que bajara a los botes para intentar remolcar y poner a flote la galera acompañante, la *Estrella de Khoral*. Fue transcurriendo el día, y ambas tripulaciones se afanaban sobre los remos, haciendo retroceder palmo a palmo el barco encallado. El capitán del *Estrella* estaba completamente abstraído en su tarea, cuando un grito del vigía atrajo su atención. El hombre parecía estar muy agitado y movía los brazos con frenesí.

Rodeando un promontorio, y con la vela amarilla tendida al viento, llegaba majestuosamente el barco que todos creían en fuga. Era esbelto y hermoso, y sus cubiertas estaban llenas de ansiosos corsarios. Hasta los oídos de los piratas llegaban débilmente las pullas de los piratas, que les parecían gritos de demonios del infierno.

La nave de Conan se abalanzó como un águila sobre el *Estrella de Khoral*. Con el espolón partió en dos uno de los botes que remolcaban, e hizo saltar por el aire maderas y cuerpos a un tiempo. Luego acortó velas, hizo un rápido viraje y al momento estuvo borda con borda contra su presa. Los arpeos de abordaje mordieron en la madera del navío turanio, y una lluvia de flechas precedió a la horda aulladora y sanguinaria que saltó sobre la regala del barco encallado.

Los turanios lucharon con valor. Aunque habían sido sorprendidos por el enemigo, su capitán logró imponer en ellos cierto orden. Los corsarios barrieron el entrepuente, dejando las cubiertas llenas de muertos. Pero se vieron contenidos por varias descargas de flechas desde la popa, donde los soldados turanios se habían concentrado detrás de un erizado muro de lanzas.

El ataque se detuvo durante unos momentos, pero Conan, cubierto con una cota de malla, avanzó destrozando yelmos y cercenando miembros a diestro y siniestro, con lo cual se desmoronó la última resistencia hyrkania.

Los turanios no pudieron contener el invencible empuje de los corsarios que, sedientos de sangre, se dispersaron por la popa, abatiendo a sus enemigos como si fueran conejos.

El capitán del *Estrella de Khoral* se dio cuenta de que la única posibilidad de salvar a su barco era matar al jefe pirata. Por lo tanto, saltó para enfrentarse con el cimmerio. Sus sables chocaron en una danza metálica. Pero el turanio no tenía la habilidad de Conan con la espada. A pesar de ello, la afilada hoja de la cimitarra del hyrkanio cortó un mechón de la negra melena de Conan cuando este se agachaba para esquivar un golpe. De inmediato, la larga espada de dos filos del cimmerio penetró en la malla de su contrincante, hacia un costado, y el capitán turanio cayó agonizando, con las costillas destrozadas.

La lucha terminó cuando los soldados vieron caer a su capitán. Se oyeron gritos pidiendo cuartel, y los turanios arrojaron sus armas, que formaron un enorme montón.

Conan observó la escena con un gesto de sombrío gozo. Había perdido una veintena de hombres, pero con la recompensa de capturar el único barco que los turanios tenían en condiciones de navegar. Eran varios los piratas que ya se dedicaban a la tarea de

liberar de sus cadenas a los esclavos remeros. Estos gritaban de alegría, tanto más cuanto que veían entre sus libertadores a antiguos amigos. Otros corsarios llevaron a los vencidos turanios en un grupo compacto hasta las bodegas.

Mientras cierto número de tripulantes piratas continuaban la tarea de liberar al *Estrella de Khoral* del banco de arena en el que había encallado, el navío pirata izó de nuevo las velas. Sus cubiertas estaban atestadas de hombres, ya que a su propia tripulación se agregaban los galeotes liberados y armados apresuradamente. El barco corsario se dirigió en línea recta hacia la presa de mayor tamaño.

En una taberna de Onagrul, baluarte secreto de los piratas del mar de Vilayet, voces perentorias pedían más vino. El líquido fresco y claro llenó la copa de Artus mientras los hombres pedían que les contara todo lo ocurrido. El canoso contramaestre bebió el vino con verdadera fruición y luego se limpió los labios con el dorso de la mano, al tiempo que observaba a su auditorio.

—Sí, amigos —dijo al fin—; ¡teníais que haber estado allí! La lucha fue gloriosa cuando tomamos la primera nave. Luego nos dirigimos hacia la *Cimitarra* de Yezdigerd. Debimos parecerles una horda infernal, pero a pesar de todo se dispusieron a rechazar el ataque. Cortaron los cabos de nuestros arpeos con las espadas y las hachas de combate, hasta que nuestros arqueros despejaron la cubierta cerca de la borda enemiga, y los garfios se volvieron a clavar en la madera. Entonces saltamos como un alud, siguiendo a Conan, y la lucha se generalizó con una violencia terrible. Todos los turanios de la nave almirante eran guerreros diestros y veteranos. En su mayoría pertenecían a la guardia personal de Yezdigerd, y luchaban bajo la mirada de su rey.

»Durante algún tiempo, el resultado de la batalla fue incierto, a pesar del feroz ataque de Conan, que cortaba las mallas y los brazos turanios como si fueran de madera podrida. El enemigo, sin embargo, mantenía una perfecta unidad ante nuestras embestidas, y nos veíamos obligados a retroceder como olas ensangrentadas frente a una costa rocosa.

»Luego escuchamos unos gritos de júbilo, pues algunos de los nuestros habían saltado entre los galeotes y, después de abatir a los cómitres, rompieron las cadenas que sujetaban a los remeros. Estos

irrumpieron en cubierta como una horda de lobos rabiosos. Se apoderaron de cuantas armas pudieron, y volcaron contra sus antiguos amos el inmenso odio que sin duda acumulaban en el alma. Sin la menor preocupación por sus vidas, nos empujaron a un lado y se precipitaron sobre los turanios. Algunos quedaron inmediatamente ensartados en las espadas y lanzas enemigas, pero otros trepaban sobre los cadáveres de sus compañeros para estrangular a los hyrkanios con las manos desnudas. Yo vi a un gigantesco galeote que utilizaba el cuerpo de un turanio como maza, y con él derribaba a los enemigos sobre cubierta. Por fin, el corpulento remero cayó con el cuerpo acribillado de flechas.

»Reinaba una gran confusión en la cubierta del *Cimitarra*. Las relucientes filas reales vacilaron. Conan lanzó uno de sus estentóreos y aterradores gritos de guerra, y volvió a atacar. Lo seguimos, dispuestos a vencer o a morir, y la lucha se convirtió en un infierno de violencia. Poco a poco fuimos aniquilando la resistencia, y desde la proa a la popa del barco, los imbornales no daban abasto para dar salida a la sangre que había en las cubiertas.

»Conan luchaba con la fiereza de un tigre. Su espada golpeaba con la contundencia del rayo, y los cadáveres se amontonaban a su alrededor como el trigo en torno al segador que empuña una guadaña. Intervenía allí donde la lucha era más enconada, y su presencia constituía siempre un terrible estrago para los hyrkanios. Con toda su fuerza salvaje, el cimmerio se dirigió hacia la popa, donde el propio Yezdigerd dirigía la defensa, rodeado de algunos hombres elegidos.

»El bárbaro desarticuló sus filas como un elefante a la carga. Los hombres caían bajo su espada como si fueran muñecos. Finalmente un grito de cólera surgió de labios de Yezdigerd, y el rey en persona saltó hacia Conan, para enfrentarse a él. Creo que Yezdigerd no había visto al cimmerio anteriormente, pues su sorpresa era evidente. Feroces juramentos surgieron de las bocas de ambos contendientes cuando iniciaron la lucha.

»“¡He visto tu mano en todo esto, maldito cimmerio! —aulló el rey turanio—. ¡Por Erlik que ahora recibirás tu merecido! ¡Vas a morir, perro bárbaro!”.

»Y diciendo esto, lanzó un terrible golpe contra la cabeza de Conan. Ningún hombre corriente habría podido esquivarlo o

detenerlo, pero Conan era superior a una docena de hombres. Con un impacto demoledor lo paró mediante un movimiento demasiado veloz para ser apreciado por la mirada.

»“¡Eres tú quién va a morir, chacal turanio!”, tronó el bárbaro. Durante unos momentos, cada uno de ellos atacó y detuvo los golpes del otro con la velocidad del rayo, mientras los demás dejaban de pelear para observar.

»Un poderoso golpe destrozó el escudo de Yezdigerd, y a continuación la brillante espada del cimmerio puso fin a la vida del rey.

»Al ver eso, los turanios se rindieron mansamente. No tomamos demasiados prisioneros, ya que las espadas habían cobrado un tributo estremecedor. De nuestros doscientos hombres, no quedaba más que la mitad, pero capturamos o dimos muerte a no menos de trescientos perros hyrkanios».

El contramaestre bebió más vino y luego tendió la copa para que se la volvieran a llenar. Durante la pausa, uno de los que escuchaban preguntó:

—¿Y qué fue de la mujer turania?

Artus se estremeció visiblemente, y con el ceño fruncido repuso:

—Ese fue el acontecimiento más extraño de aquel día memorable. Estábamos vendando las heridas de nuestros hombres y conduciendo a los prisioneros a las bodegas, cuando el cielo se nubló y un hálito de muerte pareció abatirse sobre todos nosotros. Las negras aguas se agitaron en torno a los barcos. El viento gimió en las jarcias como el lamento de un alma en pena, a pesar de que estábamos a sotavento de los acantilados de una de las islas.

»Alguien gritó y señaló hacia arriba. En el cielo aparecía un punto negro, que aumentaba rápidamente de tamaño. A primera vista parecía un pájaro o un murciélago. Luego se vio que era un ser fantástico y horrible, con apariencia de hombre, pero dotado de alas. Sosteniéndose en el aire, el engendro se mantuvo sobre la cubierta de popa y lanzó un alarido penetrante que nos dejó momentáneamente sordos.

»La mujer de Maypur, al oír aquel grito, salió de la cabina de popa, donde ninguno de nosotros había entrado todavía. En un abrir y cerrar de ojos, el monstruo se apoderó de ella y se la llevó aleteando lentamente sobre las sombrías aguas del canal. En unos

instantes, ambos se perdieron de vista y el sol volvió a brillar.

»Nos miramos unos a otros con el semblante muy pálido, preguntándonos qué podría haber sido aquello. De haber permanecido allí el endemoniado ser, estoy seguro de que todos hubiéramos saltado al mar para huir de él. Pero se marchó con tanta rapidez que no tuvimos tiempo para sentir los efectos del pánico. Teníamos miedo, y hasta el mismo Conan estaba blanco como la cera.

»"Ya he visto esa aparición anteriormente" —murmuró, pero no quiso explicar nada más.

»Algunos de nosotros sospechamos que el demonio había llegado para arrastrar a Thanara al infierno de los adoradores de Erlik. Pero otros, que se encontraban cerca de ella cuando el engendro se cernía sobre la popa, aseguraron que la mujer no había demostrado miedo, sino que parecía contenta, como si hubiera invocado la presencia del monstruo.

»Finalmente Conan sacudió la cabeza, como si regresara de un ensueño, y con voz potente ordenó que despojáramos a los enemigos muertos de los objetos de valor y que los arrojáramos por la borda, incluido el cadáver del rey Yezdigerd. Lo único que comentó del rapto de Thanara fue:

»"Dejad que esa condenada ramera escape con su espantajo. Yo no peleo contra mujeres, si bien hubiera querido desollarla por su traición".

»Y así terminó aquel día trascendental. Incendiamos la galera encallada y luego condujimos a la otra hasta aquí».

—¿Y dónde está Conan? —preguntó uno de los presentes—. ¿Volverá a ser nuestro jefe para aniquilar a los turanios del mar de Vilayet?

—¡Por desgracia no será así! —repuso el contramaestre—. El cimmerio mandó primero poner proa a la costa oriental. Dijo que estaba llevando a cabo una misión de vital importancia, y que se había detenido allí para ajustar cuentas con Yezdigerd. Uno de los esclavos liberados era un khitanio, y Conan se quedó hablando con él durante varias horas. Se refirieron a tierras remotas, situadas más allá de los montes Himelios. Si Khitai era su meta, sin duda iba detrás de algún fabuloso tesoro. De otro modo, ¿quién sería tan insensato como para dirigirse a esos países ignotos?

—¿Cómo no se lo llevó con él a un grupo de piratas? —preguntaron.

—Ese es otro misterio. Aseguró que había jurado viajar solo, y que, de otro modo, jamás podría llegar a alcanzar su objetivo.

»Lo desembarcamos en la costa oriental del mar de Vilayet, y el cimmerio se despidió de Rolf, el hombre del norte, con una emoción varonil. La tripulación, profundamente apesadumbrada, comenzó a entonar una triste canción de despedida, pero Conan levantó la voz, y con una serie de imprecaciones los hizo callar. Lo vimos desaparecer detrás de un montículo de arena en su misterioso viaje hacia peligros desconocidos.

»Rolf es ahora nuestro capitán; imposible encontrar otro más audaz y competente, si exceptuamos a Conan. Pues el cimmerio seguirá siendo el mejor capitán que haya navegado por estas aguas, aunque el mar de Vilayet se convierta en un desierto y las estrellas se caigan del cielo. ¡Bebo a su salud, y porque su empresa se vea coronada por el éxito!».

Todos acompañaron el brindis en el más absoluto silencio, lo que resultaba extraño tratándose de una taberna de piratas.

6. Traición en oriente

—¿Y cómo gobierna su Alteza Real, la Devi? —preguntó Conan al grueso tabernero mientras saboreaba el aromático vino de Vendhya.

Confiado en su disfraz de kshatriya, se había aventurado a entrar en la taberna no solo para calmar su sed, sino también para obtener alguna información acerca de la encantadora mujer cuyo imperio él había salvado tiempo atrás. Antiguos recuerdos volvieron a su memoria. En la mirada del cimmerio había una expresión lejana mientras escuchaba.

Aunque la taberna estaba casi vacía, el tabernero adoptó un aire cauteloso y se inclinó hacia adelante, para hablar en forma confidencial.

—Ah, la Devi Yasmina gobierna con sabiduría y mano firme, a pesar de que no tiene un consorte que la apoye. Pero la nobleza asegura que el trono necesita la presencia de un espíritu guerrero. Se rumorea que su primo, Chen-gir Khan, tiene la mirada puesta en el poder supremo, y también en la Devi. Hasta ahora, sin embargo, ella ha rechazado sus proposiciones, pero el sentir del pueblo no tardará en hacerla decidirse a dar ese paso. La dinastía debe perdurar; Yasmina tendrá que cumplir con sus deberes hacia el trono y hacia el país.

El rollizo verdugo echó una rápida mirada hacia la puerta, que estaba abierta. Se oyeron unos pasos pesados y un ruido de armas, y un grupo de soldados hizo alto frente al establecimiento. Llevaban escudos y espadas sobre la cota de malla. Con disciplina profesional, los soldados se detuvieron ante la orden de su jefe.

El veterano oficial entró en la taberna y, después de echar un rápido vistazo a los que estaban dentro, posó su mirada en la figura

de Conan y se dirigió hacia donde se hallaba el tabernero.

Habló con este en voz muy baja. Un par de botellas cubiertas de polvo pasaron por encima del mostrador. El oficial las guardó en una bolsa de seda que llevaba en la mano y, cumplida su misión, salió de un par de zancadas y dio una orden tajante. El destacamento se alejó con paso regular por donde había llegado.

Conan lanzó una mirada indiferente a la tropa cuando esta se marchaba. Tan solo pensaba en Yasmina, sola en su palacio, gobernando el reino sin la ayuda de un consorte real. Pero luego se encogió de hombros y se dijo que los problemas internos de Vendhya no eran de su incumbencia en ese momento.

Por el contrario, debía preocuparse de sus propios asuntos. Al día siguiente saldría de viaje hacia Oriente, en dirección a las estribaciones más cercanas de los montes Himelios, y para tan larga jornada tenía que estar bien descansado. Su colosal organismo podía resistir penalidades inconcebibles para un hombre civilizado, pero a pesar de ello, cuando se trataba de misiones peligrosas, el instinto del cimmerio lo impulsaba a descansar cuanto pudiera, como un animal de presa antes de una larga cacería.

—¡A ver, tabernero! —llamó Conan—. ¿Tienes una habitación para pasar la noche? Estoy exhausto. Estos viajes por el desierto agotan a cualquiera.

La noche de Oriente cubría a la ciudad de Ayodhya como un manto tibio y acariciador. Las estrellas brillaban con un esplendor de diamantes contra la negrura del firmamento, y la luna menguante se recortaba hacia el oeste. Antorchas y fogariles iluminaban las calles de la ciudad. De los palacios surgían risas, sonidos musicales y el rumor de pasos de danza, en tanto que de los templos se alcanzaba a oír el sonido austero de los batintines y las voces de los coros de creyentes.

Conan se despertó de repente, con los músculos en tensión, dispuesto a entrar en acción. Había oído un ruido en la puerta de su cuarto. Estaba tendido en su lecho, vestido tan solo con sus pantalones de seda. Entonces se puso en pie sin hacer ruido, como un lobo alerta, y desenvainó su espada.

Alguien hacía girar lentamente el picaporte. Cuando la puerta comenzó a abrirse, Conan se escondió detrás de ella. Entonces apareció una figura pequeña y cubierta de velos, que entró con aire

furtivo. El desconocido se detuvo, como asombrado de encontrar la habitación vacía.

Conan escuchó con atención. No alcanzaba a percibir ningún ruido en el pasillo; era evidente que el misterioso visitante había venido solo. Pero el propósito que lo guiaba era una incógnita para el cimmerio. Cualquier vendhyo que hubiese reconocido a Conan habría llevado con él a todos los centinelas de la ciudad. Eran muchos los kshatriyas que no habían olvidado al jefe de los bandidos de Ghor, aunque habían pasado bastantes años desde que este bajara de las montañas con sus hordas para saquear la ciudad.

El bárbaro no deseaba que la incógnita se prolongara por más tiempo. En consecuencia, salió súbitamente de detrás de la puerta y, con la rapidez de un relámpago, su mano derecha tapó la boca del desconocido, que poco después yacía sobre el lecho como un niño, a pesar de su desesperada resistencia.

—¿A qué has venido a este cuarto? —le preguntó Conan al desconocido, cuyos ojos lo miraron asustados—. ¡Habla de una vez, pero en voz baja!

Quitó la mano de la boca del cautivo y le apartó el velo del rostro. Tenía delante de él los labios llenos y la nariz recta y fina de una mujer vendhya. Con una voz que recordaba las campanillas de plata de los templos del país, la mujer repuso:

—Vine a buscarte para llevarte ante mi ama. Ella ha sabido de tu llegada y desea hablar contigo. Vístete y acompáñame ¡Deprisa!

Los ojos del cimmerio se entrecerraron con recelo.

—¿A qué viene semejante prisa, muchacha? ¿No puede tu ama dejar dormir en paz a un hombre, y hacerme llamar por la mañana?

—Durante el día, muchas personas del palacio de mi señora reconocerían a Conan de Ghor. Y ella no quiere verte descuartizado entre dos elefantes salvajes.

Al oír esto, el cimmerio se puso en guardia y preguntó:

—Conan de Ghor, ¿eh? ¿Cómo sabes quién soy? ¿Qué desea tu ama y quién es ella?

—No puedo responderte a eso, pero cuando salí del palacio me dijo: «Si duda, dile que la muchacha galzai del monte Yimsha desea pagarle las ropas que una vez le ofreció».

¡Yimsha! Los pensamientos de Conan retrocedieron trece años atrás, a los días tremendos en que había atacado a los malignos

brujos del Círculo Negro, y cuando había provisto a una chica de las ropas que compró (ayudándose de la punta de la espada, pero pagando las prendas con monedas) a una muchacha galzai que iba a buscar agua a un pozo. ¡La joven a la que había vestido era Yasmina en persona!

—Así, pues, tu ama es la Devi ¿verdad? —preguntó con un gruñido—. ¿Por qué no me dijiste esto desde el principio?

—En efecto, es la Devi, y desea verte. ¡Vamos, pronto!

Con la rapidez que daba la práctica, el cimmerio se vistió y se armó sin ayuda. La muchacha abrió en silencio la puerta y miró hacia afuera. Luego hizo un gesto a Conan, y ambos descendieron furtivamente las escaleras y salieron a la cálida noche estival.

El camino era sinuoso; avanzaban con toda cautela. No había duda de que eran ciertos los rumores acerca de intrigas que Conan escuchara en la taberna, ya que la joven se detenía a menudo para echar rápidas miradas por encima de su hombro. En varias ocasiones se desvió por estrechas callejuelas más oscuras que la misma noche, con el evidente propósito de confundir a posibles perseguidores.

En una de esas callejuelas, un enorme mastín de ojos brillantes se abalanzó sobre ellos con las fauces babeantes, desde una puerta entreabierta. Una rápida cuchillada del cimmerio dejó al perro sin vida sobre el empedrado. En otra ocasión apareció un grupo de hombres harapientos al final de la calle, bloqueándoles el paso. La blanca sonrisa de Conan y el aire decidido con que aferró su espada hicieron que los merodeadores —ladrones ocasionales, sin duda— se marcharan a toda prisa. Ningún otro peligro volvió a amenazarles por el camino.

Pronto concluyó el viaje. Se encontraron ante la elevada muralla que rodeaba el palacio real, cuyas altas torres se recortaban contra el cielo. El cimmerio percibió el aroma de las flores y de los frutos exóticos que había en los jardines interiores. La muchacha examinó la superficie del muro y finalmente presionó en dos salientes al mismo tiempo. Sin hacer el menor ruido, una parte de la pared se abrió hacia adentro, dejando ver un pasadizo tenuemente iluminado.

La muchacha avanzó delante mientras imponía silencio a Conan, llevándose el índice a los labios. La puerta secreta se volvió a cerrar

detrás de ellos, y Conan siguió a su guía con la mano derecha apoyada en la empuñadura de su espada. Estaba seguro de que Yasmina no pretendía hacerle ningún daño, pues en ese caso, no habría elegido esa forma de atraerlo. De todos modos, el cimmerio estaba alerta, como era habitual en él.

Subieron por una escalera de piedra, atravesaron oscuros corredores y se detuvieron finalmente ante una puerta. La muchacha observó a través de una mirilla que había a la altura de los ojos: luego empujó una palanca, y la puerta se abrió. Al entrar, la muchacha le dijo:

—Espera aquí, mi señor, y le diré a mi ama que has llegado.

La joven salió de la habitación con paso presuroso, en tanto que Conan se encogía de hombros y echaba un vistazo distraído al cuarto en el que se encontraba.

Este estaba lleno de los ricos objetos propios de un monarca oriental. Había hermosos tapices de seda, copas y frascos incrustados con piedras preciosas y muebles de ricas maderas. Pero todo ese lujo estaba realzado por un gusto exquisito. Conan advirtió que se trataba del cuarto de una mujer, ya que a un lado se veía un tocador con su costoso espejo turanio. Encima estaban dispuestos algunos frascos de jade, plata y oro, que seguramente contenían preciosos ungüentos de Oriente. La presencia femenina se advertía asimismo en el esplendor de un gran lecho con sus cortinas de seda, que colgaban de un dosel de rico paño shemita.

Conan asintió con la cabeza, como aprobando la calidad y el gusto de lo que observaba. Aunque era un curtido guerrero, sus días como rey le habían enseñado a rodearse de un ambiente cómodo, aunque no excesivamente opulento. Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando escuchó un ruido a sus espaldas. Giró rápidamente con la mano en la empuñadura de la espada, pero enseguida se contuvo.

Quien acababa de entrar era Yasmina. Cuando la vio por primera vez, ella estaba en su tierna juventud; tenía apenas veinte años. Ahora, trece años después, era una hermosa mujer madura. La sabiduría con la que gobernaba su país se reflejaba en su mirada, pero el ajustado vestido de seda que llevaba revelaba que la figura juvenil de antaño se había convertido en el cuerpo deseable de una mujer en la flor de la vida. Era tal la belleza de formas de aquel

cuerpo, que muchos poetas se hicieron famosos describiéndolo. De haber sido vendida en el mercado de esclavas de Sultanapur, sin duda hubieran dado por ella mil monedas de oro. El bello rostro de Yasmina se llenó de alegría; se detuvo a un par de pasos del cimmerio y murmuró, con los brazos entreabiertos:

—¡Mi caudillo de las montañas, has vuelto!

Conan sintió que la sangre le latía en las sienes cuando se adelantó y tomó a la mujer en sus brazos. Mientras estrechaba el cálido y esbelto cuerpo de Yasmina contra el suyo, ella agregó:

—Nadie nos molestará, mi adalid. He ordenado a los centinelas que se retiren esta noche. La entrada a este cuarto está bloqueada con fuertes cerraduras. ¡Ámame, mi adalid! Durante trece años anhelé sentir tus brazos alrededor de mi cintura. No he vuelto a ser feliz desde que nos separamos, después de la batalla del valle de Femesh. ¡Tómame en tus brazos, y haz que esta sea una noche que ninguno de los dos podamos olvidar jamás!

En otro lugar del palacio había cinco hombres sentados en una habitación ricamente amueblada. De vez en cuando tomaban unos sorbos de la bebida que contenían unas jarras de oro, mientras escuchaban a uno de ellos, un individuo alto y de piel morena.

—¡Ahora es el momento! —decía este—. ¡Esta noche! Acabo de saber que Yasmina ha mandado retirar a la veintena de centinelas que siempre protegen sus habitaciones. Seguramente habrá sido el capricho de una mujer, pero servirá a la perfección para nuestros fines.

—Mi señor Chengir —dijo otro de los presentes—. ¿Es realmente necesario matar a la Devi? Yo he combatido contra las tropas turanias en la frontera, y me abrí paso entre los montañeses en las celadas que nos tendieron, pero no me complace la idea de matar a sangre fría a una mujer.

El hombre de elevada estatura sonrió, y luego dijo con firmeza:

—Tampoco a mí me seduce el asunto, Ghemur, pero es indispensable para los intereses de Vendhya. El país necesita aires nuevos, nuevas conquistas que aumenten nuestro poderío. La Devi ha debilitado la fibra de nuestra nación con su pacífico gobierno. Nosotros, que siempre fuimos una raza de guerreros, ahora perdemos el tiempo supervisando la construcción de caminos y embalses para beneficio de las sucias castas inferiores. Es menester

que ella muera. Luego, yo, como sucesor de la corona, guiaré a los kshatriyas a nuevas conquistas. Forjaremos un gran imperio a costa de Khitai, de Uttara Kuru y de Turan. Correrá la sangre, y barreremos a los ariscos montañeses de los montes Himelios. ¡Todo Oriente se estremecerá ante el empuje de nuestra embestida! Día y noche, las caravanas de camellos cargados con el rico botín llegarán a Ayodhya. ¿Estáis dispuestos a seguirme?

Cuatro espadas curvas se deslizaron en parte fuera de sus vainas doradas, y un murmullo de asentimiento general se dejó oír en la habitación. El príncipe les hizo una señal para que guardaran silencio.

—No tan alto, amigos míos —dijo—. Recordad que casi todo el mundo es leal a Yasmina. Son pocos quienes tienen nuestra visión de futuro. Si iniciamos una rebelión abierta, las tropas y el pueblo nos harán pedazos. Pero si ella muere asesinada en secreto… Claro está que yo, su primo y heredero, me aplicaré con diligencia a buscar a los malvados criminales. Tal vez mande ejecutar a un par de víctimas propiciatorias… después de haber ordenado que les corten la lengua. Después de un adecuado período de luto, reuniré mis ejércitos y atacaré hacia el norte y el este. ¡Mi nombre aparecerá en la historia junto al de los grandes conquistadores de la antigüedad!

Los ojos del príncipe brillaban de excitación. Se puso en pie con una actitud imperiosa y agregó:

—Y ahora, amigos, empuñad vuestras armas y cubrios con las máscaras. Vamos hasta las habitaciones de Yasmina por un pasadizo secreto. ¡Nuestro deber con el reino se habrá cumplido antes de una hora!

Después de decir esto, cinco nobles enmascarados salieron de la habitación, dispuestos a degollar a una mujer indefensa.

La tenue luz de las estrellas se filtraba en el interior de la alcoba de la reina cuando Conan se despertó por segunda vez aquella noche. Sus sensibles oídos habían captado un sonido suave, casi inaudible. Cualquier hombre corriente, de haberlo escuchado, lo habría atribuido a las ratas o al viento y, después de volverse en el lecho, hubiese vuelto a conciliar el sueño.

Pero Conan no era de esos. Se despertó completamente al instante, y decidió investigar. Su instinto de hombre bárbaro estaba

exacerbado. Mientras que con la mano derecha buscaba la espada y la sacaba de su vaina, con la izquierda apartaba un poco las cortinas del dosel del lecho y echaba un vistazo a la habitación. Yasmina dormía con una suave sonrisa en los labios.

El cimmerio no necesitó ver siquiera el acero en las manos de las cinco figuras sombrías, levemente dibujadas contra los ventanales, para comprender que se hallaba ante un peligro mortal. Los hombres enmascarados no suelen entrar de modo furtivo en la alcoba de su reina, a menos que tengan intenciones siniestras. Conan se agazapó como un felino, con la espada en la mano y la ira en el corazón.

Los asesinos se acercaron aún más y levantaron las dagas, dispuestos a asestar las cuchilladas que colocarían a un nuevo monarca en el trono de Vendhya.

Uno de ellos fue a apartar las cortinas del lecho, cuando el cimmerio entró en acción con la rapidez del pensamiento. Dio un salto felino, y el hombre que estaba más cerca cayó malherido antes de que los demás se hubieran recuperado de la sorpresa. Su espada atacó con la rapidez de una cobra. Con un chasquido metálico se hundieron el casco y la cabeza de otro atacante. El cimmerio empujó el cuerpo inerte contra los que venían detrás, cortando así su embestida. Enseguida paró con la espada un mandoble que dirigía a sus piernas uno de los que habían eludido el cadáver de su compañero. De un terrible revés, el bárbaro puso fuera de combate al primer atacante, que cayó al suelo mientras el asesino se desplomaba hecho un ovillo.

Conan se abalanzó sobre los dos restantes, y estos se defendieron con sus sables, con la certeza de que en ello les iba la vida. Una cólera demencial brillaba en los ojos del bárbaro cuando hacía llover poderosos golpes y saltaba de un lado a otro para evitar que lo sorprendieran desde distintas direcciones.

—Conque tratando de matar a una mujer en su lecho, ¿eh, chacales? —dijo el cimmerio con un gruñido burlón—. ¡Cobardes! ¡Perros! Cualquier traidor estigio es un valiente luchador a vuestro lado. ¡Pero esta noche no se derramará más sangre que la vuestra, malditos!

La hoja de Conan brillaba como un haz de luz mortal. Un terrible mandoble acabó con uno de los enmascarados adversarios.

El único que quedaba, retrocedió hasta una pared.

Yasmina, para entonces completamente despierta, se puso en pie junto al lecho, observando la pelea con la respiración contenida. De pronto lanzó un grito de terror, al ver que Conan resbalaba en la sangre que había en el suelo y caía de bruces sobre uno de los cadáveres.

El enemigo saltó hacia adelante con un brillo maligno en los ojos oscuros. Levantó la espada mientras Conan se volvía para incorporarse y se hallaba a merced de su atacante. De improviso, el conjurado abrió la boca, lanzó un quejido y, después de trastabillar, se desplomó emitiendo un siniestro gorgoteo.

Detrás de él se veía la esbelta figura de Yasmina. De la espalda del kshatriya muerto sobresalía la empuñadura de la daga que ella le había clavado, justo a tiempo para salvar la vida de su amante.

Conan se libró de la capa en la que se había enredado y se puso en pie. Estaba cubierto de sangre desde la cabeza a los pies, pero sus ojos azules brillaban con el fuego indomable de siempre.

—He tenido suerte con que fueras rápida con el cuchillo, muchacha —dijo el cimmerio—. De no ser por ti, a estas horas le estaría haciendo compañía a esos caballeros. ¡Por Crom que ha sido una espléndida pelea!

La respuesta de Yasmina estaba llena de femenina ansiedad.

—¡Estás sangrando, mi adalid! —exclamó—. Ven conmigo, y curaré tus heridas.

—No son más que unos arañazos —repuso Conan con aspereza, limpiándose la sangre con el turbante de uno de los asesinos muertos—. Algún precio debía tener la derrota de esos bribones.

—También yo debo agradecer a los dioses que estuvieras conmigo. De no haber sido así, habrían conseguido el fin que perseguían —dijo la Devi, con voz vibrante a causa de la emoción, y agregó—: ¡Jamás pensé que planearan asesinarme! El pueblo considera justo mi gobierno, y tengo el respaldo de las tropas de la mayor parte de la nobleza. Tal vez Yezdigerd de Turan ha enviado a algunos sicarios enmascarados a mis habitaciones para quitarme de en medio.

—Yezdigerd no volverá a molestarte —aseguró el cimmerio—. Ha muerto. Lo maté en su propio barco. Pero veamos quiénes son estos. Quítales las máscaras.

La Devi arrancó el antifaz que cubría el rostro del hombre al que ella había apuñalado y retrocedió, llena de asombro y espanto.

—¡Chengir, mi primo! —exclamó—. ¡Ah, negra traición que enloquece a los hombres! ¡Mañana rodarán cabezas por esto!

Yasmina agitó sus oscuras trenzas como las plomas de un cuervo, y sus ojos se volvieron hacia el inescrutable rostro del cimmerio.

—Sé que necesito a un hombre a mi lado —dijo—. ¡Gobierna Vendhya conmigo como consorte, Conan! Mañana anunciaremos nuestros esponsales, y dentro de un mes se celebrará nuestra boda, con unas ceremonias y festejos como no ha visto jamás el país desde hace un siglo. Yo te amo. ¡Comparte mi suerte, adalid mío!

Ella lo abrazó apasionadamente, apretando su cuerpo esbelto y joven, contra el vigoroso cuerpo del cimmerio, mientras cubría sus labios de besos. El bárbaro sintió que su razón vacilaba, pero finalmente sacudió la cabeza y apartó con suavidad a la mujer, manteniéndola alejada.

—Bien sabe Crom, muchacha, que me haces una oferta tentadora —dijo—. He visto pocas mujeres tan hermosas como tú, además de ser tan sensata. Cualquier hombre bendecido con tu mano en matrimonio puede considerarse el favorito de cien dioses. Hace diez años, cuando era un soldado errante, sin duda habría aceptado. Pero ahora no puedo hacerlo. Ahora tengo mi propio reino, el de Aquilonia, en Occidente, que es la nación más poderosa del mundo. También estoy casado, pero un hechicero maligno de Khitai ha raptado a mi esposa, y he jurado no descansar hasta rescatarla. No sería un hombre si no mantuviese ese juramento. Cásate con alguno de tus súbditos. Todos ellos se sentirán más satisfechos gobernados por un rey de su propia raza. Yo debo partir mañana hacia los montes Himelios.

Los ojos de Yasmina se cubrieron de un velo brillante cuando miró al cimmerio llena de amor.

—Los dioses dan la felicidad, pero la quitan pronto —dijo con resignación—. Tal vez así debe ser, pues de lo contrario, la dicha sería continua y dejaríamos de apreciarla en todo su valor.

Luego sus ojos se aclararon, y una sonrisa picara y burlona afloró a sus labios.

—Te irás mañana, sí —agregó—, pero aún nos quedan varias

horas hasta el amanecer. ¡Pasémoslas de un modo más provechoso que en ociosa charla!

Se volvieron a estrechar en un fiero abrazo, mientras tas estrellas resplandecían con un brillo helado en los ojos sin vida de los fracasados asesinos.

7. El demonio de las nieves

El hombre se inclinó en silencio sobre el sendero cubierto de nieve. Estaba agazapado y sus ojos examinaban el suelo, mientras aspiraba el aire con las aletas de la nariz distendidas, como un sabueso al acecho. Ningún hombre había estado antes en el lugar que él rastreaba. O, al menos, ninguno estuvo allí y regresó para contarlo. En los helados páramos de la zona superior de los montes Himelios había niebla y hacía un frío intenso.

Zelvar At estaba cazando solo cuando dio con las extrañas huellas en la nieve. Eran unas pisadas grandes, que aplastaban la nieve con fuerza, a intervalos de más de un metro, poniendo de manifiesto el gran tamaño del ser que las había impreso. Zelvar At jamás había visto algo parecido, pero en su memoria despertaron los recuerdos de espantosas leyendas relatadas al amor de la lumbre por ancianos de barba blanca, durante las veladas invernales.

Con el arrojo digno de un ser primitivo, el cazador desechó todo vestigio de temor. Era cierto que se hallaba solo y a varias jornadas de distancia de su hogar, pero ¿acaso no era el mejor cazador con que contaban los wamadzi? La doble curva de su poderoso arco hyrkanio le infundió valor mientras seguía rastreando.

Avanzó con paso felino por el sendero, y no vio señal alguna ni oyó ruidos que lo hicieran detener. Las blancas laderas se extendían hacia arriba con la espléndida magnificencia de la nieve que las cubría. En la distancia podían verse las cumbres de otras elevadas montañas. Por ninguna parte se apreciaba la menor señal de vida, pero una sensación helada le hizo sentir un estremecimiento. Tuvo la certeza de que algo horrible había surgido desde un lugar oscuro y remoto para amenazar su vida. Giró rápidamente, y su atezada mano empuñó la pesada daga zhaibar.

Entonces la sangre se le heló en las venas. Sus ojos se abrieron

aterrados al ver la gigantesca forma blanquecina que se deslizaba hacia él sobre la nieve. No podían apreciarse facciones humanas en la blanca cara de esa horrible figura, que recordaba a la de un hombre. La cosa se deslizó y se acercó a su petrificada víctima. Esta reaccionó lanzando un grito de terror y blandiendo su espada. Entonces los brazos helados rodearon con fuerza destructora el cuerpo de Zelvar, y otra vez reinó el más absoluto silencio sobre la vasta planicie nevada.

—¡Por el dios del trueno que resulta grato estar de nuevo entre los montañeses!

Estas palabras fueron subrayadas con un fuerte golpe asestado sobre la mesa con un hueso de vaca a medio devorar. Había una veintena de hombres reunidos en la gran cabaña del jefe de los khirgulis. Eran jefes de las aldeas vecinas y notables de la tribu khirguli. Individuos salvajes y fieros que vestían los largos chaquetones de piel de oveja de los montañeses y llevaban botas de cuero. A través de los chaquetones entreabiertos se podía ver el esplendor de los anchos cintos bakkhariotas y las dagas de puño de marfil.

La figura principal, sin embargo, no era allí la de un montañés. Conan el Cimmerio, sentando en el lugar de honor, era el centro de la atención general. El relato que acababa de contar era largo y absorbente, ya que habían transcurrido diez años desde que sus pies pisaran por última vez los sinuosos senderos de los montes Himelios.

—Sí, tengo la seguridad de que, de ahora en adelante, los turanios no van a molestaros —aseguró Conan, y sus ojos azules centelleaban al contar sus experiencias pasadas—. Yo maté a Yezdigerd en la cubierta de su nave almirante, cuando la sangre de sus hombres me llegaba hasta los tobillos. Su vasto imperio se fragmentará pronto debido a las querellas entre los shas y los aghas, o reyezuelos locales, puesto que no hay sucesor al trono.

El jefe montañés, un hombre de barba canosa, suspiró y dijo:

—De todos modos, ya habíamos visto pocos turanios desde el día en que tú con tus afghulis y la Devi Yasmina con sus kshatriyas derrotasteis a sus huestes en el valle de Femesh. Tampoco nos han atacado los nativos de Vendhya; mantenemos una tregua tácita desde aquel día, y no realizamos incursiones a sus cuevas y puestos

fronterizos. Casi puedo decir que siento nostalgia de los viejos tiempos, cuando lanzábamos una lluvia de piedras sobre los cascos de nuestros enemigos y tendíamos trampas a sus lanceros en cada uno de los desfiladeros de la montaña.

Conan sonrió con aire nostálgico, pero su pensamiento voló enseguida a su reciente visita a Vendhya. No era fácil liberarse de la imagen de una mujer esbelta, de ojos rasgados y negra cabellera. Recordaba a Yasmina junto a la muralla de su palacio, agitando un velo de seda mientras él se alejaba en dirección a las brumosas montañas.

Uno de los jefes, un individuo barbudo y de notable corpulencia, carraspeó y dijo:

—Tenemos entendido que tu viaje sé debe a motivos importantes y urgentes, Conan. Sin embargo, es mejor que sigas nuestro consejo y rodees la región de los montes Talakmas. Cosas extrañas y terribles han ocurrido allí. Se asegura que los demonios de las nieves de los antiguos mitos vuelven a merodear por aquella zona.

—¿Quiénes son esos demonios de las nieves, capaces de infundir temor en el recio corazón de los hombres de Ghulistán? —preguntó el cimmerio.

El jefe que había hablado se inclinó hacia adelante y dijo, con un estremecimiento en la voz:

—Seres infernales surgidos de los abismos oscuros que rondan las planicies nevadas de los Talakmas. Se han encontrado hombres con el cuerpo destrozado y mutilado por algún ente de una fuerza y una ferocidad espantosas. ¡Pero lo más horrible de todo es que cada uno de los cadáveres encontrados, por reciente que fuese su desaparición, estaba helado hasta la médula de los huesos! ¡Los miembros y los dedos se habían vuelto tan quebradizos que se rompían como carámbanos al menor contacto!

—Os agradezco vuestra advertencia —repuso Conan con tono sombrío—, pero no puedo rodear la zona de los Talakmas. Ello supondría dos meses más de viaje, y debo avanzar por el camino más corto. Mi tiempo es escaso.

Todos protestaron, tratando de disuadirlo, pero fue en vano. La estentórea voz del bárbaro se sobrepuso a las de los demás. Después todos se quedaron en silencio.

A continuación, el cimmerio se dirigió hacia un cuarto en el que había un lecho cubierto de gruesas pieles, y se tendió en él, mientras sus compañeros comentaban el hecho con pesar, moviendo la cabeza de un modo significativo.

El viento aullaba lúgubremente mientras Conan avanzaba a través de la extensión nevada. Las ráfagas arrojaban puñados de nieve a su rostro, castigado por el frío. De su hombro colgaba un morral en el que llevaba alimentos suficientes para un prolongado viaje por las gélidas tierras. Le habían proporcionado principalmente carne seca y pan de centeno. Su respiración se condensaba en una ancha nube de vaho ante su rostro.

Había caminado ya durante varios días por aquella zona, desplazándose por la nieve con el paso largo y fácil de los montañeses, que les permite salvar grandes distancias en un tiempo relativamente corto. Por la noche dormía en rudimentarias excavaciones que practicaba en la nieve con la pala que llevaba con ese fin. Al llegar el alba, emprendía nuevamente la marcha con paso rápido. Hondos abismos se abrían a sus pies. En ocasiones los salvaba con un salto prodigioso de sus musculosas piernas. Otras veces efectuaba un amplio rodeo, o debía descender por medio de una cuerda, para luego subir por el talud opuesto.

La blanca planicie estaba casi totalmente desprovista de seres vivientes. En una ocasión se encontró con un leopardo de las nieves, y el animal lo atacó, espoleado por el hambre, pero el cimmerio clavó su daga en el cuerpo del felino, que cayó al suelo entre convulsiones. Allí quedó el cuerpo de hermosa piel, rígido bajo el frío eterno.

En ese momento, el viento había amainado y Conan se detuvo un instante; se quitó las partículas heladas del rostro y lanzó una mirada a su alrededor. Se encontraba rodeado por interminables llanuras nevadas interrumpidas tan solo por enormes abismos y por picos de considerable altura. Justamente delante suyo, pero muy lejos, alcanzaba a distinguir unas montañas que prometían el final de aquella dura etapa de su viaje.

Los agudos ojos azules del cimmerio observaron entonces algo más. Conan avanzó lleno de curiosidad, para investigar. Se detuvo un momento y examinó las extrañas huellas que habían llamado su atención. A diferencia de las pisadas que viera por aquellos

contornos, estas se parecían un poco a las del oso. Pero no existían osos de semejante tamaño y, además, en las huellas no se observaban marcas de garras. Sin duda habían sido hechas recientemente, pues el viento aún no había rellenado los huecos de nieve. Se dirigían hacia un promontorio de hielo alto y aislado que no estaba lejos de allí. Conan siguió el rastro con la cautela de una pantera al acecho.

Ni siquiera la rapidez del cimmerio le sirvió para evitar la monstruosa forma blanca que súbitamente se abalanzó sobre él. Tuvo una visión fugaz de unos miembros deformes y de una horrible cabeza sin rostro. Luego me lanzado al suelo con violencia y sintió que se le cortaba la respiración.

Debido a una reacción instintiva del cimmerio, los incoloros brazos no habían llegado a rodearlo por completo. Aunque lo aferraron con una fuerza titánica, Conan pudo revolverse y extraer la daga de su cinto.

Luego acuchilló a su enemigo con la afilada hoja, pero hasta su fuerza descomunal era como la de un niño, comparada con el poder demoníaco del monstruo. Y entonces un rostro de pesadilla, en el que no se apreciaba ningún rasgo, se inclinó hacia adelante, como si quisiera mirarlo directamente a los ojos. Un frío abismal comenzó a envolver al cimmerio, que sintió que su mente se embotaba rápidamente. Fuerzas extrañas actuaban sobre lo más hondo de su cerebro. Gotas de sudor helado perlaron su frente.

Un hombre más débil habrá sucumbido sin remedio ante aquel poder abrumador y maligno, pero el barniz civilizado formaba una capa muy superficial en el acervo del cimmerio, y sus instintos de bárbaro se sobrepusieron inmediatamente. Con rápidos reflejos, sus músculos se contrajeron en un esfuerzo sobrehumano. Liberó su mano izquierda, que estaba sujeta por la presión férrea de aquel ser demoníaco, y aplastó el puño contra el informe rostro que tenía delante.

Al primer golpe, el monstruo lanzó un grito agudo y ululante, y aflojó la presión de sus manos.

¡El anillo!

¡El anillo de Rakhamon, el regalo con desconocidos poderes mágicos que le había hecho Pelias y que ahora Conan llevaba puesto en el anular de la mano izquierda! ¡Un arma mortífera

contra aquel monstruo de las gélidas tinieblas, que arrancaba el alma a los hombres y dejaba su cuerpo destrozado, helándose sobre la nieve!

Conan golpeó de nuevo, y ahora el grito se convirtió en un alarido insoportable, mientras la horrenda figura blanca retrocedía con violencia para escapar al invencible influjo de la sortija. Con un salvaje gruñido de satisfacción, el cimmerio se abalanzó sobre el monstruo. ¡Ahora era él quien atacaba! Utilizando como arma las puntas afiladas del anillo, desgarró salvajemente la blanca forma.

De la zona facial del engendro surgió un bramido estremecedor. Luego el monstruo echó a correr sobre la nieve, mientras de sus heridas fluía un líquido blanquecino que se confundía con la nieve.

Conan lo persiguió como un espíritu vengativo. Los pasos del monstruo lo llevaron hasta el borde de un abismo, donde se detuvo, vacilando y estremeciéndose. El bárbaro atacó implacable con el anillo, y el ser de pesadilla retrocedió aún más, dando alaridos. Durante un momento el monstruo se tambaleó, tratando de conservar el equilibrio en el borde del abismo. Entonces el borde helado cedió, y la cosa se precipitó en las tinieblas con un lamento interminable.

El cimmerio sacudió su melena como un león después de la caza.

—Pelias me entregó un poderoso amuleto —murmuró—. Y ese demonio de las nieves ha sido devuelto a su morada infernal. Ahora será mejor que me dé prisa, si quiero llegar mañana a las primeras estribaciones de las montañas.

8. El dragón de Khitai

Las tierras áridas y arenosas que rodeaban el desierto de Wuhuan, tan solo cruzadas por dispersas bandas de nómadas, habían quedado atrás, y ahora el cimmerio avanzaba por terrenos pantanosos. Aves acuáticas se alzaban en densas nubes desde las lagunas de agua estancada. Búfalos furiosos y con ojos inyectados en sangre chapoteaban y gruñían entre los altos juncos. Tigres que perseguían a su presa lanzaban cortos pero estremecedores rugidos. Bandadas de insectos chupadores emitían su monótono zumbido. Conan debió poner en práctica todos sus conocimientos de las zonas pantanosas, adquiridos en las selvas de Kush y en los pantanos que rodeaban el mar de Vilayet, para poder cruzar aquellos inhóspitos parajes. A tal fin, improvisó una balsa de bambú y se confeccionó un calzado especial, hecho con juncos.

Donde terminaban los pantanos, comenzaba la selva. Esta no resultó mucho más fácil de cruzar. La larga y pesada daga de Conan estaba en constante movimiento, ayudándole a abrirse paso a través de la densa vegetación. Pero los músculos de hierro y la inquebrantable voluntad del gigantesco bárbaro no flaquearon un solo instante. Aquella zona había sido en un tiempo rica y civilizada; entonces la cultura occidental estaba aún en sus comienzos. En numerosos lugares Conan encontró ruinas de templos, de palacios y hasta de ciudades enteras, muertas o desaparecidas desde hacía miles de años. Los huecos oscuros de las ventanas parecían mirar al cimmerio como las cuencas de antiquísimas calaveras. Plantas trepadoras rodeaban el desgastado contorno de estatuas que habían representado a dioses exóticos y sobrehumanos. Bandadas de monos chillaban irritados ante la presencia fugaz de aquel intruso en sus dominios cubiertos por la densa vegetación.

Después la selva pareció fundirse en suaves llanuras onduladas, donde pastores de piel azafranada cuidaban de sus rebaños. Por todas aquellas tierras, cruzando indistintamente montes y valles, se extendía la Gran Muralla de Khitai. Conan la observó con un gesto sombrío. Ayudado por un millar de guerreros aquilonios provistos de arietes y catapultas, habría abierto una amplia brecha en aquella larga pero estática defensa de piedra.

Pero él no disponía de esos soldados, ni de los aparatos de asedio. A pesar de todo, estaba obligado a atravesar la muralla. Así, pues, una noche oscura en que la luna aparecía oculta por un manto de nubes, escaló la pared por medio de una cuerda y dejó a un guardia sin sentido con un fuerte golpe propinado en el casco. Luego avanzó por las praderas con el incansable andar de los hombres bárbaros, que les permitía salvar grandes distancias entre breves períodos de descanso.

De nuevo comenzaba el terreno selvático, si bien ahora se advertían señales de la presencia del hombre que Conan no observara en otras selvas de difícil penetración. En la espesura había estrechos senderos, ocultos a medias entre los bambúes que los flanqueaban. Bejucos y enredaderas trepaban por los troncos, en cuyas copas cantaba sin cesar una multitud de aves multicolores. De lejos llegaba a veces el rugido de algún felino.

El cimmerio siguió adelante por el sendero, como un animal nacido en la selva. Por los datos que le proporcionara el esclavo khitanio liberado después del combate del mar de Vilayet, dedujo que ahora se encontraba en la selva cercana a la ciudad-estado de Paikang. El khitanio le dijo que se tardaba ocho días en atravesar aquel cinturón boscoso. Conan esperaba hacerlo en cuatro días. Gracias a su inmensa vitalidad de bárbaro, podía realizar proezas que resultaban inalcanzables para otros seres humanos.

Ahora su meta consistía en llegar a una aldea. Las gentes de la selva vivían aterrorizadas por el cruel gobernante de Paikang. En consecuencia, el cimmerio esperaba encontrar personas amistosas que le indicaran la forma de llegar hasta la gran ciudad de Khitai.

El ambiente sobrenatural de la selva, formada en aquella zona casi exclusivamente por altos bambúes, pesaba sobre Conan con una fuerza casi tangible. Inexplorada en su mayor parte, con excepción de los senderos y de algunos claros, aquella espesura parecía

contener la respuesta a los misterios de épocas ancestrales. Un halo enigmático rodeaba los brillantes tallos de los bambúes, que crecían con una increíble profusión. Las tradiciones más arcaicas de aquellas tierras se remontaban a tiempos muy anteriores a la fecha en que la cultura diera sus primeros pasos en Occidente. Y desde entonces eran vastos y antiguos los conocimientos acumulados por los filósofos, hechiceros y artesanos khitanios.

Sobreponiéndose a la influencia deprimente de la selva, el cimmerio aferró con más fuerza la empuñadura de su daga. Sus pies avanzaron en silencio sobre el colchón de hojas caídas. Sus sentidos estaban alerta, como los del lobo que se interna solo en los terrenos de caza de una manada enemiga. Entonces oyó un rumor entre las hojas, y vio una víbora de gran tamaño y piel grisácea que echaba hacia atrás la cabeza desde su escondite. Con los colmillos desnudos y babeantes, el reptil atacó sin vacilar. En ese mismo instante brilló el acero en la mano del cimmerio. La daga cercenó con su filo la cabeza del ofidio, que se retorció en las convulsiones de la agonía. Conan limpió sombríamente la hoja de su arma y siguió avanzando.

Luego se detuvo súbitamente. Permaneció inmóvil, aguzando el oído y con las ventanas de la nariz ensanchadas, a fin de percibir hasta el más tenue olor. Había oído un ruido metálico, y ahora llegaba hasta él un rumor de voces.

Siguió avanzando rápida, pero cautelosamente. El sendero se desviaba de repente unos cien pasos más adelante. En ese recodo, su aguda vista halló la causa de los ruidos que había oído.

En un pequeño claro, dos khitanios de piel amarilla y complexión robusta ataban a una muchacha de piel bronceada a un árbol. A diferencia de la mayor parte de los orientales, aquellos individuos eran altos y corpulentos. Sus corazas, de escamas recubiertas de laca, y sus grandes cascos brillantes, les daban un aspecto siniestro y exótico a un tiempo. De sus costados colgaban anchas espadas curvas, dentro de sus vainas de madera lacada. La crueldad y la brutalidad se reflejaban en sus rostros.

La muchacha se retorcía bajo la férrea tenaza de sus captores y lanzaba plañideras quejas en el tono cantarino que caracterizaba a la lengua de Khitai. Conan había aprendido algunos rudimentos de aquel idioma durante su juventud, cuando sirvió al rey de Turan como mercenario, y por ello pudo comprender lo que decía la

joven. Esta era una mujer de una extraordinaria belleza oriental de ojos rasgados.

Pero sus lamentos no producían ningún efecto sobre sus implacables captores, que siguieron con su tarea. El cimmerio sintió que lo invadía la ira. Sin duda se hallaba ante uno de los crueles sacrificios humanos que él había contribuido a hacer desaparecer del mundo occidental, pero que todavía eran comunes en Oriente. La sangre le hirvió en las venas al ver el modo en que se abusaba de aquella muchacha indefensa, y sin pensarlo dos veces, salió de su escondite con una embestida de toro, empuñando la espada.

El ruido de la hojarasca bajo los pies del cimmerio llegó hasta los oídos de los soldados khitanios, que giraron en redondo. La mirada de ambos reflejó evidente sorpresa, pero desenvainaron con rapidez las espadas y se dispusieron a detener el ataque del desconocido bárbaro con arrogante confianza. No dijeron una sola palabra, pero la muchacha exclamó con voz alterada:

—¡No intentes salvarme! ¡Huye! ¡Estos son los espadachines más diestros de Khitai, y pertenecen a la guardia de Yah Chieng!

El nombre de su enemigo llenó de una furia aún mayor el corazón del cimmerio que, furioso, se abalanzó sobre los orientales como un león.

Se trataba, sin duda, de los hombres más diestros con la espada entre todos los khitanios, pero ante la ira de Conan parecían briznas de paja a merced de un huracán. La hoja del bárbaro ejecutó una fulgurante danza mortal ante los ojos atónitos de los dos soldados. Conan hizo una finta y luego golpeó, aplastando la coraza y los huesos de un hombro con el filo de su endemoniada arma. El primer soldado amarillo se desplomó agonizando.

El otro, silbando entre dientes como una serpiente, sacó fuerzas de su desesperación y se lanzó a un fiero ataque. Ninguno de los dos combatientes parecía dispuesto a ceder. Sus espadas chocaron con un estruendo metálico, hasta que el sable del khitanio, de inferior calidad, se quebró sonoramente ante la flexible fortaleza del acero himelio de Conan, que había sido forjado por un diestro armero khirguli. Conan atravesó de un solo golpe la armadura lacada y el corazón de su enemigo.

Muda de espanto, la muchacha cautiva había seguido la lucha con los ojos desorbitados. Cuando el cimmerio irrumpió desde la

espesura, creyó que se trataba de uno de sus parientes o amigos, que realizaba un intento descabellado por rescatarla.

Ahora comprobaba que era un *cheng-li*, es decir, un extranjero de piel blanca, originario de las tierras exóticas situadas más allá de la Gran Muralla y del desierto de Wuhuan. ¿Acaso pretendía devorarla viva, como contaban las leyendas? ¿O deseaba llevarla a su bárbaro país como esclava, para que trabajase encadenada durante el resto dé su vida en algún sucio calabozo?

Sus temores pronto se disiparon, al ver la amistosa sonrisa que le dirigía el desconocido mientras cortaba rápidamente sus ligaduras. La apreciativa mirada de Conan recorrió su esbelto cuerpo, no con la expresión del captor que valora su presa, sino con la admiración del hombre que se halla ante una mujer hermosa. La muchacha sintió que sus mejillas se sonrojaban ante aquel embeleso no disimulado.

—¡Por Crom! —exclamó el cimmerio—. No sabía que criasen mujeres tan espléndidas en los países amarillos. Debí haber visitado estas tierras hace mucho tiempo.

La pronunciación de la lengua khitania del hombre blanco distaba mucho de ser perfecta, pero la joven no tenía dificultad en entender lo que decía.

—Rara vez vienen extranjeros blancos a Khitai —contestó ella—. Tu llegada y tu victoria parecen haber sido obra de los dioses. De no ser por ti, esos dos —agregó señalando a los soldados muertos— me habrían dejado como presa indefensa del horror que Yah Chieng ha dejado suelto en la selva.

—He jurado ajustar cuentas con ese malvado —afirmó Conan—, y parece que también te he ayudado contra él. Pero dime, ¿qué es ese horror de la selva del que me hablas?

—Nadie que se haya enfrentado a él ha sobrevivido para contarlo. La gente dice que ese archibrujo ha devuelto a la vida a un monstruo de épocas antiquísimas, cuando animales de aliento ardiente vagaban por la tierra, y la corteza del planeta se estremecía con los terremotos y las erupciones volcánicas. Este monstruo tiene sometidas a estas selvas a un abyecto terror, y exige sacrificios humanos a menudo. Las mejores gentes, tanto mujeres como hombres, son elegidas por los soldados para calmar el apetito insaciable de esa espantosa bestia del pasado.

—Tengo la impresión de que esta zona no es muy agradable —dijo el cimmerio—. Aunque no temo a ese monstruo del que me hablas, preferiría no encontrarme con él, para que no me retrase en mi viaje hacia Paikang. Dime, ¿tu aldea está lejos de aquí?

Antes de que la muchacha pudiera contestar, se oyeron unas fuertes pisadas sobre la hojarasca. Los tallos de bambú se agitaron, y un áspero rugido llegó a oídos del hombre y de la mujer. Conan empuñó la espada con una sonrisa hosca en los labios, mientras que la joven se escondía detrás de su poderoso cuerpo. Tenso y preparado para la acción, el cimmerio esperó como un tigre al acecho.

Por el borde del claro irrumpió, por entre los altos bambúes, una gigantesca figura cubierta de escamas. Al aparecer bajo la luz del sol, la terrible figura se reveló en toda su magnitud. Medía quince pasos desde el hocico hasta la afilada cola. Sus patas, cortas y curvadas, tenían poderosas garras. Tenía mandíbulas gigantescas, provistas de unos dientes comparados con los cuales las astas de un toro eran endebles astillas. Unas voluminosas protuberancias a ambos lados del cuello indicaban el poder muscular de ese temible ser destructivo. Su escamosa piel tenía un desagradable color plomizo y despedía un hedor parecido al de los cadáveres putrefactos.

El monstruo se detuvo un momento, parpadeando, deslumbrado por los rayos del sol. Conan aprovechó esos instantes para entrar rápidamente en acción.

—¡Trepa a ese árbol! ¡Ahí no podrá alcanzarte! —le gritó a la muchacha, que estaba inmovilizada por el espanto.

Como si despertase de un estado hipnótico, la joven oriental obedeció la orden, mientras el cimmerio volvía su atención hacia el gigantesco reptil. Este era, sin duda, uno de los enemigos más formidables con los que se había enfrentado en toda su vida. Caballeros con armadura, guerreros de espadas victoriosas, carnívoros sedientos de sangre y monstruos de los abismos, todo aparecía empequeñecido por la amenaza de aquel monstruo descomunal que lo estaba atacando.

Pero quien había sido el cazador más diestro de las montañas de Cimmeria, de las selvas de Kush y de las estepas turanias, no iba a dejarse vencer de un solo zarpazo. Conan permaneció en su sitio,

pues si huía o trepaba a un árbol el dragón podía volver su atención hacia la muchacha. Entonces, un segundo antes de que sus poderosas mandíbulas se cerrasen sobre él, Conan saltó a un lado. El impulso que llevaba el enorme lagarto lo hizo precipitarse sobre la maleza, mientras el cimmerio corría hacia un bosquecillo de bambúes.

Con mayor rapidez de lo que el bárbaro había esperado, el monstruo se libró de los matorrales y, entre rugidos y zarpazos, volvió al ataque. El cimmerio advirtió que no podía llegar hasta el árbol en el que se había refugiado la muchacha a tiempo para escapar de las temibles fauces. No podía trepar por los tallos de los bambúes, y, además, estos se habrían quebrado con un leve golpe del enorme reptil. Por allí no había escapatoria.

Blandiendo su daga, Conan cortó de un golpe la base de un delgado pero resistente tallo de bambú. Otro corte sesgado proporcionó al cimmerio una improvisada lanza de tres metros de largo y de punta muy afilada. Entonces atacó a su poderoso adversario.

Conan hundió la lanza entre las fauces abiertas de forma amenazadora, y la impulsó dentro del oscuro gaznate. Con otro empujón, hizo penetrar el afilado tallo en los tejidos internos del monstruo. Las mandíbulas se cerraron con un tremendo chasquido, a un palmo de las manos de Conan, y una sacudida de la enorme cabeza del reptil arrojó al cimmerio a unos matorrales situados a seis metros de distancia.

El siniestro reptil se retorció en la agonía, lanzando alaridos de dolor. Conan volvió a ponerse en pie. Sentía como si le hubieran desgarrado cada uno de los músculos del cuerpo. El brazo le dolía terriblemente cuando extrajo su enorme daga y se dispuso, con una enorme fuerza de voluntad, a terminar el combate. De repente se arrojó al suelo, medio cegado por el polvo, pero habiendo logrado esquivar otro mordisco de las descomunales mandíbulas.

Entonces concentró todas sus fuerzas en un golpe desesperado dirigido contra un ojo del dragón. La acerada hoja penetró en el órgano como a través de mantequilla, y el arma le fue arrebatada por las interminables convulsiones del animal antediluviano. Conan volvió a ser lanzado una vez más al suelo, pero en ese momento, con un estremecimiento final, su titánico enemigo cayó muerto.

Conan aspiró el aire cargado de polvo y se dirigió cojeando hacia el árbol en el que estaba refugiada la muchacha, llena de espanto.

—Debo de estar haciéndome viejo —murmuró entre dientes—. Una pequeña escaramuza como esta apenas me hubiera afectado en otros tiempos.

Pero aquella no era más que una forma ingenua que tenía el bárbaro de pretender empequeñecer sus hazañas. Sabía que ningún otro hombre hubiera podido llevar a cabo lo que él acababa de hacer. Aunque también era cierto que no habría logrado el triunfo de no haber tenido suerte y haber recibido una ayuda del destino inescrutable.

—¡Vamos, muchacha, baja ya! —exclamó al fin, con voz ronca —. Y ahora, condúceme hasta tu aldea. Soy yo quien va a necesitar tu ayuda ahora.

9. La danza de los leones

El humo del loto amarillo trazaba densas volutas en el interior tenuamente iluminado en la cabaña de bambú. Surgía del narguile dorado que había en el suelo como garras afiladas, así como de los labios finos y arrugados del viejo khitanio que estaba sentado sobre una esterilla de juncos con las piernas cruzadas. Las espirales del fragante humo ascendían en el aire hasta salir por el orificio que, a modo de chimenea, había en el centro de la choza.

El rostro del anciano parecía hecho de pergamino amarillo. Cerca de ochenta años pesaban sobre sus espaldas, pese a lo cual se apreciaba en él un aire de energía juvenil, a la vez que una gran calma y serenidad de pensamientos. El oriental sostenía la boquilla con la mano izquierda y aspiraba con lentitud y fruición los narcóticos vapores. Mientras tanto, sus aguzados ojos oscuros observaban atentamente al hombre gigantesco de piel blanca y cabello negro que se hallaba sentado frente a él, en un taburete bajo, devorando el guiso de carne y arroz servido por la muchacha a la que salvó de manos del monstruo.

La joven estaba vestida con una recatada chaquetilla de cuello alto y unos pantalones bordados que realzaban notablemente su tez dorada y sus grandes ojos rasgados y oscuros. Con el cabello brillante peinado en un complejo tocado, la muchacha no se parecía en nada a la moza desgreñada, semidesnuda y aterrada que Conan había salvado de los hombres y del monstruo. Entonces el cimmerio recordó aquel cálido abrazo de la joven mientras descansaban en la selva, cuando ella le ofreció, libre y voluntariamente, la mejor recompensa que puede ofrecer una mujer.

Después viajaron durante un día y una noche, descansando tan solo cuando la muchacha lo necesitaba. Luego, si el bárbaro notaba que ella estaba exhausta, la colocaba sobre sus recios hombros y

seguía avanzando, para ganar tiempo. Finalmente el sendero llegó a un claro. Allí había una docena de cabañas de bambú con techo de paja, agrupadas junto a un riachuelo en el que abundaban los plateados cardúmenes de peces. Hombres de piel amarilla y rostros como tallados en madera se adelantaron empuñando espadas y arcos al ver a la pareja de intrusos. Pero enseguida lanzaron gritos de alegría y de bienvenida, al ver de nuevo a una hija de la aldea y al hombre que parecía ser su salvador.

Aquellas gentes eran proscritos de sangre noble que habían huido de la tiranía de Yah Chieng el Terrible. Ahora vivían sobre el filo de un cuchillo, temiendo a cada momento ser aniquilados por los brutales soldados del hechicero.

Después de limpiarse la boca con gesto satisfecho y de tomar los últimos tragos del cuenco que contenía vino de arroz, Conan escuchó con atención las palabras de su anfitrión.

—Así es, amigo —decía este—. La tribu de Kang, de la que yo, Kang Hsiu, soy el jefe, era muy poderosa en otros tiempos. La más importante de todas las ciudades-estado del norte de Khitai era Paikang, la de las torres de color púrpura. Allí vivíamos nosotros, y numerosas huestes de guerreros de brillantes corazas nos protegían de las ambiciones guerreras de Shu-chen, por el norte, y de Ruo-gen, por el sur. Las tierras eran ricas y las cosechas siempre abundantes. Yo moraba en el palacio de Paikang, rodeado de todo el esplendor y la cultura de nuestra antigua civilización.

»Pero un día llegó el Maldito. Por la noche sus hordas irrumpieron desde el sudeste como un huracán devastador. Nuestros ejércitos fueron destruidos por las negras artes del brujo. Nuestros ejércitos fueron aniquilados por terremotos devastadores, por el fuego mágico y por la plaga seca. Nuestro brazo armado quedó inmovilizado, y los chacales del Maldito se apoderaron de nuestra hermosa ciudad. Paikang fue saqueada con una furia sangrienta, en medio de espantosas atrocidades e incendios. Yo escapé junto con mi familia y algunos de mis servidores en camellos. Después de enfrentar grandes peligros, encontramos este refugio. Supongo que Yah Chieng no conoce nuestra existencia, pues de lo contrario ya

nos habría aniquilado. Kang Lou, mi hija, a quien tú has salvado, fue capturada por los soldados del hechicero mientras visitaba una aldea situada a varias leguas de aquí. A este lugar oculto nunca ha llegado ningún cazador o forastero.

»Podría pensarse que nuestro sino no ofrece ninguna esperanza. No somos más que un puñado de hombres para enfrentarnos a un poder mágico y a miles de soldados armados hasta los dientes. A pesar de todo, el pueblo, al que el brujo ha sumido en la más desesperante pobreza con los impuestos y exacciones, añora los tiempos pasados de paz, libertad y abundancia. Y sé que se rebelarían si tuvieran una oportunidad. Pero el férreo yugo de los generales de Yah Chieng gravita sobre el pueblo. Los soldados deambulan por las calles de las ciudades como conquistadores, con látigos en la mano.

»Así ha sido durante los últimos veinte años, y nuestra esperanza comienza a debilitarse. Ya la habríamos perdido totalmente de no ser por una profecía en la que hemos confiado durante todo este reinado de terror».

El cimmerio escuchaba en silencio, pero la curiosidad lo impulsó a hacer una pregunta.

—El recuerdo de estos sucesos me golpea la mente —dijo—. Pero esa profecía, ¿a qué se refiere?

—Mi esposa, la madre de Kang Lou, estaba dotada de extraños poderes. Entendía la llamada de los pájaros, y a menudo he visto a los animales salvajes del bosque lamerle las manos. Cuando se produjo el desastre, uno de los esbirros de Yah Chieng se abrió camino hasta su habitación y la apuñaló mientras rezaba a nuestros dioses. Fue demasiado tarde para salvarla, pero cuando yo me encontraba ante el cadáver de su atacante, con un puñal ensangrentado en la mano derecha, ella me hizo una señal desde el suelo, en el que yacía moribunda, y me susurró con voz desfalleciente:

»“Mis días han terminado. Huye pronto, si quieres salvar a nuestra familia. Escóndete y aguarda sin desesperar, pues de Occidente llegará un guerrero diferente de todos los que conoces, con un corazón grande y generoso. Lleno de ira, aplastará al demonio como si fuera una serpiente bajo su pie. Será un hombre de piel blanca y una gran fuerza. Un rey de su propio país, que

aniquilará al usurpador como un rayo llameante. Los dioses lo ayudan, y Paikang volverá a…”.

»En ese momento tuvo un vómito de sangre y murió. Aunque mi dolor era muy grande, no me quedé allí. Reuní a mis hijos, y mis sirvientes me ayudaron a llevarlos a través de un pasadizo secreto.

»A lo largo de todos estos años hemos estado esperando al blanco señor de la guerra. Oímos rumores acerca de la llegada de ejércitos extranjeros, y esperamos ver su pendón ondeando un día sobre las torres de Paikang. Pero eran tan solo tribus de nómadas errantes del Gran Desierto, y nuestras esperanzas se debilitaron con los años.

»Exceptuando una tropa de mercenarios occidentales que Yah Chieng capturó el año pasado, tú eres el primer hombre de piel blanca y ojos redondos que ha llegado del oeste en todo este tiempo; pero la profecía afirma que nuestro salvador será un rey, un conquistador. Tú vienes solo, sin ejércitos ni seguidores, y vistes como los nómadas.

»Yo ya estoy viejo y tengo los días contados. Por ello comienzo a desesperar por el destino de mi pueblo».

Una amplia sonrisa afloró al rostro de Conan, que dio un puntapié en el suelo y dijo:

—¿Quién ha dicho que no soy un rey, anciano? Soy el soberano del reino más poderoso de Occidente: la próspera Aquilonia. Yo mismo conquisté el trono, y para ello estrangulé al tirano con mis propias manos. Mi piel es blanca, y mi fortaleza me ha hecho ganar todos los combates que he sostenido contra otros hombres. ¿Entro o no dentro de tu profecía?

El anciano lo miró con gesto incrédulo y esperanzado al mismo tiempo.

—¿Es eso cierto, Conan? —preguntó—. ¿Eres rey? Entonces, la parte de mi profecía que no te he contado también es cierta, pues mi bienamada esposa aseguró que ello ocurriría a los veinte años de nuestra derrota. ¡Alabados sean los dioses! Esta noche lo celebraremos con oraciones y una acción de gracias a los dioses. Y mañana nos pondremos a tus órdenes. ¿Querrás guiarnos?

El cimmerio se echó a reír de buena gana, y luego repuso:

—No tan deprisa, amigo. Hasta yo, que he cometido muchas imprudencias, soy lo bastante cauto como para no meterme en las

fauces de ese demonio con solo una veintena de hombres. Los dioses solo ayudan a quienes saben valerse de su inteligencia. Debemos trazar nuestros planes con todo cuidado.

Luego su voz quedó ahogada por los vítores de la gente, congregada en el exterior de la cabaña por la noticia que Kang Lou ya había difundido. Aceptó con serena modestia el ferviente homenaje de aquellas personas, para las cuales representaba la única esperanza de salvación.

El consejo de la aldea de proscritos khitanios estaba reunido. Dentro de la cabaña de bambú el ambiente era tenso. Conan, echado en una esterilla, en el suelo, con un vaso de vino en la mano, examinaba con sus agudos ojos azules a sus nuevos aliados. El aire estaba cargado con el humo aromático del loto que arrojaban los narguiles.

—No será fácil entrar en el castillo del Maldito —dijo un hombre alto de ojos rasgados, desfigurado por una cicatriz que le cruzaba el rostro—. Sus centinelas lo protegen día y noche, y por si fuera poco, están en juego los poderes ultraterrenos que él mismo posee. El pueblo no tiene armas, y un ataque directo contra la fortificada ciudadela es algo que está fuera de toda posibilidad con nuestras escasas fuerzas.

—Tienes razón, Leng Chi —admitió el anciano Kang Hsiu—. Solamente la astucia nos permitirá alcanzar el éxito. Y yo creo conocer la única forma de llegar hasta allí. Dentro de una semana, Yah Chieng organizará la fiesta anual que conmemora la conquista de Paikang. El momento cumbre de esta celebración es siempre la Danza de los Leones, que se realiza en medio de antiguas ceremonias. Es la única ocasión en que las grandes puertas se abren al pueblo, que es admitido en el amplio patio del castillo. Pero no sé de qué puede servirnos esto, ya que tendríamos que llevar con nosotros al rey Conan, que tiene la piel pálida y los ojos redondos. No podremos disfrazarlo bien, pues destaca mucho entre nuestros hombres. Tal vez podríamos llevarlo en una caja…

La ruda voz de Conan interrumpió al anciano.

—Nada de eso, amigo —dijo el cimmerio—. No me seduce la idea de permanecer inmóvil en una caja, como si estuviera en un ataúd. Pero esa Danza de los Leones me da una idea. Conozco algunos detalles por boca de los viajeros que llegaron aquí. ¿Acaso

los bailarines no se ponen grandes disfraces hechos para dos personas, con una cabeza de león encima? Cuando la fiesta esté terminando, yo me deslizaré en el interior del castillo. Luego ya me las arreglaré. El único inconveniente es el traje de la danza. No tenéis ninguno aquí, y se tardaría demasiado en confeccionarlo.

—El destino nos ayuda, ciertamente —aseguró con gravedad el anciano—. En Shaulun, situada a solo un día de viaje de aquí, hay un grupo que todos los años interviene en la danza con su disfraz de león. Les pagaremos para que nos lo presten. En cuanto a lo demás, lo que afirmas es verdad. Tendrás muchas ocasiones de introducirte en el castillo durante la última parte de los festejos, pues Yah Chieng invita a la turba con vino, y se produce tal confusión, que los soldados tienen que imponer el orden por la fuerza. Tal vez en ese momento podamos aprovecharnos del tumulto. Los soldados del usurpador recibirán una gran sorpresa cuando encuentren a hombres sobrios con espadas en la mano. ¡Sí, creo que vamos a ofrecer a Yah Chieng una fiesta muy animada!

—Todavía falta algo —intervino Leng Chi—. ¿Cuántos hombres podemos reunir nosotros? Yah Chieng dispone de sus Doscientos a la menor llamada, aparte de sus tropas regulares, y además…

—Además carecemos de armaduras —terció otro jefe—. En tanto que las tropas del usurpador están revestidas de escamas plateadas, como los peces del lago Ho.

A medida que se fueron enumerando los pocos efectivos que podían reunir los proscritos, los rostros perdieron vivacidad y cundió el desánimo. Entonces habló Conan.

—El otro día, amigo Kang —dijo—, dijiste algo acerca de una tropa de mercenarios occidentales que Yah Chieng capturó hace algún tiempo. ¿De qué se trata?

—Durante el Mes del Cerdo —dijo el anciano— llegó una compañía de soldados de Occidente. Dijeron que habían servido al rey de… ¿cómo se llamaba ese país? Turan, eso es. Pero que, resentidos por la forma desconsiderada en que los trataban los generales del rey, habían desertado para dirigirse al este, a fin de probar fortuna en Khitai.

Leng Chi prosiguió con el relato.

—En efecto —agregó—. Pasaron a unas pocas leguas al norte de este lugar, cruzando la aldea de Shaulun. Se vieron favorecidos por

las gentes del pueblo debido a que eliminaron a una banda de ladrones, y a que no saquearon ni cometieron desmanes en la población. Por consiguiente, los lugareños los pusieron en guardia contra Yah Chieng. Sin embargo, los blancos no quisieron escucharlos y se dirigieron a Paikang.

»Allí, según supimos, ofrecieron sus espadas a Yah Chieng. Este fingió aceptarlas, pero tenía otros planes en mente. Los invitó a una fiesta, y en lo más animado de esta, hizo que le cortaran la cabeza al capitán de los mercenarios, y los demás fueron a parar a un calabozo».

—¿Por qué hizo eso Yah Chieng?

—Parece ser que deseaba ofrecer esos hombres en sacrificio a algún dios maligno.

—¿Y qué fue de ellos?

—Lo cierto es que aún aguardan a que se cumpla su sino, aunque han pasado ya tres meses.

—¿Y cómo llegaste a enterarte de todo eso? —preguntó de nuevo el bárbaro.

—Una mujer de Paikang, que tuvo amores con uno de los Doscientos, huyó a Shaulun, y desde allí el rumor llegó hasta nosotros.

—Anciano Kang —dijo Conan—. Háblame acerca de tu antiguo palacio. Necesito conocerlo para orientarme una vez que entre en él.

Kang Hsiu comenzó a trazar unas líneas en el suelo de tierra de la cabaña y dijo:

—Ten en cuenta que el usurpador puede haber efectuado cambios desde que yo vivía allí. Así estaban las cosas en mis tiempos. En este lugar se halla la puerta principal; aquí, el gran salón…

Algunas horas más tarde se habían elaborado los planes hasta el último detalle. Hang Hsiu se puso en pie y levantó su copa en alto, y el líquido ambarino centelleó bajo el brillo de la humeante lámpara. Entonces exclamó, con una voz que el entusiasmo hacía más firme:

—¡Por el futuro y el honor de la gran ciudad de Paikang, y porque la cabeza de la Serpiente pronto sea aplastada por la bota del Vengador!

Inmediatamente se oyó una respuesta unánime, y Conan, al igual que los demás, levantó su vaso y bebió. En su mente bullía la convicción de que por fin se encontraba cerca de su objetivo.

El polvo se levantaba en nubes sofocantes sobre la carretera que se dirigía al oeste, desde Paikang. Cientos de khitanios, vestidos de azul o de marrón, avanzaban por el camino en dirección a la ciudad.

Sobre la maciza muralla de mármol de Paikang brillaba el sol intensamente. Las aguas del foso reflejaban el blanco de la muralla, el color pardo de los montes y el azul del cielo. Tan solo alguna bandada de patos interrumpía la tersura de esas aguas. Más allá de las murallas se veían las pagodas, con sus múltiples techos cubiertos de tejas rojas, verdes y azules, y con adornos dorados en las esquinas. Dragones y leones coronaban los ángulos de los bastiones que flanqueaban la enorme puerta.

Las interminables filas de campesinos convergían hacia la colosal entrada de la muralla. Llegaban a pie o sobre el lomo de sus asnos. Por una vez, los soldados de Yah Chieng se mantenían apartados y, al tiempo que empuñaban sus lanzas o espadas, observaban a la multitud sin detener a nadie para preguntar, registrar o extorsionar. De cuando en cuando, la parda columna se animaba con el atuendo multicolor de los bailarines. Los de Shaulun componían un grupo especialmente llamativo. La dorada máscara del león brillaba al sol, y la lengua y los ojos protuberantes del animal giraban ora en una dirección, ora en otra. El hombre situado en la parte anterior de la máscara debía de tener una altura excepcional, puesto que la gran pieza de cartón pintado se elevaba muy por encima de las cabezas de los demás khitanios.

En el interior de la ciudad, la multitud avanzaba por una sinuosa avenida en dirección al palacio. Conan, que observaba a través de los orificios practicados en la máscara del león, aspiró los penetrantes olores que caracterizaban a las ciudades de Khitai y trató de identificar los sonidos. Al principio todo parecía un estrépito sin ton ni son, pero cada campana, cuerno, silbato o carraca era utilizada por los distintos tipos de mercaderes para hacerse conocer.

Siguiendo a la turba, el cimmerio llegó hasta otra muralla, en la que había una puerta. La gente entraba por ella y luego se dividía

en columnas alrededor de una enorme celosía de jade, de tres metros de alto y el triple de largo, en la que había numerosos dragones tallados. La muchedumbre ya se encontraba en el patio del palacio de Yah Chieng, que antiguamente albergara a la familia de Kang.

Un gentío alborotado y vociferante se apretujaba en torno a las mesas sobre las que los criados de Yah Chieng servían guisos de arroz y vino hecho con el grano de la misma planta. Muchos de estos invitados se hallaban ya estimulados por el alcohol. La charla cantarina de la multitud adquiría por momentos la intensidad de un rugido. Aquí un juglar lanzaba bolas y antorchas al aire; allá un músico tocaba un laúd de una sola cuerda y entonaba quejumbrosos cánticos, si bien solo podían oírlo los que estaban situados a muy pocos pasos de él.

Conan oyó que Cheng Li le decía al oído:

—Avanza por ahí. Pronto comenzarán las danzas. Procura no hacerlo tan bien como para ganar el premio; nuestros planes no se verían favorecidos si un juez te pide que te quites la máscara para recibirlo…

El largo pasadizo de piedra estaba a oscuras. Un silencio de muerte reinaba en aquella húmeda profundidad mientras Conan avanzaba con cautela, como un felino en la selva, evitando producir el menor ruido, con la espada desenvainada en la mano. Iba vestido con un jubón khitanio y pantalones de seda, ropas que le había comprado a un mercader en una aldea fronteriza.

Las cosas hasta ese momento estaban saliendo tal como las había planeado. Durante el creciente tumulto producido en el patio, nadie había notado, a la débil luz de las antorchas, que uno de los disfraces de león era llevado por un solo hombre. Las sombras y los oscuros rincones favorecieron la entrada de Conan en el palacio. Ahora el cimmerio avanzaba por el mismo corazón del baluarte de su enemigo.

Sus sentidos estaban aguzados al máximo. No era la primera vez que entraba en la morada de un hechicero hostil. El recuerdo de las ocasiones en que se encontrara en circunstancias parecidas le atenazaba la mente como una horda de demonios. Durante toda su vida, lo sobrenatural había sido un factor que puso a prueba su reconocido valor. Pero con su voluntad de hierro desechó los

temores atávicos y siguió andando con el paso de un animal al acecho.

Llegó a un punto en el que el corredor se bifurcaba. En la semioscuridad advirtió que una escalera llevaba hacia arriba y la otra descendía. Conan eligió la que bajaba. Se había familiarizado perfectamente con el plano del castillo del usurpador.

Yog Lau, uno de los Doscientos de Yah Chieng, estaba sentado en un banco del calabozo de la fortaleza de Paikang. Una ira sorda lo dominaba cuando se preguntaba por qué razón estaba él allí sentado, cuidando a aquellos prisioneros occidentales de piel lechosa, cuando en el exterior la fiesta se hallaba en su apogeo y corrían en abundancia el vino y los manjares. Consideraba una necedad la idea del hechicero de mantener encerrados a los prisioneros durante años, para emplearlos en ocasión de algún sacrificio nigromántico. A su entender era mejor efectuar una rápida incursión al campo, donde en una semana se podían reunir muchas más víctimas.

Sin dejar de gruñir, se levantó del crujiente escabel para ir a buscar más vino a su escondite secreto. Al andar, su armadura resonó con ruido metálico.

Llegó junto al nicho de la pared en el que había escondido sus botellas y extendió la mano… Ese fue su último acto consciente. Diez dedos de acero lo aferraron por el cuello, apretándole la garganta hasta que la negrura de la inconsciencia se apoderó de su cerebro y cayó al suelo sin vida.

Conan contempló su trabajo con una sonrisa de satisfacción. ¡Resultaba grato volver a matar a un enemigo! Los instintos del antiguo bárbaro hervían otra vez en su sangre, y sus labios se retorcieron con el gruñido de la bestia que ha dado caza a su presa.

El ataque había sido tan rápido y silencioso que ninguno de los prisioneros que estaban en las celdas pudo darse cuenta de nada. El cimmerio se agachó y cogió el manojo de llaves que colgaba del cinto del carcelero muerto. Luego probó algunas llaves en la cerradura del calabozo más cercano.

Al oír el sonido metálico, uno de los prisioneros movió la cabeza y abrió los ojos. La imprecación que lanzó se apagó al observar la extraña figura que aparecía al otro lado de la reja. Su asombro creció cuando la puerta se abrió hacia el interior. Dio un salto y se

puso en pie, pero controló sus impulsos, ya que a la luz del fogaril de la pared advirtió que en la mano derecha del desconocido brillaba la hoja de un arma. El gigante le impuso silencio con un gesto, y con otro le indicó que lo siguiera.

Cuando se encontraron bajo una luz más intensa, los ojos del prisionero se agrandaron por la sorpresa. Conan frunció el ceño y rebuscó en su memoria. Finalmente dijo:

—¡Lyco de Khor Shemish! ¿Eres tú?

—¡Sí! ¡Pero por Ishtar, Conan, casi me quedo mudo de asombro! —repuso el aludido, al tiempo que las manos de los hombres se estrechaban en un fuerte apretón—. Dime, ¿has venido aquí con un gran ejército aquilonio para ajustar cuentas con ese maldito brujo, o has llegado en el lomo de un águila?

—Ni lo uno ni lo otro, Lyco —dijo el cimmerio—. Vine para dar cuenta del perro amarillo, es cierto; pero pensé que encontraría a mis tropas aquí, y espero no haberme equivocado. Cuando luchábamos como mercenarios, vuestras espadas eran siempre las mejor dispuestas.

—La mayoría de los prisioneros que nos hallamos en estos calabozos somos hombres de verdad y buenos luchadores —afirmó el otro—. Tan solo anhelamos hundir nuestro acero en el cuerpo de esos fanfarrones khitanios.

—Tendréis ocasión de hacerlo. Estas son las llaves de los calabozos; libera a tus hombres. El depósito de armas está al final de este corredor. ¡Equipa debidamente a tus seguidores y ataca! ¡Ataca para vengar tus propios sufrimientos y para liberar a la reina de Aquilonia!

Conan sonrió ante la expresión de asombro de Lyco, y agregó:

—Ahora ya sabes por qué he venido. Encontrarás aliados entre la multitud de khitanios que hay en los patios. ¡Vamos, date prisa!

Después de decir esto, el cimmerio se marchó como un fantasma furtivo. Lyco comenzó a despertar a sus camaradas; envió a algunos hasta el depósito de armas, mientras que otros se dedicaban a abrir el resto de las celdas.

—¡Por Mitra! —murmuró Lyco—. ¡El bárbaro está loco! ¡Viajar a través del mundo para rescatar a una mujer!

Pero en sus ojos brillaba una mirada de admiración mientras se quedaba contemplando el oscuro extremo del corredor por el que

había desaparecido el cimmerio.

10. La guarida del brujo

En el extremo del húmedo pasadizo de piedra se abría una sala amplia y de techo muy alto. Las losas del suelo estaban cubiertas de un polvo que no había sido hollado por pies humanos desde tiempos inmemoriales. El denso silencio tenía un aire amenazador. La parte superior del recinto casi se perdía en la oscuridad. Conan avanzó con cautela por el amplio suelo de piedra en dirección a la entrada de otro pasillo, como si lo amenazara un peligro concreto.

De repente se oyó un estampido similar al de un trueno entre las paredes de piedra, y un chillido estremecedor hizo que la sangre de Conan se le helara en las venas. A continuación, unas alas ultraterrenas se cernieron sobre el cimmerio, y una especie de halcón se abalanzó sobre él desde la zona oscura y superior del recinto.

El bárbaro se arrojó hacia un lado, apenas a tiempo para evitar las afiladas garras del monstruo. Luego su espada trazó un arco brillante y el ser alado, que tenía una forma vagamente humana, se alejó aullando. La espada le había cercenado un brazo a la altura del codo, y de la herida brotaba una sangre oscura y hedionda. Lanzando un terrible alarido, se abalanzó de nuevo sobre el cimmerio.

Conan no cedió terreno esta vez. Sabía que su única posibilidad residía en traspasar con un golpe seguro las entrañas de aquel engendro que, aunque estaba parcialmente desmembrado, tenía la fuerza suficiente para destrozarlo. Tenía la seguridad de que se trataba del mismo ser de pesadilla que había raptado a Zenobia varios meses atrás.

El monstruo extendió las alas en un vuelo planeado. En el último momento, Conan esquivó las garras del otro brazo y aplicó toda su fuerza en un golpe violento. La hoja de la espada penetró en el

negro cuerpo, mientras las afiladas uñas del monstruo le desgarraban la ropa que cubría sus espaldas.

Con un jadeo agónico, el ser alado cayó al suelo. El cimmerio apoyó el pie en el cuerpo del engendro para liberar la hoja de su sable, que salió empapada de sangre oscura y hedionda.

Conan tenía el cabello enmarañado y empapado de sudor, y su propia sangre le corría por la espalda, a consecuencia de las heridas sufridas. Pero en sus ojos ardía un fuego terrible cuando siguió avanzando hacia la entrada de otro pasillo. Detrás de él, sobre las losas de la gran sala, quedaba tendido el monstruo en medio de un charco de sangre parda, con los ojos amarillos sin vida mirando hacia la oscuridad de la cual había venido.

El pasillo en el que entró Conan era corto y recto. A lo lejos vio una puerta de piedra y, al acercarse, advirtió en su superficie algunos signos grabados de origen khitanio. Ese debía ser el Túnel de la Muerte, que conducía hacia las habitaciones privadas de Yah Chieng. Detrás de aquella puerta encontraría a su enemigo. Los ojos del cimmerio centellearon en la oscuridad, y su mano aferró la empuñadura de su espada con una fuerza cargada de venganza.

De repente la oscuridad dio paso a una luz deslumbradora. Unas altas llamas rojizas se alzaban desde el suelo, creando un muro infernal. El fuego formaba largas lenguas que se retorcían hasta alcanzar el techo. Luego estas parecieron avanzar hacia Conan, como si estuvieran hambrientas, y el bárbaro pudo sentir el terrible calor en su rostro y en sus brazos. La ropa del cimmerio comenzó a humear. El sudor le corría por el rostro y por la espalda, y cuando se lo fue a secar con el dorso de la mano, sintió el arañazo de una punta metálica.

¡El anillo de Rakhamon, otra vez! Lo había olvidado en su determinación de luchar sin ayuda. ¿Sería lo bastante eficaz como para poder enfrentarse al hechicero amarillo?

Conan pasó la mano sobre las oscilantes llamas. Entonces resonó en las paredes del pasillo un estallido similar al de mil timbales, y las llamas más cercanas cayeron al suelo como si fueran partículas de cristal. El resto del fuego quedó rígido y frío, como una imagen inmóvil del infierno.

El cimmerio traspuso de un poderoso salto el muro de fuego, y luego avanzó hacia la puerta de piedra. Se sentía armado de una

fuerza avasalladora. Sabía que en la mano llevaba un anillo con el cual todo era posible.

El frío altar de piedra helaba la carne tibia del cuerpo de Zenobia. Sus manos se retorcían inútilmente, pues tenía los brazos y las piernas encadenados y unidos a un anillo sujeto al suelo. Su espléndido cuerpo yacía tendido sobre la piedra. Cerca de ella, su torturador estaba ocupado delante de una mesa larga y oscura, atestada de extraños objetos como frascos, cajas y rollos de polvorientos pergaminos. Bajo la capucha del manto sobresalía la hirsuta barba del hechicero.

El techo de la amplia habitación era tan alto que Zenobia no alcanzaba a verlo. La mujer estaba llena de desesperación, pero el autodominio de que había dado muestras en aquellos meses de cautiverio le permitía controlar sus emociones.

Al pensar en Conan, su esposo, el corazón de Zenobia parecía que iba a estallar de pena y nostalgia. Yah Chieng le había dicho que Conan había salido solo en su búsqueda. Zenobia no sabía bien de qué artes se valía el brujo para saber aquello, pero lo cierto es que ahora su bienamado Conan podía yacer muerto en las estepas turanias, o haber sido capturado y asesinado por los montañeses de las tribus himelias. Eran muchos los hombres poderosos de Oriente que lo odiaban.

Ese mismo mediodía, los esbirros del hechicero amarillo la habían sacado de su celda y llevado a aquella habitación, donde la encadenaron sobre el espantoso altar. Desde entonces se había quedado a solas con el brujo khitanio. Este, sin embargo, parecía ignorarla y se limitaba a manipular sus aparatos, mientras murmuraba encantamientos que leía en los libros antiguos.

Pero ahora el viejo demoníaco se acercó a Zenobia. La luz se reflejaba en la hoja de la extraña daga que empuñaba. En el acero podían verse grabados algunos signos cabalísticos. El rostro del brujo estaba tenso por la expectación maligna que lo animaba.

Llena de desesperanza, Zenobia encomendó su alma a Mitra.

En ese momento, la pesada puerta de la habitación se abrió violentamente hacia adentro, y cayó al suelo con un terrible estrépito, haciendo saltar fragmentos de losas y una gran nube de polvo.

Un hombre alto y fornido apareció en el vano de la puerta. Era

un gigante musculoso de negra melena y fogosos ojos azules que lanzaban destellos de ira. Las antorchas reflejaban su luz en la hoja de la espada que empuñaba.

El corazón de Zenobia casi se detuvo a causa de la alegría. ¡Por fin había llegado Conan, su adalid!

Con una ferocidad silenciosa y terrible, el cimmerio atacó al nigromante oriental. De una mirada se había hecho cargo de la situación. La vista del cuerpo de Zenobia, preparada para el sacrificio, le indicaba a Conan que había llegado en el momento oportuno.

De repente Zenobia se levantó del altar, libre de sus cadenas. Entonces Conan vio que ya no era su esposa, sino un enorme tigre. Su rugido resonó en la sala mientras saltaba sobre Conan con las garras extendidas y las fauces abiertas. Cuando el cimmerio levantaba su espada para decapitar al enorme felino, este se transformó en un esqueleto cubierto con una túnica verde con capucha. Una mano huesuda aferró con una fuerza increíble la muñeca de Conan.

Lanzando un gruñido, el cimmerio liberó su arma de entre los verdes pliegues de la túnica, en los que se había enredado, y de un golpe fragmentó la sonriente calavera en mil pedazos. En ese momento, notó una sensación ardiente en su dedo anular. Era como si estuviera en llamas. Vio que el anillo mágico brillaba con un fulgor rojizo ultraterreno que le producía terribles dolores de cabeza. Se quitó la sortija humeante y la dejó caer al suelo. Al hacerlo, oyó una risa maligna que provenía del hechicero.

El khitanio permanecía en pie, con los brazos extendidos sobre su cabeza. Sus labios murmuraban sin cesar encantamientos, mientras las llamas brillaban con mínima intensidad en los fogariles. Conan sacudió la cabeza, como si estuviera aturdido. Todavía no se había recuperado de la penosa impresión sufrida.

Con una extraña apatía vio una neblina azul que se levantaba del suelo, a su alrededor, con mortífera lentitud, y lo envolvía en sus tenues volutas. Poco después, estaba completamente rodeado de vapores. Trató de moverse, pero tuvo la impresión de que estaba caminando sobre una capa de miel muy fría. Apenas podía levantar los pies del suelo. Comenzó a jadear, y el sudor le cubrió el rostro.

La neblina seguía espesándose. De repente empezó a ver unas

imágenes reflejadas en las volutas azules. Vio antiguos amigos y mujeres hermosas, caballeros a caballo y reyes con mantos de color púrpura. Luego estas siluetas se transformaron en viejos enemigos, que a su vez se convirtieron en sombras borrosas. Todos los monstruos que el hombre había temido desde que ascendió reptando del mar aparecieron en una sucesión interminable ante sus ojos y se fueron acercando cada vez más a él. Extendieron sus garras en dirección a su cuello, como para estrangularlo, y los ojos ardientes parecían querer sacarle el alma para llevársela a los infiernos.

Conan se estremeció de horror hasta lo más íntimo de su ser. Tenía los músculos agarrotados a causa de la tremenda tensión. Trató de librarse de aquel hechizo, pero sus miembros se negaban a obedecerle. El esfuerzo y la lucha que se desarrollaban en su mente, en lo más profundo de su consciencia, le resultaba insoportable. Estaba abrumado por un sentimiento de derrota. Presentía que el mal y las tinieblas iban a triunfar, a pesar de todos sus esfuerzos. Su alma hechizada permanecería encadenada eternamente en los negros abismos del infierno.

Notó que la consciencia lo abandonaba poco a poco, y no pudo hacer nada por evitarlo.

Luego le pareció ver, por encima de los engendros burlones y malignos de la oscuridad, una escena que representaba un gran salón. Las paredes estaban hechas de troncos gigantescos, y las vigas del techo eran tan gruesas como el cuerpo de cuatro hombres juntos. Bajo una tenue luz se veía a unos hombres de aspecto sombrío, cubiertos con una malla gris, que se mantenían en pie alrededor de un trono. En este se hallaba sentado un rey o un dios de negros cabellos, alto, de ojos oscuros y rostro severo e implacable. La voz del soberano llegó directamente a la consciencia del bárbaro.

—¡Hombre de Cimmeria! —le dijo—. Eres hijo de Crom, y este no consentirá que sufras la condena eterna. Has sido visto siempre con buenos ojos por el dios, y por ello la magia negra oriental no se apoderará de tu espíritu.

Los ojos oscuros del dios brillaron intensamente. Luego levantó su poderosa mano, y de ella surgió una luz. Conan sintió que su antiguo poder volvía plenamente a su cuerpo. La neblina azul se fue

aclarando, hasta que desapareció por completo. También los demonios huyeron, entre murmullos de frenético terror.

El miedo se reflejó hasta en los ojos de Yah Chieng. Pero el brujo levantó de nuevo el cuchillo del sacrificio sobre la figura de Zenobia. Entonces un pesado cuerpo cayó sobre el hechicero, entre una confusión de miembros en movimiento y de pliegues de anchas ropas.

El cimmerio saltó sobre el altar con el poderoso impulso de un tigre. Luego lanzó entre dientes un susurro helado y terrible.

—¡Por fin nos encontramos, perro amarillo! —dijo con voz sibilante—. ¡Los dioses te han condenado, y tus negros poderes han desaparecido!

Cuando el bárbaro apretó con fuerza mortífera el cuerpo de su enemigo, Yah Chieng lanzó un grito inhumano de espanto.

—¿No oyes los lamentos de los heridos y el estruendo de las armas? —siguió diciendo Conan—. ¿No ves las llamas de los incendios? ¡Contempla cómo tus perversos soldados son aniquilados por los presos que yacían en las mazmorras de la ciudad, y por el mismo pueblo de Paikang! ¡Tu sangriento imperio se desmorona, se convierte en ruinas! ¡Y ahora te envío a los negros infiernos, para que allí te pudras por toda la eternidad!

Los músculos del cimmerio se hincharon en un esfuerzo colérico y vengativo. Se oyó un chasquido estremecedor, y Conan se puso en pie jadeando, al tiempo que dejaba caer un cadáver descoyuntado y sin vida.

El cimmerio tenía el jubón quemado y desgarrado; su espalda estaba cubierta de heridas y magulladuras y sus cejas estaban chamuscadas. Pero a pesar de todo avanzó hasta el altar y, después de inclinarse, aplicó toda la fuerza titánica de que era capaz. Las cadenas que sujetaban a la mujer tintinearon al caer rotas sobre el suelo.

Cuando los vencedores atravesaron la puerta dando vítores al cimmerio, lo encontraron abrazado a su bienamada reina con el ardor del hombre que ama por primera vez.

Y esa noche, Conan realizó por segunda vez en veinticinco años un sacrificio a Crom, el dios de los cimmerios, los hombres de oscura cabellera.

Epílogo

Dos jinetes detuvieron sus caballos en la interminable y árida estepa. Uno era un gigante cubierto con cota de malla y casco, y armado con una gran espada recta que colgaba de su costado. El otro era una mujer esbelta, ataviada con el atuendo de equitación de las mujeres nómadas orientales. En la mano derecha empuñaba un arco khitanio de doble curva. En el suelo, frente a ellos, yacían dos figuras inertes, en torno a las cuales crecían unos charcos de sangre de color carmesí. Llevaban cascos en punta y los turbantes que los cubrían estaban llenos de polvo. Una polvareda que se levantaba hacia el este indicaba el lugar por el que huían alocadamente sus caballos sin jinetes.

—Batidores de una tropa turania, Zenobia —dijo el gigante de la cota de malla—. La mala fortuna los llevó a cruzarse con nosotros cuando nuestros caballos están fatigados y todavía hemos de recorrer muchas millas para estar a salvo. Y también ha sido mala suerte el que uno de ellos escapara.

—No perdamos más tiempo —dijo la mujer con voz armoniosa —. Debemos cabalgar tan lejos hacia el oeste como sea posible. ¿Quién sabe? Tal vez aún podamos escapar.

Conan se encogió de hombros e hizo dar media vuelta a su caballo. El corto descanso había reanimado a los animales, que iniciaron el galope hacia el horizonte occidental, donde las montañas todavía eran apenas visibles, a pesar del aire claro y del brillante sol.

—Se ve que no conoces a los Hyrkanios —dijo Conan con un gruñido—. Son como una jauría de perros salvajes. Nunca abandonan su presa, a menos que uno acabe con todo el grupo.

—Tal vez su contingente principal se encuentre lejos. Tenemos que llegar a los bosques antes de que nos den alcance.

—Lo dudo. Los batidores turanios no suelen alejarse mucho de la columna principal. Yo aprendí sus costumbres al servir en sus filas. Suelen cabalgar en columna por la estepa; cuando se acercan a su presa forman una línea y, después de cargar con sus resistentes caballos, adelantan las alas y capturan a sus víctimas después de rodearlas. ¡Maldita suerte! ¡Habíamos viajado sin ningún inconveniente hasta ahora, y van a sorprendernos justo cuando estamos a punto de alcanzar la libertad!

Los caballos comenzaron a respirar fatigosamente. Conan tiró de la brida para mantener en alto la cabeza de su corcel. Al cabo de un rato volvió a tirar de las riendas y cuando el animal se hubo detenido, se protegió los ojos con una mano y miró hacia el este.

Una gran nube de polvo cubría el horizonte. En medio de ella se apreciaba de vez en cuando un brillo metálico, y la tierra resonaba con un rumor distante bajo los cascos de los caballos. Conan apretó los dientes y empuñó su espada, que silbó en el aire. Una sonrisa belicosa curvó sus labios, y Zenobia lo miró con amor y devoción. «Si ese debía ser su último combate —pensó Conan—, que así fuera». Lucharía hasta dejar avergonzado a más de un heroico semidiós. Sus ojos azules brillaron con el ansia de la batalla, y sus dedos aferraron la empuñadura de la espada con tremenda fuerza.

La extensa nube de polvo se acercaba cada vez más. Ahora podían divisar la larga línea de jinetes que se extendía a derecha e izquierda. En el centro cabalgaba un hombre de llamativo atuendo rojo y oro, y junto a él una figura más pequeña vestida con ropas de seda. Al ver a esta, Conan sintió un leve estremecimiento y procuró aguzar su vista de águila. Luego lanzó una terrible maldición entre dientes.

Zenobia ya había colocado una flecha en su arco, y preguntó al cimmerio con la mirada.

—¡Esa infernal Thanara! —exclamó el rey de Aquilonia—. ¡Nuestro amigo de alas de murciélago la salvó de los zhurazi, y ahora vuelve otra vez para apresarme!

Los jinetes se encontraban ahora tan cerca que se podían oír sus prolongados gritos de guerra. Las puntas de las lanzas estaban ya bajas, como una ola reluciente; el suelo se estremeció bajo los atronadores cascos de los caballos. Conan contrajo los músculos, y se preparó con un aire sombrío para enfrentar a los atacantes.

De repente los enemigos aminoraron el paso. Algunos caballos giraron en redondo y el orden de la línea de ataque quedó roto. Conan se levantó en su silla para ver si descubría lo que había causado ese cambio repentino.

El sol brillaba de un modo cegador sobre las pulidas armaduras, los yelmos, las afiladas lanzas y las espadas de un fuerte contingente que había aparecido por el lado opuesto. En una carga irresistible, unos cuatro mil jinetes aquilonios se abalanzaron sobre los turanios con su bandera flotando al viento.

Las filas hybóreas se separaron al llegar a la altura de Conan y de su reina, para dejarlos en medio, y luego atacaron a los turanios con la fuerza cegadora del rayo. Inflamado de ansia combativa, Conan también se lanzó sobre el enemigo. Su espada se abatió sobre el casco de un corpulento lancero turanio y lo hizo caer de la silla. El rey de Aquilonia abandonó rápidamente su caballo, que estaba exhausto, y montó en el corcel del turanio. Luego avanzó directamente hacia el núcleo central de sus adversarios, abriendo un camino de sangre a su paso.

Después Conan lanzó un poderoso golpe sobre el costado de un arquero que le apuntaba casi a bocajarro, y envió al hombre al suelo como si se tratara de un muñeco roto. Luego se enfrentó al jefe de las tropas enemigas, que no era otro que Ardashir.

—¡Nos volvemos a encontrar, perro bárbaro! —exclamó el hombre de alta figura ataviado de rojo y oro—. ¡Tu cabeza se pudrirá sobre las murallas del castillo de dama Thanara!

—Veo que has perdido el juicio —bramó el cimmerio, intercambiando golpes con la ferocidad controlada del luchador nato—. Eso se debe, seguramente, a que te has convertido en el sicario de esa mujerzuela traidora. No seré yo, sino tú, el que caiga. ¡Púdrete en el infierno!

Su brillante espada redobló la fuerza y la rapidez de los ataques. Los movimientos defensivos de Ardashir fallaron al fin, y la implacable hoja cortó la malla de acero, la carne y el hueso. El oficial turanio cayó al suelo muerto.

Conan hizo una pausa y miró a su alrededor. El suelo estaba sembrado de cadáveres de cascos puntiagudos y pantalones anchos. Los aquilonios habían sufrido pocas bajas, pero la mayor parte de los cinco mil turanios yacían sin vida sobre la estepa. Las líneas

brillantes de los caballeros occidentales convergieron hacia los puntos donde todavía seguía la lucha. Entonces el resto de los turanios arrojó las armas y pidió cuartel. Unos pocos huían por el horizonte, perseguidos por los vencedores. Conan sonrió sombríamente, y miró a su alrededor, buscando a Zenobia.

Tan solo los extraordinarios reflejos del bárbaro le salvaron la vida. Una flecha llegó silbando. Un segundo antes había visto por el rabillo del ojo el movimiento amenazador de un arquero, y se agachó a tiempo. A unos diez metros de distancia, Thanara, que era el arquero que había visto el cimmerio, colocó otra flecha en el arco con el rostro contraído de ira. Tendió la cuerda, y en ese preciso instante una flecha se clavó en su pecho. La mujer se desplomó sobre el suelo de arena. Junto a Conan, Zenobia contemplaba desde su caballo el resultado de su pericia en el manejo del arco.

—¡Ningún hombre ha tenido mejor esposa, y ningún rey una reina mejor! —exclamó el bárbaro, al tiempo que levantaba a Zenobia del caballo y la colocaba sobre su silla.

—¡Próspero! ¡Trocero! —gritó el cimmerio, y se levantó una nubecilla de polvo cuando el puño de Conan golpeó cariñosamente los hombros de sus fieles seguidores—. De no haber llegado en el momento justo, como lo hicisteis, esos perros hubieran acabado con nosotros. ¿Cómo habéis venido hasta aquí? ¡Apenas puedo creerlo!

Próspero, esbelto, erguido y de mirada vivaz, respondió:

—Pelias nos guio. Desde que te marchaste, lo visité a menudo. Por medio de las artes ocultas adivinó el éxito de tu empresa y tu regreso. Previo que serías atacado aquí, en la frontera, y nos pusimos en camino para evitarlo. Sin embargo, nos perdimos en los montes Corinthios y tuvimos la suerte de no llegar demasiado tarde.

—¿Y qué es de nuestro reino, Trocero?

—Mi señor, el pueblo anhela tu regreso. Cuando nos alejábamos de Tarantia, nos dirigían tantas bendiciones como las que pocos poitanos soñarían con recibir. Estamos en paz, y nadie ha osado atacarnos. Las cosechas fructifican, y el país nunca ha estado tan próspero. Tan solo nos faltaba la presencia de nuestro querido rey y de su reina para que rebosara la copa de nuestra felicidad y fortuna.

—Bien dicho, amigo —dijo Conan con aire satisfecho—. Pero ¿quién viene allí? ¡Que me condenen si no es Pelias!

En efecto, era el hechicero. Alto, delgado y canoso, llegaba con

sus amplios ropajes ondeando al viento y con una sonrisa en los labios.

—Bienvenido, rey Conan —dijo lleno de sinceridad—. Han transcurrido muchas lunas desde que nos vimos por última vez en mi torre. Has librado al mundo de un monstruo insaciable, y ante nosotros se presenta un futuro prometedor.

—Y yo debo darte las gracias, Pelias, tanto por esta oportuna ayuda como por haberme dejando el talismán que ahora te devuelvo.

Diciendo esto, el cimmerio extrajo de su bolsa el anillo de Rakhamon.

—Debes quedarte con él —agregó—. Me ha servido a la perfección en un par de ocasiones, pero espero que jamás lo vuelva a necesitar por motivos similares.

Conan lanzó por última vez una mirada al sangriento campo de batalla. Luego espoleó a su caballo y se dirigió hacia el oeste, a la cabeza de sus caballeros.

Entonces le dijo en voz baja a Próspero, que cabalgaba a su lado:

—Por Crom, después de toda esta charla tengo la garganta más seca que los desiertos estigios. ¿No traes una bota de vino en tu silla?

La Edad Hiboria - Parte II

Robert E. Howard

Quinientos años después de los sucesos narrados en último lugar (es decir, tras el reinado de Conan el Grande), la civilización hybórea fue barrida del mundo. Su caída fue excepcional en el sentido de que no se produjo por una decadencia interna, sino por el creciente poder de los pueblos bárbaros y de la nación hyrkania, precisamente cuando los hyborios estaban en el apogeo de su vigorosa cultura.

Esa decadencia podría explicarse por los codiciosos afanes de Aquilonia, si bien esto ocurrió de un modo indirecto. Anhelando extender su imperio, los sucesivos reyes aquilonios declararon la guerra a sus vecinos de Zíngara, Argos y Ofir, países que se anexionaron sin el menor escrúpulo. Hicieron lo mismo con las ciudades occidentales de Shem, que poco antes se habían librado del yugo de Koth. Este país, junto con Corinthia y con las tribus shemitas orientales, se vio obligado a pagar tributo a Aquilonia y a respaldarla en sus guerras. Existía una antigua enemistad entre Aquilonia e Hyperbórea, y esta última nación reunió un día sus ejércitos para enfrentarlos a los de su adversario occidental.

Las llanuras del Reino Fronterizo fueron testigo de una larga y salvaje batalla, en la que las huestes del norte fueron derrotadas y debieron retirarse a sus tierras nevadas, mientras los triunfantes aquilonios los dejaban huir sin perseguirlos. El reino de Nemedia, que durante siglos había conseguido resistir con éxito a los aquilonios, estableció una alianza secreta con Brythunia, Zamora y Koth, con la que se pretendía aplastar el naciente imperio. Pero antes de que se reunieran todos los ejércitos para dar la batalla, apareció un nuevo enemigo por Oriente. Eran los hyrkanios, que

efectuaban su primera invasión de envergadura por el mundo occidental. Con el refuerzo de aventureros del este del mar de Vilayet, los jinetes turanios barrieron Zamora, devastaron Corinthia oriental y fueron contenidos en las llanuras de Brythunia por los aquilonios, que los derrotaron y los rechazaron rápidamente hacia el este. Pero con ello quedaron rotos los cimientos de la alianza, y Nemedia se limitó a ponerse a la defensiva en las guerras que se produjeron después, ayudada en ocasiones por Brythunia, Hyperbórea y, en secreto, como siempre, por Koth.

Esta derrota de los hyrkanios demostró al resto del mundo el verdadero poderío del reino occidental, cuyos magníficos ejércitos se vieron aumentados con tropas mercenarias, muchas de ellas reclutadas entre los extranjeros zingarios y shemitas, y los bárbaros pictos. Zamora fue reconquistada de manos de los hyrkanios, pero el pueblo descubrió entonces que tan solo había cambiado el amo oriental por el occidental. Los soldados aquilonios quedaron acuartelados en Zamora no solo para proteger al país de una posible invasión, sino también para mantener sometido al pueblo. Los hyrkanios, que no admitían su derrota, realizaron tres nuevas invasiones a través de las fronteras zamorias y de las tierras de Shem. Una vez más, los aquilonios los hicieron retroceder, si bien los ejércitos hyrkanios aumentaron sus efectivos al retirarse por la extremidad sur del mar interior.

Pero en Occidente se estaba desarrollando un nuevo poder que terminaría con la hegemonía de los reyes aquilonios. En el norte había pugnas incesantes en la frontera cimmeria, entre los guerreros de oscura cabellera y los hombres de Nordheim, así como entre los aesires y los vanires, en cuya ocasión los primeros invadieron Hyperbórea y adelantaron su frontera, después de destruir una ciudad tras otra. Los cimmerios también combatieron a los pictos y a los bosonios, y en ocasiones realizaron ataques contra la misma Aquilonia, si bien se trataba de meras incursiones de saqueo, más que de verdaderas invasiones.

A todo esto, los pictos aumentaban asombrosamente en número y poderío. Por un extraño capricho de la suerte, se debió a los esfuerzos de un extranjero, de un hombre no picto, el hecho de que estos bárbaros llegasen a crear un imperio. Ese hombre era Arus, un sacerdote nemedio y un reformador nato. No se sabe con certeza

qué fue lo que le hizo inclinarse en favor de los pictos, pero así es la historia. Lo cierto es que decidió trasladarse a las tierras salvajes de Occidente para cambiar las rudas costumbres de los paganos y convertirlos al apacible culto de Mitra. No le arredraron los sombríos relatos de lo que le había ocurrido a mercaderes y exploradores antes que a él. Por ese extraño designio de la providencia, se adentró solo y sin armas entre el pueblo que buscaba, y este no le dio muerte.

Los pictos se habían beneficiado sin duda alguna con el contacto de la civilización hybórea, pero a pesar de ello, siempre se resistieron con fiereza a tales relaciones. Como consecuencia de aquellos contactos, aprendieron a trabajar rudimentariamente el cobre y el estaño, que se encontraban en su país en escasas proporciones, por lo que más tarde invadieron Zíngara para procurárselo, o los cambiaron por pieles, dientes de morsa y otros objetos que poseen los salvajes para traficar. Ya habían dejado de habitar en cuevas o en chozas de ramas, y moraban en tiendas hechas de pieles o en rústicas cabañas similares a las de los bosonios. Todavía seguían viviendo principalmente de la caza, ya que sus tierras rebosaban de animales salvajes de todas clases, y en los ríos y mares que bañaban sus costas abundaba la pesca; pero también habían aprendido a cultivar cereales, si bien lo hacían de forma rudimentaria y preferían arrebatárselos a sus vecinos: los bosonios y los zingarios.

Se agrupaban en clanes o en grupos de tribus que por lo general luchaban entre ellos. Sus primitivas costumbres, basadas en la violencia y en el derramamiento de sangre, resultaban repulsivas para hombres civilizados como Arus de Nemedia. No tenían contactos directos con los hyborios, ya que los bosonios se interponían entre ambos. Arus, si embargo, aseguraba que los pictos eran capaces de progresar, y los acontecimientos demostraron la verdad de su afirmación, si bien ello no se produjo de la manera que él pensaba.

Arus tuvo la suerte de haber dado con un jefe de más luces que lo habitual entre los pictos. Se llamaba Gorm, y no se lo podía calificar con precisión, del mismo modo que no se puede hacer con Genghis Khan, con Atila o cualquiera de los jefes bárbaros que, a pesar de haber nacido entre gentes carentes de toda cultura,

poseyeron el instinto de la conquista y supieron formar grandes imperios. En una especie de bosonio rudimentario, el sacerdote le hizo saber al jefe el propósito que lo animaba, y aunque evidentemente extrañado, Gorm le permitió a Arus que permaneciese en su tribu y no lo mató, caso único en la historia de esa raza. Una vez que Arus hubo aprendido la lengua picta, el sacerdote se aplicó a la tarea de cambiar las costumbres más desagradables de los pictos, tales como los sacrificios humanos, las sangrientas luchas entre ellos y el rito de quemar vivos a los prisioneros. Sermoneó largamente a Gorm acerca de las buenas costumbres, y encontró en él a un interlocutor responsable e interesado en lo que le decía. La imaginación nos permite reconstruir la escena y ver al jefe de pelo negro vestido con pieles, con un collar de dientes humanos alrededor del cuello y sentado en cuclillas sobre el sucio suelo de la choza de ramas, oyendo con atención al elocuente sacerdote, que tal vez estaba sentado en un bloque de madera tallada, colocado allí en su honor. Arus vestiría las ropas de seda de los oficiantes nemedios y haría expresivos movimientos con sus manos blancas y finas, mientras exponía los derechos eternos y la justicia de las verdades de Mitra. Sin duda hablaría con repugnancia acerca de las hileras de cráneos humanos que adornaban las paredes de la choza, y exhortaría a Gorm a que perdonase a sus enemigos, en lugar de utilizarlos para obtener de ellos semejantes adornos.

El sacerdote era un alto exponente de una raza que poseía un sentido artístico innato y que se había refinado a lo largo de varios siglos de civilización. Por el contrario, Gorm tenía tras él una herencia de cientos de miles de años de vida salvaje; caminaba como un tigre, su mirada brillaba como la del leopardo, y su mano de negras uñas apretaba como la de un gorila. Pero Arus era un hombre práctico. Apeló al anhelo de todo ser humano de acrecentar sus bienes materiales; habló del poder y del esplendor de los reinos hybóreos como un ejemplo de los beneficios otorgados por Mitra, cuyas enseñanzas y leyes habían llevado a los hyborios hasta el alto lugar que ocupaban en el mundo; describió las grandes ciudades, las fértiles llanuras, las murallas de mármol, los veloces carruajes tirados por caballos, las torres enjoyadas y los caballeros cubiertos con brillantes armaduras que les daban tanta ventaja en la batalla.

Y Gorm, con el acertado instinto del bárbaro, recogió sus palabras, haciendo caso omiso de las enseñanzas religiosas y tomando buena nota de las grandezas materiales que tan vividamente le describían. De este modo, allí, en aquella choza de ramas en la que hablaban un sacerdote de manto de seda y un jefe salvaje cubierto de pieles de animales, se fraguó un imperio.

Como ya se ha dicho, Arus era un hombre de sentido práctico. Se quedó a vivir entre los pictos y logró llevar a cabo lo que un hombre inteligente y bien dispuesto puede hacer en beneficio de sus semejantes, aun cuando estos se vistan con pieles de tigre y se adornen con collares de dientes humanos. A semejanza de todos los sacerdotes de Mitra, era un entendido en numerosas disciplinas y artes. Encontró grandes yacimientos de mineral de hierro en los montes del territorio picto y enseñó a los nativos a extraerlo, a fundir el hierro y a trabajarlo para obtener herramientas, que en un principio fueron agrícolas. Estableció otras reformas, pero estas fueron en conjunto sus principales realizaciones: infundió en Gorm el deseo de conocer los países del mundo civilizado; enseñó a los pictos a trabajar el hierro y estableció contactos entre los salvajes y los pueblos civilizados. Accediendo al ruego de Gorm, Arus lo guio junto con algunos de sus guerreros a través de las marcas de Bosonia, donde los sencillos aldeanos contemplaron mudos de asombro la exótica cohorte.

No hay duda de que Arus creyó estar realizando conversiones a su credo a diestra y siniestra, ya que los pictos lo escuchaban con gran atención y jamás lo habían amenazado. Pero el picto no tomaba en serio las enseñanzas que lo impelían a perdonar a sus enemigos y a abandonar las prácticas guerreras para adoptar una forma de vida tranquila. La propia naturaleza de aquellos salvajes los llevaba por el camino de la matanza y de la guerra, pues carecían de todo sentimiento altruista y artístico. Cuando el sacerdote hablaba de las glorias de las naciones civilizadas, su auditorio de hombres de piel oscura no pensaba en los ideales de la religión, sino en el botín que podían obtener en las opulentas ciudades y en los campos. Cuando relataba la forma en que Mitra ayudaba a algunos reyes a vencer a sus enemigos, se preocupaban poco de los milagros del dios y mucho de la descripción de las líneas de batalla y de la embestida de los caballeros de armadura,

así como de las maniobras de los arqueros y lanceros. Miraban a Arus con sus agudos ojos negros y rostro inescrutable, y sacaban sus propias conclusiones, aprovechando las enseñanzas acerca del trabajo del hierro y otras semejantes.

Antes de la llegada del sacerdote, los pictos disponían tan solo de las armas de acero que arrebataban a los bosonios y a los zingarios. Ellos solo elaboraban armas rudimentarias de cobre o de bronce. Ahora se abría ante ellos un mundo nuevo, y el estrépito metálico de los martillos resonó en las fraguas de todo el país. Merced al dominio de ese nuevo arte, Gorm comenzó a extender su dominio sobre otros clanes, en parte por medios violentos y en parte mediante la astucia y los tratados. En este arte de la diplomacia rústica era muy superior a los demás jefes bárbaros.

Los pictos llegaron, pues, a entrar y salir libremente del territorio aquilonio, y siempre volvían con nuevos conocimientos acerca de la manera de forjar armaduras y espadas. Lo que es más, integraron en parte los ejércitos mercenarios aquilonios, ante el comprensible disgusto de los fornidos bosonios. Los reyes de Aquilonia alentaban la idea de enzarzar a los pictos contra los cimmerios, para destruir de ese modo ambas amenazas, pero estaban demasiado ocupados con su propia política de agresión en el sur y en el este para prestar atención a las casi desconocidas tierras del oeste, de las que llegaban cada vez más guerreros rechonchos para prestar servicios como mercenarios.

Una vez concluido el plazo del contrato, dichos guerreros regresaban a sus selvas con una buena instrucción en las artes guerreras de los pueblos civilizados. Los tambores comenzaron a redoblar en los bosques, y en lo alto de las montañas surgieron hogueras que servían como medio de comunicación, mientras que los armeros pictos elaboraban incansables sus armas sobre un millar de yunques. Mediante innumerables intrigas y tretas, Gorm se convirtió en cabecilla de los jefes salvajes, y en lo más parecido a un rey que habían tenido los pictos en toda su historia. Gorm había esperado mucho tiempo, y ahora ya se acercaba a la vejez. Por ello actuó con rapidez en las fronteras, no para comerciar, sino para guerrear.

Arus comprendió su error demasiado tarde. Se dio cuenta de que no había conmovido el alma de los paganos, en la que seguía

persistiendo la ferocidad de las épocas antiguas. Su elocuencia en nada había afectado la consciencia de los pictos. Ahora Gorm vestía un coselete de cota de malla plateada, en lugar de las pieles de tigre: pero debajo del nuevo atuendo, no había cambiado en absoluto; seguía siendo el eterno bárbaro al que no conmovían la teología ni la filosofía, y que se aferraba a la rapiña y a la matanza.

Finalmente los pictos irrumpieron a través de las fronteras bosonias a sangre y fuego, pero sin hachas de cobre ni pieles de animales, sino blandiendo armas de afilado acero y cubiertos con cotas de malla. En cuanto a Arus, un picto borracho le destrozó el cráneo cuando trataba infructuosamente de rectificar los errores que había cometido. Gorm lamentó el hecho, y para demostrarlo mandó que colocaran la calavera del asesino sobre la losa de la tumba del sacerdote muerto. Con esa tremenda ironía, el cadáver del hombre al que siempre había repugnado la violencia y el crimen reposó bajo una de las muestras de mayor barbarie que se podían concebir.

Pero las nuevas armas y la malla de acero no fueron suficientes para romper la resistencia enemiga. Durante muchos años, el superior armamento y el valor de los bosonios mantuvieron a raya a los invasores, si bien cuando era necesario los ayudaban las tropas imperiales aquilonias. En esa época los hyrkanios prosperaron y luego decayeron, y Zamora fue agregada al imperio.

Después, una traición inesperada destruyó la defensa bosonia. Antes de relatar cómo se produjo este lamentable hecho, será oportuno echar un breve vistazo al imperio aquilonio. Fue desde siempre un país opulento. Incontables riquezas fueron llevadas a Aquilonia como consecuencia de numerosas conquistas, y un suntuoso esplendor sustituyó a la antigua forma de vida, sencilla y dura. Pero la decadencia no había alcanzado aún a los reyes y al pueblo. Aunque vestidos con telas de seda con bordados de oro, los aquilonios seguían siendo una raza enérgica y activa. Sin embargo, la arrogancia había sustituido a la antigua sencillez. Los aquilonios trataban a los pueblos menos poderosos con creciente menosprecio, e imponían tributos cada vez más fuertes a los sojuzgados. Argos, Zíngara, Ofir y Zamora, así como los países shemitas, fueron tratados como provincias dominadas, lo cual era especialmente humillante para los orgullosos zingarios, que a menudo se

rebelaban a pesar de las salvajes represalias.

Koth era en la práctica un país tributario, pues se hallaba bajo la «protección» aquilonia en contra de los hyrkanios. Pero Nemedia, el imperio occidental, jamás se había dejado dominar, si bien sus triunfos fueron únicamente defensivos, y se lograron por lo general con la ayuda de las tropas kyperbóreas. Durante este período, los únicos fracasos aquilonios fueron, pues, su imposibilidad de anexionarse a Nemedia y la derrota de uno de sus ejércitos a manos de los aesires. Así como los hyrkanios se vieron incapacitados para resistir los ataques de la caballería pesada aquilonia, estos últimos, al invadir los países nevados, fueron superados en las feroces luchas cuerpo a cuerpo con los nórdicos. Pero las conquistas aquilonias llegaron hasta el río Styx, donde un ejército estigio fue derrotado en medio de una gran matanza. El rey de Estigia envió fuertes tributos entonces, con el fin de impedir la invasión de su reino. Brythunia fue reducida después de una serie de violentas guerras, y a continuación se iniciaron los preparativos para reducir al último enemigo: Nemedia.

Con sus brillantes ejércitos, incrementados con los efectivos mercenarios, los aquilonios avanzaron contra su antiguo enemigo una vez más; en esta ocasión parecía como si al fin la independencia nemedia fuera a desaparecer definitivamente. Pero surgieron desavenencias entre los aquilonios y sus seguidores: los bosonios.

Como consecuencia lógica de su expansión imperial, los aquilonios se habían vuelto altivos e intolerantes, e hicieron escarnio de los rudos y sencillos bosonios. Una creciente hostilidad se fue estableciendo entre ambos pueblos: los aquilonios desdeñaron a los bosonios, y estos se resintieron profundamente de la actitud de sus amos, como ahora se calificaban a sí mismos, y trataban a los bosonios como pueblo conquistado, imponiéndoles tributos exorbitantes y reclutando a sus hombres para las guerras de expansión territorial. En las zonas fronterizas quedaron muy pocos hombres, y al tener noticias de las atrocidades cometidas por los pictos en sus tierras, regimientos enteros de bosonios abandonaron el escenario de la campaña nemedia y se dirigieron hacia la frontera occidental, donde derrotaron a los invasores de piel oscura en una larga y dura batalla.

Esta deserción bosonia fue la causa directa de la derrota de los aquilonios por parte de Nemedia, e hizo recaer sobre los bosonios la ira cruel de los partidarios de la expansión imperial, intolerantes como siempre lo han sido. Numerosos efectivos aquilonios fueron trasladados en secreto hasta los límites de las marcas, y se invitó a los jefes bosonios a una gran asamblea conjunta. Al mismo tiempo y con la excusa de realizar una incursión contra el territorio de los pictos, numerosos contingentes de feroces soldados shemitas fueron a acampar entre la población bosonia. Mientras se daba muerte a los indefensos jefes bosonios, el país fue asolado por los shemitas de norte a sur. Al concluir el ataque a traición, los ejércitos aquilonios regresaron de las tierras fronterizas, dejando detrás de ellos un país sumido en la desolación y la ruina.

En ese momento se produjo la invasión picta con una fuerza incontenible a lo largo de aquellas mismas fronteras. No se trataba de una simple incursión de saqueo, sino del planeado ataque de toda una nación. La ofensiva estaba dirigida por jefes que habían servido en los ejércitos aquilonios, y el mando supremo lo ostentaba Gorm, ya un anciano, pero que conservaba intacto el fuego de su enorme ambición. En esta oportunidad no encontraron a su paso, como antes, poblaciones defendidas por fuertes murallas y con arqueros cuya certera puntería había contenido a los pictos hasta la llegada de los refuerzos imperiales. Ahora el resto de las tropas bosonias fue barrido en un abrir y cerrar de ojos, y los sanguinarios salvajes avanzaron en formidables contingentes hasta la misma Aquilonia, saqueando e incendiando, antes de que las legiones, que luchaban de nuevo contra los enemigos, pudieran regresar hacia el oeste. Zíngara aprovechó la oportunidad para sacudirse el yugo aquilonio y su ejemplo fue seguido por los corinthios y por los shemitas. Regimientos enteros de mercenarios y de tropas coloniales se amotinaron y regresaron a sus respectivos países, robando y saqueando mientras avanzaban. Los pictos atacaron con fuerza irresistible hacia el este, y todos los ejércitos aquilonios fueron derrotados por los invasores. Sin la ayuda de los arqueros bosonios, las tropas de Aquilonia se mostraron incapaces de contener la lluvia de flechas de los bárbaros. Se pidieron legiones a todas partes del imperio con el fin de resistir la ofensiva, pero desde las selvas pictas surgían hordas tras hordas, en un fluir de hombres que parecía

interminable. Y en medio de este caos, los cimmerios descendieron desde sus montañas para completar la ruina aquilonia. Cuando hubieron asolado el país, se retiraron a las montañas con el botín, pero los pictos ocuparon las tierras que aquellos habían invadido temporalmente. De este modo se desplomó el imperio aquilonio entre la sangre y el fuego.

Más tarde llegaron de nuevo los hyrkanios cabalgando desde el brumoso Oriente, al ver que las tropas imperiales se retiraban de Zamora. Este país fue presa fácil del avance hyrkanio, y las tropas, mandadas por su rey, se establecieron en la ciudad más importante del país. Esta invasión procedía del antiguo reino hyrkanio de Turan, pero desde el norte llegó otra ofensiva hyrkania más salvaje aún. Hordas de jinetes cubiertos de corazas rodearon a caballo el extremo norte del mar de Vilayet, atravesaron las tierras heladas, entraron en las estepas empujando a su paso a las poblaciones aborígenes y con terrible violencia los reinos occidentales. Los recién llegados no se aliaron al principio con los turanios, sino que lucharon contra ellos al igual que contra los hyborios. Para entonces se presentaron otras huestes guerreras desde Oriente, y lucharon hasta que todos los hyrkanios quedaron reunidos bajo el mando de un gran jefe que llegó cabalgando desde las costas del océano oriental. Ya sin tropas aquilonias que se les opusieran, los hyrkanios resultaron invencibles. Se dispersaron por la subyugada Brythunia y devastaron el sur de Hyperbórea y Corinthia. Luego invadieron Cimmeria, empujando a los bárbaros de negras cabelleras delante de ellos. Pero en las montañas, donde la caballería era menos efectiva, los cimmerios se volvieron contra los hyrkanios, y solo una rápida retirada, después de un día entero de cruenta batalla, salvó a los kyrkanios de la aniquilación total.

Mientras se producían estos acontecimientos, los reinos de Shem habían logrado dominar a sus antiguos amos —los hombres de Koth—, pero fueron derrotados cuando intentaron invadir Estigia. Apenas habían terminado la conquista de Koth, cuando los shemitas fueron subyugados por los hyrkanios, y con ello se vieron bajo un dominio más duro aún que el padecido con los hyborios. Mientras tanto, los pictos se habían convertido en los amos absolutos de Aquilonia, aniquilando prácticamente a todo el pueblo de este país. Irrumpieron por las fronteras de Zíngara, y los naturales de ese país

huyeron por miles de la matanza, dirigiéndose a Argos. Allí se encontraron con los hyrkanios, que procedían del este, y que los hicieron instalar en Zamora como súbditos. Detrás de los aquilonios, mientras huían. Argos quedó envuelta en llamas y sometida a la matanza de los vencedores pictos, que siguieron avanzando por el territorio de Ofir hasta que chocaron con los hyrkanios, quienes por su parte se internaban hacia el oeste. Estos últimos, después de haber conquistado Shem, vencieron a un ejército estigio a orillas del río Styx y ocuparon el país hasta el lejano sur, llegando al reino negro de Amazonia, de cuyo pueblo trajeron de vuelta miles de prisioneros, asentándolos entre los shemitas. Es posible que los hyrkanios hubieran contemplado sus conquistas con la dominación de Estigia, añadiéndola a su creciente imperio, pero los ataques de los pictos se lo impidieron.

Nemedia, que jamás había sido vencida por los hyborios, se tambaleó bajo el ataque conjunto de los jinetes del este y del oeste. En ese momento llegó una extensa tribu de aesires errantes que procedía de las tierras nevadas, y sus componentes fueron contratados como mercenarios. Demostraron ser unos guerreros tan eficaces que no solo derrotaron a los hyrkanios, sino que detuvieron el avance de los pictos hacia tierras orientales.

El mundo, por esa época, presenta el siguiente aspecto: un vasto imperio picto salvaje y rústico se extiende desde las costas de Vanaheim, por el norte, y hasta las del sur de Zíngara. Por el este se prolonga hasta comprender toda Aquilonia, exceptuando Gunderland, la provincia más septentrional, que sobrevive a la caída del imperio como reino aparte, en las montañas, y logra mantener su independencia. El imperio picto también incluye Argos, Ofir, la parte occidental de Koth y las tierras del oeste de Shem.

En oposición a este imperio rudo y primitivo se encuentra el imperio de los hyrkanios, que por el norte limita con Hyperbórea y por el sur con los desiertos que hay en la parte meridional de Shem. Por otro lado, también Zamora, Brythunia, Corinthia, los Reinos Fronterizos, la zona oriental de Shem y la mayor parte de Koth están incluidos en este imperio de considerable extensión.

Por el contrario, las fronteras con Cimmeria siguen intactas. Ni los pictos ni los hyrkanios han sido capaces de someter a estos

belicosos bárbaros. Nemedia, dominada por los mercenarios aesires, resiste a todas las invasiones. Así, pues, por el norte se hallan Nordheim, Cimmeria y Nemedia, que no han sido conquistadas, mientras que en el sur, Koth se ha convertido en el campo de batalla donde pictos e hyrkanios luchan incesantemente. En ocasiones, los guerreros del este expulsan por completo del reino a los bárbaros pictos, pero algún tiempo después las llanuras y las ciudades caen en manos de los invasores occidentales. Muy lejos, hacia el sur, se encuentra Estigia, afectada por la invasión hyrkania. Es una tierra que se halla enclavada entre los reinos negros. Hacia el lado opuesto, en el norte, las tribus nórdicas se muestran inquietas, pelean continuamente con los cimmerios y efectúan incursiones devastadoras por las fronteras hyperbóreas.

Gorm fue muerto por Hialmar, un jefe de los aesires nemedios, cuando era ya un hombre muy anciano, de casi cien años de edad. En los setenta y cinco años que transcurrieron desde que oyó hablar por primera vez a Arus de los grandes imperios —mucho tiempo en la vida de un hombre, pero muy poco en la historia de las naciones —, había llegado a consolidar su propio imperio a partir de innumerables tribus de salvajes y logró sojuzgar a toda una civilización. Quien naciera en una choza de paredes de adobe y techo de paja, en su vejez se sentó en tronos de alabastro y comió en vajilla de oro manjares que le servían esclavas que habían sido en el pasado hijas de reyes. Pero las conquistas y las nuevas riquezas no cambiaron la mentalidad de los pictos. De las cenizas de la civilización destruida no surgió una nueva cultura, como un ave fénix. Las oscuras manos que destruyeron las glorias artísticas de los conquistadores jamás trataron de imitarlos. A pesar de que habitaban entre las espléndidas ruinas de los palacios semidestruidos y cubrían sus rudos cuerpos con las sedas de los reyes vencidos, los pictos siguieron siendo los eternos bárbaros, feroces, primitivos, interesados tan solo en los aspectos más elementales de la vida. En consecuencia, no cambiaron sus costumbres, que los llevaban a la guerra y al saqueo, en las cuales no había lugar para las artes y para el progreso de la humanidad.

No ocurrió lo mismo con los aesires que se establecieron en Nemedia. Estos adoptaron pronto muchas de las costumbres de los civilizados vencidos, pero las modificaron y perfeccionaron

mediante el impulso pujante de su propia cultura.

Durante un breve período, los pictos y los hyrkanios lucharon sobre las ruinas del mundo que habían conquistado. Luego se inició la era de los glaciares y la gran invasión de los pueblos nórdicos. Antes de que los hielos avanzaran hacia el sur, lo hicieron las tribus bárbaras septentrionales. Los aesires invadieron el antiguo reino de Hyperbórea, y sobre sus ruinas entraron en liza con los hyrkanios. Nemedia ya se había convertido en un reino nórdico, dominado por los descendientes de los mercenarios aesires. Empujados por las continuas oleadas de invasores nórdicos, los cimmerios también avanzaron, y no hubo ejército ni ciudad que se les resistiera. Invadieron y destruyeron por completo el reino de Gunderland, y luego cruzaron la antigua Aquilonia hasta chocar de modo irresistible con las huestes pictas. También derrotaron a los nemedios del norte y saquearon algunas de sus ciudades, pero no se detuvieron en esas tierras, sino que continuaron hacia el este, derrotando a un ejército hyrkanio en las fronteras de Brythunia.

Detrás de ellos, hordas de aesires y vanires irrumpieron de forma incontenible, y el imperio picto se tambaleó ante sus ataques. Nemedia fue conquistada y los semicivilizados nórdicos que la ocupaban huyeron ante sus coterráneos, más salvajes, dejando las ciudades nemedias arruinadas y desiertas. Estos nórdicos que huían, habían adoptado el nombre del antiguo reino, y a ellos nos referimos cuando usamos el término «nemedio». Llegados a la antigua tierra de Koth, expulsaron a los pictos y a los hyrkanios, y ayudaron al pueblo de Shem a librarse del yugo de los hyrkanios. Por todo el mundo occidental, los pictos y los hyrkanios flaqueaban ante este pueblo, más joven y fiero. Una banda de aesires expulsó a los jinetes orientales de Brythunia y se establecieron en el país, adoptando el nombre para ellos mismos. Los nórdicos que habían conquistado Hyperbórea atacaron a sus enemigos de Oriente con tal ferocidad que los morenos descendientes de los lemurios se retiraron a las estepas, en dirección al mar de Vilayet.

Entretanto, los cimmerios vagaban hacia el sudeste, destruían el antiguo reino hyrkanio de Turan y se asentaban en las costas del sudoeste del mar interior. El poder de los conquistadores quedaba así destrozado. Ante los ataques de los hombres de Nordheim y de Cimmeria, los turanios destruyeron todas sus ciudades, dieron

muerte a los prisioneros que no podían acompañarlos en su éxodo y luego, llevando miles de esclavos delante de ellos, cabalgaron de vuelta hacia el misterioso Oriente, rodeando las costas septentrionales del mar de Vilayet. Desaparecieron así de la historia occidental hasta que regresaron miles de años más tarde, como hunos, mongoles, tártaros y turcos. Junto con ellos, en la retirada, partieron numerosos zamorios y zingarios que, asentados en el lejano oriente, formaron una raza mezclada de la que surgieron más tarde los gitanos.

Mientras tanto, una tribu de aventureros vanires había pasado a lo largo de la costa picta, en el sur, y asolaba la antigua Zíngara para llegar hasta Estigia. Este país, oprimido por una cruel clase aristocrática, se tambaleaba ante el empuje de los reinos negros del sur. Los pelirrojos vanires condujeron a los esclavos a una revuelta general, expulsaron a la clase gobernante y se establecieron a su vez como casta dominante. Subyugaron a los reinos más septentrionales y erigieron un gran imperio en el sur, que llamaron Egipto. Los primeros faraones se jactaban de descender de aquellos conquistadores de rojos cabellos.

El mundo occidental se hallaba ahora dominado por los bárbaros del norte. Los pictos seguían en Aquilonia, parte de Zíngara y la costa occidental del continente. Pero al este del mar de Vilayet, y desde el Círculo Ártico hasta las tierras de Shem, los únicos habitantes eran las tribus nómadas de nordhemios, exceptuando a los cimmerios, establecidos en el antiguo reino de Turan. No había ciudades importantes en ningún lugar, salvo en Estigia y en Shem. Las oleadas de invasores pictos, hyrkanios, cimmerios y nórdicos, había destruido todas las grandes poblaciones. Los dominantes hyrkanios del pasado desaparecieron de la faz de la tierra dejando apenas vestigios de su sangre en las venas de sus vencedores. Tan solo unos pocos nombres de tierras, tribus y ciudades perduraron en el lenguaje de los bárbaros, que con el correr de los siglos se vieron relacionados con leyendas fabulosas. Toda la historia de la Era Hybórea desapareció así entre una bruma de mitos y fantasías. De este modo perduró en la lengua de los gitanos el término «zíngaro» (de Zíngara). Los aesires, que dominaron Nemedia, fueron llamados nemedios, y posteriormente figuraron en la historia de Irlanda. Los nórdicos establecidos en Brythunia recibieron el nombre de

brythunios, brythones o britones.

Por aquella época no existía un imperio nórdico consolidado. Como siempre, cada tribu tenía su propio jefe o rey, y luchaban salvajemente entre ellas. No se sabe lo que pudo ser del destino de este pueblo porque en ese tiempo el mundo fue azotado por una terrible convulsión geológica, que dejó los perfiles de la tierra tal como hoy los conocemos. Grandes sectores de la costa occidental se hundieron. Vanaheim y Aesgaard occidental —ocupado por glaciares y deshabitado durante siglos— desaparecieron bajo las olas. El océano irrumpió en tomo a las montañas de Cimmeria occidental para formar el mar del Norte. Estos montes se convirtieron en las islas posteriormente conocidas como Inglaterra, Escocia e Irlanda. Las olas dominaron sobre lo que habían sido las selvas pictas y las marcas de Bosonia. En el norte se formó el mar Báltico, recortando a Aesgaard en las penínsulas donde más tarde se asentarían Noruega, Suecia y Dinamarca. Mucho más al sur, el continente estigio quedó separado del resto del mundo. Sobre Argos, Koth occidental y Shem se extendió el mar azul, llamado después Mediterráneo. Donde la tierra se hundió por completo, luego surgió de las olas una amplia zona situada al oeste de Estigia y que formó la mitad occidental del continente africano.

La convulsión de las tierras dio origen a grandes cordilleras en la parte central del norte del continente de África. Tribus nórdicas fueron destruidas por completo, y las restantes se retiraron hacia el este. El territorio situado en torno al mar interior de Vilayet —que se iba secando poco a poco—, no resultó afectado, y allí, en las costas occidentales, las tribus nórdicas comenzaron una existencia pastoril y habitaron más o menos en paz con los cimmerios, hasta mezclarse paulatinamente con ellos.

En el oeste, los pictos que quedaron, reducidos por el cataclismo, una vez más, al estado de salvajes de la Edad de Piedra, comenzaron con el increíble vigor de su raza a conquistar nuevas tierras, hasta que en épocas posteriores fueron vencidos por el éxodo hacia Occidente de los cimmerios y los nórdicos. Esto se produjo tanto tiempo después de la convulsión geológica, que ya solo quedaban leyendas sin sentido acerca de los antiguos imperios.

La última invasión referida entra en el período de la historia que conocemos, y por eso no necesita ser repetida. Como resultado se

produjo un gran crecimiento de la población; se poblaron densamente las estepas situadas al oeste del mar de Vilayet —que, mucho más pequeño, pasó a llamarse mar Caspio—, hasta el punto que se hizo necesaria la emigración. Las tribus avanzaron hacia el sur, hacia el norte y el oeste, penetrando en aquellas tierras conocidas como India, Asia Menor y Europa central y occidental.

Llegaron a estas zonas y fueron conocidos como arios. Pero existían variaciones entre aquellos primitivos arios; algunas se reconocen en la actualidad y otras han desaparecido hace tiempo. Los rubios aqueos, los galos y los britanos, por ejemplo, eran descendientes de aesires puros. Los nemedios de la leyenda irlandesa descendían de los aesires nemedios; los daneses procedían de los vanires; los godos —antepasados de otras tribus escandinavas y germánicas, y de los sajones— procedían de una raza mezclada de vanires, aesires y cimmerios. Los gaélicos, antecesores de los irlandeses y de los escoceses de las Tierras Altas, procedían de los clanes cimmerios más puros. Las tribus címricas de Gran Bretaña eran una raza mezclada de nórdicos y cimmerios que precedieron a los más puros britanos nórdicos en su llegada a las islas, y con ello dieron origen a una leyenda sobre la prioridad gaélica. Los cimbros que lucharon contra Roma eran de la misma sangre, así como los antepasados de los asirios, de los griegos y de los hebreos. Otros clanes de los cimmerios se aventuraron hacia las comarcas orientales del mar interior —muy disminuido por la desecación—, y pocos siglos después se mezclaron con gente de sangre hyrkania y regresaron a Occidente para ser reconocidos como escitas. Los primeros antepasados de los gaélicos dieron su nombre a la actual Crimea.

Los antiguos sumerios no tenían relación alguna con las razas occidentales. Se trataba de pueblos de razas mezcladas de origen hyrkanio y shemita, que no fueron llevados por los conquistadores en su retirada. Numerosas tribus de Shem escaparon a aquel cautiverio, y de esos shemitas puros, o de los shemitas cruzados con hyborios o nórdicos, descendieron los semitas, es decir, los árabes, los israelitas y otras razas similares. Los cananeos, o semitas alpinos, remontaban su ascendencia hasta antepasados shemitas, que se mezclaron con los kushitas establecidos entre ellos por sus invasores: los hyrkanios. Una raza característica de este tipo eran

los elamitas. Por su parte, los etruscos, hombres bajos y de extremidades robustas, que constituyeron la base de la raza romana, descendían de pueblos con una mezcla de sangre estigia, hyrkania y picta, y en sus primeros tiempos habitaron en el antiguo reino de Koth.

En cuanto a los hyrkanios, se retiraron a las costas orientales del continente y evolucionaron hasta transformarse en las tribus y pueblos posteriormente conocidos como tañaros, hunos, mongoles y turcos.

De la misma manera podría trazarse el origen de otras razas que constituyen los pueblos del mundo moderno. Entonces podrá advertirse que en casi todos los casos se trata de razas mucho más antiguas de lo que ellos son conscientes, y que su historia se remonta a los brumosos tiempos de la olvidada Era Hybórea.



ROBERT E. HOWARD (Peaster, Estados Unidos, 1906 - Cross Plains, 1936). Escritor estadounidense de aventuras históricas y fantásticas, publicadas principalmente en la revista *Weird Tales* en los años 1930. Se le considera como uno de los padres del subgénero conocido como «espada y brujería» y es mundialmente conocido por ser el creador de afamados personajes populares como Conan el Bárbaro, Kull de Atlantis y Solomon Kane. Es, junto con
J. R. R. Tolkien
, uno de los escritores más influyentes de la fantasía heroica moderna.

Hijo de Isaac Mordecai Howard y Hester Jane Ervin Howard. Su familia vivió en varios lugares del sur, este y oeste de Texas, además del oeste de Oklahoma, antes de asentarse en pleno centro del estado, en Cross Plains (1919). Muy enfermizo, se transformó en adicto al gimnasio y llegó a ser un joven fornido y apuesto, pero solitario, introvertido y huraño, de forma que apenas tuvo amigos, salvo los epistolares que hizo entre los escritores del círculo de Howard P. Lovecraft, autor con quien empezó a cartearse en 1924. Los temas que le interesaban eran, sobre todo, los conflictos entre civilización y barbarie (con una preferencia nietzscheana por esta última), las teorías geológicas e históricas, la decadencia de las

razas y la eugenesia. Desde 1923 empezó a sentir fuertes depresiones y tuvo varios intentos de suicidio. Su madre, que se llevaba muy mal con su padre, fue con él sobreprotectora y la relación entre ellos se hizo tan estrecha que, cuando su madre quedó en coma irreversible, el escritor, a sus treinta años, prefirió suicidarse de un tiro.

Consagraba su tiempo a la lectura de libros de historia y llegó a acumular una erudición notable; empezó a escribir con quince años y a los dieciocho vendió su primer relato, *La lanza y la espada* (diciembre de 1932), a la revista de ficción popular y papel barato (*pulp*) *Weird Tales*, lugar donde se publicó la mayor parte de su obra. En 1934 ya era el principal autor de la revista, en diez de cuyos doce números publicó, llevándose la portada en cuatro ocasiones; con este éxito se echó una novia, Novalyne Price, una maestra de Cross Plains, a pesar de la oposición de sus padres y empezó a hacer más realistas sus historias; pero en 1935 su novia le dejó por uno de sus escasos amigos y el editor de *Weird Tales*, que le debía 800 dólares, rechazó uno de sus relatos; su madre enfermó de tuberculosis y empezaron los problemas económicos no solo para él, sino para todo el país, postrado en medio de la Gran Depresión; entonces escribió el que consideraba su mejor relato, *Clavos rojos*, donde la barbarie desaparece y la civilización se destruye a sí misma en un relato protagonizado por Conan, a quien se disputan la pirata Valeria y la bruja Tascela en medio de una guerra civil que enfrenta a dos hermanos, presunta alegoría de la relación entre Howard, Novalyne Price, el amigo traidor y los padres del escritor. La crítica coincide en considerar este relato y *Más allá del río Negro* como las mejores historias de Conan.

En estas revistas *pulp*, de precio asequible, Howard creó una pléyade de héroes de la narrativa de ficción, casi siempre bárbaros que llegaban a ser reyes como Kull de Atlantis o Conan el Cimmerio; Solomon Kane, un puritano inglés armado con un talismán vudú; aventureros pictos y celtas en la Britania romana; el boxeador Steve Costigan; novelas del oeste estadounidense y un sinfín de géneros, incluido el erótico, que lo avergonzaba. El espacio en que se mueven estos personajes en realidad es un trasunto de las tierras fronterizas de Texas.

Su personaje más importante fue Conan, que el público descubrió en el relato *El fénix en la espada*, publicado por primera vez en diciembre de 1932. Fue probablemente para este personaje para quien Howard escribió sus mejores páginas.

Howard coincidió con otros autores de la época como Lovecraft (quien le otorgaría el apelativo amistoso de *Bob Two-Gun*, «Bob Dos Pistolas», en alusión a su origen texano) y Clark Ashton Smith, que influyeron de alguna manera en su obra en lo que vino en llamarse el «Círculo de Lovecraft». Así, los protagonistas de algunos relatos de Howard llegan a encontrarse con las criaturas ideadas por Lovecraft y viceversa.

El 11 de junio de 1936, hacia las ocho de la mañana, después de que su madre entrara en coma debido a la tuberculosis, Howard se sentó en la parte delantera de su coche y se disparó en la cabeza con un Colt del calibre 38. Murió a las cuatro de ese mismo día y su madre falleció al día siguiente. Compartieron funeral el 14 de junio y ambos fueron enterrados en el cementerio de Greenleaf en Brownwood.